

William Morris

NOTICIAS DE NINGUNA PARTE

NOTICIAS DE NINGUNA PARTE

DISCUSIÓN Y SUEÑO

Aquella noche —contaba nuestro amigo— hubo en la Liga una pertinaz discusión respecto de lo que acontecería al día siguiente de la revolución, discusión terminada con una viva exposición del respectivo concepto de la futura sociedad en pleno funcionamiento, hecha por todos los distintos amigos.

La discusión —dado el tema— fue bastante correcta, sin duda porque los individuos presentes estaban habituados a las asambleas públicas y al intercambio de observaciones que sigue a las conferencias. Indudablemente, ninguno escuchaba las opiniones de los demás —lo que en razón no podía exigirse—, pero no hablaban todos a un tiempo como es costumbre entre «gentes de la buena sociedad» cuando se trata de algo que les interesa. Estaban reunidas hasta seis personas, lo que equivale a decir que tenían representación seis fracciones de la Liga, cuatro de ellas con opiniones anarquistas avanzadas, aunque diversas.

Una de las fracciones, esto es, uno de los individuos, a quien conozco muy particularmente —decía nuestro amigo—, estuvo sin abrir la boca en los comienzos de la discusión, pero después se dejó arrastrar, y terminó por levantar la voz y por tratar a los demás de idiotas. Se produjo gran tumulto, luego se restableció después la calma, y la fracción a que me refiero dio amablemente las buenas

noches y abandonó la sala para trasladarse a su casa, enclavada en el arrabal del Oeste, utilizando los medios de transporte a que la civilización nos ha acostumbrado.

Sentado en ese baño de vapor de humanos prensados y molestos que llaman vagón del ferrocarril subterráneo, comenzó como el resto de los viajeros a cocer a fuego lento, y al mismo tiempo, descontento de sí mismo, pensaba en los numerosos argumentos excelentes y definitivos que había tenido en la punta de la lengua y que había olvidado en la reciente discusión. Pero estaba tan hecho a semejante estado de ánimo, que el disgusto por no haber sabido conservar la sangre fría duró poco, y prosiguió reflexionando respecto del tema discutido:

—¡Si yo pudiera verlo un día nada más —decía para sí—, sólo un día!

El tren paró en una estación a cinco minutos de su casa, situada en las orillas del Támesis, un poco más allá de un feo y pesado puente colgante.

Salió del andén, siempre preocupado, y murmurando: «¡Si pudiese verlo; nada más que verlo...!», pero no bien dio unos pasos hacia el río cuando toda la preocupación se borró de su pensamiento.

Hacía una espléndida noche de principios de invierno, y el aire, sin ser frío, era lo bastante vivo para reanimarle después del calor del vagón y de la picazón del humo.

El viento, que del Oeste saltó ligeramente al Norte, había limpiado el cielo de nubes, salvo una o dos leves manchas que descendían rápidamente en el horizonte. La luna, en *atildado* cuarto creciente, se mostraba a mitad de su camino hacia el cénit cuando pudo atisbarla a través de las ramas de un enorme y secular olmo, así que apenas reconoció el sórdido arrabal de Londres en el que se

encontraba y experimentó la sensación de hallarse en alguna agradable campiña, tan agradable como tétrico era aquel arrabal.

Se aproximó al borde del río y desde el elevado parapeto pudo observar el agua, moviéndose en fuertes oleadas por la marea alta, descendiendo hasta Chiswick Eyot y cabrilleando a la luz de la luna. Apenas puso atención en el puente dejado atrás, pero se sorprendió por un momento al no ver el reflejo de sus faroles en el río. Entonces se volvió hacia la puerta de su casa y entró. Nada más cerrar la puerta, el recuerdo de la lógica brillante y de la perspicacia que habían hecho tan luminoso el debate desapareció de su mente, y de toda la discusión no quedó en su ánimo más que el rastro de una vaga y grata esperanza en días de paz, de reposo, de pureza y de dulce benevolencia.

En semejante estado de ánimo se metió en la cama, y al cabo de dos minutos dormía como de costumbre; pero, en contra de lo habitual, poco después se despertó en ese estado de *duermevela* en que caen a veces hasta los más dormilones, curioso estado en que nuestras facultades parecen aguzarse de un modo sobrenatural, y todas las miserias, vergüenzas y penas de nuestra vida comparecen ante nosotros.

En semejante estado llegó hasta sentir placer, y el recuerdo de todas las locuras y tonterías de su vida, desfilando ante él, llegaron a convertirse en una divertida historia.

Oyó la una, después las dos, más tarde las tres y, por fin, se durmió de nuevo. Nuestro amigo dice que se despertó también de este sueño y que pasó por tan extrañas y maravillosas aventuras que merecen ser narradas, no sólo a los camaradas, sino al público, y me propone que lo haga yo. Lo mejor será que lo cuente todo como si me hubiera acaecido a mí; cosa fácil, porque comprendo bien los sentimientos y los deseos de mi amigo.

UN BAÑO MATUTINO

Me desperté y vi que había hecho caer la colcha a patadas, cosa natural, porque hacía calor y el sol brillaba. Salté de la cama, me peiné y me vestí como soñoliento, en un estado de espíritu brumoso y adormilado, cual si hubiese dormido mucho, muchísimo tiempo y no pudiera acabar de sacudirme el sueño. Desde luego, consideraba como un hecho indudable que me encontraba en mi casa y en mi cuarto, aunque bien veía que no era así.

Cuando me hube vestido sentí gran calor y me apresuré a salir de casa. Mi primera sensación fue de delicioso bienestar, producido por el aire fresco y la brisa agradable; la segunda —cuando empecé a recobrar mis sentidos— fue de inconmensurable estupefacción, porque si cuando me acosté estábamos en principios de invierno, el testimonio de los árboles a orillas del río llenos de verdes ramas me decía que aquella hermosa mañana correspondía a los comienzos de junio. El Támesis seguía allí brillando al sol, casi con marea alta, como yo lo había visto la noche antes, brillando también bajo los rayos de la luna.

De ningún modo pude librarme de la opresión que me invadía, y por ello no pude darme cuenta exacta del sitio en que me encontraba, lo que no tiene nada de extraño, aun a pesar de la vista familiar del Támesis. Además me sentí a un tiempo aturdido y temerario: acordándome de que con frecuencia las gentes toman un barco y van a ejercitarse en la natación en plena corriente, pensé hacerlo también. «Un poco temprano me parece —decía para mí—, pero quizá encuentre un bote en Biftin.» No tuve que ir a Biftin ni moverme de donde estaba, porque al volver a la izquierda vi un embarcadero justamente delante de mi casa —en el sitio donde un

vecino había instalado uno, aunque no me parecía que fuese el mismo—. Bajé y vi barcos amarrados y un hombre en uno de ellos evidentemente destinado al servicio de los bañistas. Me saludó inclinando la cabeza y dándome los buenos días como si me esperara, salté en el barco y comenzó a remar tranquilamente mientras yo me desnudaba para nadar. Miré el agua y no pude menos de exclamar:

—¡Qué limpia está hoy el agua!

—¿De veras? No había reparado. Ya sabéis, sin embargo, que marea alta la enturbia siempre un poco.

—¡Hum! —dije—. Yo la he visto siempre más turbia, hasta en la marea baja.

No contestó, pero pareció sorprendido de mi observación, y como entonces luchaba contra la marea y ya me había desnudado, sin más ceremonia me arrojé al agua.

Naturalmente, cuando mi cabeza salió del agua me volví en la dirección de la marea y mis ojos buscaron el puente; y tanto me sorprendió lo que vi que dejé de nadar vigorosamente, al momento estaba tragando el agua, subí y fui en dirección al barco porque necesitaba preguntar al marinero; de tal modo me había intrigado lo que había entrevisto en el río. Fui, como digo, al barco con los ojos casi llenos de agua, aunque desembarazado por completo de mi sensación de soñolencia y de aturdimiento, enteramente despierto y con el espíritu lúcido.

Mientras subía la escalera que había echado el marinero y agarraba la mano que me tendía para ayudarme, la marea nos llevaba rápidamente a Chiswick; en seguida tomó los remos, viró en redondo el barco y dijo:

—Corto ha sido el baño, vecino; acaso habéis hallado el agua fría después de vuestro viaje. ¿Queréis que os lleve a tierra en seguida, o preferís desembarcar en Putney antes del desayuno?

Hablaba de un modo tan distinto del que pudiera esperarse de un marinero de Hammersmith, que le miré fijamente, respondiéndole:

—Detened el barco un momento, necesito mirar un poco alrededor de mí.

—Si os agrada..., en su género este sitio no es menos bonito que Barn Elms (Cabaña de los Olmos). A estas horas todo está alegre. Me agrada que os hayáis levantado tan temprano; aún no son las cinco.

Si me habían producido extrañeza las orillas del río, no menos me la producía el marinero, ahora que le miraba despacio y con la cabeza y los ojos bien despiertos.

Era un hermoso joven, en cuyos ojos resplandecía algo agradable y amistoso, expresión que al pronto me produjo un sentimiento de novedad y que bien pronto acabó por serme familiar. Tenía los cabellos negros y la piel tostada, era vigoroso y bien formado y estaba evidentemente acostumbrado a los ejercicios musculares, pero sin que hubiera en su aspecto nada de grosero ni de brutal, sino una gran armonía.

Su indumentaria no se parecía en lo más mínimo a los modernos trajes de trabajo; más bien se asemejaría más a un vestido del siglo XIV. Era su traje azul turquí, sencillo o de un tejido finísimo y sin mácula. Un cinturón de cuero amarillo le ceñía los riñones, y cerraba con un broche de acero damasquinado soberbiamente trabajado. En suma, parecía un joven aristócrata, robusto y refinado, que por puro deporte se dedicara a marinar, y concluí ateniéndome a esta hipótesis.

Me pareció oportuno reanudar la conversación, y señalando la ribera de Surry, donde vi ligeros pontones y tableros a lo largo del agua con cabestrantes en su extremo del lado de tierra, le pregunté:

—¿Qué hace ahí eso? Si estuviésemos en el Tay creería que estaba para echar la red a los salmones; pero aquí...

—Desde luego —dijo, sonriendo—, para eso está ahí. Puesto que hay salmones es natural que haya aparejos para pescarlos, sea en el Tay o en el Támesis; pero no se utilizan siempre porque no hay todos los días necesidad de salmón.

Iba a preguntar: «Pero ¿estamos en el Támesis?». Mas la sorpresa me hizo guardar silencio y volví la vista hacia el Este para mirar al puente y a las riberas del río londinense, y ciertamente que tenía motivos para maravillarme más y más, porque aunque había un puente y casas en las orillas, ¡cuánto había cambiado todo en una noche!

Las fábricas de jabón, con sus altas chimeneas vomitando negro humo, habían desaparecido, los talleres de metalurgia, las fundiciones de plomo, las tenerías, todo había desaparecido, y el viento de Oeste no traía de Thorneycroft ningún ruido de las máquinas y de los martillos de la fábrica de clavos. ¡Y el puente...! Quizá hubiese yo pensado alguna vez en un puente como aquél, pero seguro que no había visto ninguno parecido ni aun en los antiguos códices iluminados, porque el mismo Puente Viejo de Florencia no daba idea de él.

Tenía arcos de piedra magníficamente asentados, tan preciosos como fuertes, y lo bastante elevados para dejar amplio paso al tráfico habitual del río. En el parapeto se veían pequeños edificios elegantes y caprichosos, que supuse fuesen barracas y tiendas, coronados por veletas y agujas pintadas y doradas. La piedra tenía la pátina del tiempo, pero no el aspecto negruzco, que estaba

acostumbrado a ver en todo monumento de Londres que contara más de un año. En conclusión, para mí aquel puente era una maravilla.

El barquero observó mi curiosidad y extrañeza, y como respondiendo a mi pensamiento, dijo:

—Sí, es un hermoso puente, ¿no es verdad? Los puentes pequeños de arriba no son más graciosos, y los de abajo no son, ciertamente, ni más majestuosos ni más imponentes.

Muy a mi pesar, dije:

—¿Cuándo lo hicieron?

—¡Oh! No es muy viejo; lo construyeron, o por lo menos lo abrieron, en dos mil tres. Antes había un puente de madera muy sencillo.

Aquella fecha cerró mi boca como si me hubieran puesto un candado en los labios, y vi que había ocurrido algo inexplicable, y que si hablaba mucho me perdería en una confusa serie de preguntas y de respuestas. Hice esfuerzos para tomar un aspecto indiferente y para mirar como distraído a las orillas del río, y he aquí lo que pude ver hasta el puente y aun un poco más allá de él, cerca del antiguo emplazamiento de la fábrica de jabones: las dos orillas eran dos filas de bellísimas casas, bajas y pequeñas, que llegaban cerca de los márgenes del río. Estaban construidas con ladrillos rojos y cubiertas con tejas y tenían un aire de gentileza que me parecía armonizar con la vida de sus moradores. Delante de ellas, un continuado jardín que lamía el río se extendía en florescencia lujuriosa y enviaba hasta nosotros, por encima de las ondas, efluvios de aroma estival. Detrás de las casas se alzaban grandes árboles, plátanos sobre todo, y mirando desde el río, las lenguas de tierra de Putney semejaban las orillas de un lago orlado por un bosque; tan

apretados estaban los hermosos árboles. En voz alta y como hablando conmigo mismo, dije:

—Bien, me agrada que no hayan edificado en Barn Elms.

Según dejé escapar estas palabras me sonrojé por mi impertinencia, y como mi compañero me mirara, sonriéndose de un modo que creí comprender, para ocultar mi confusión le dije:

—Le suplico que desembarquemos; deseo desayunar.

Inclinó la cabeza, volvió la barca con golpe diestro, y un momento después estábamos en el pontón de desembarque. Saltó, le seguí y no me sorprendió no verle moverse, como si esperara la inevitable recompensa debida a quien nos hace un buen servicio. Metí la mano en mi chaleco, y aun experimentando una sensación desagradable al ofrecer dinero a un caballero, le pregunté:

—¿Cuánto?

Parecía confuso y como si no me comprendiera, y me dijo:

—¿Cuánto? No entiendo de qué me habláis. ¿Habláis de la marea? Pronto comenzará a bajar.

Enrojecí y balbuceé:

—Os ruego que no toméis a mal mi pregunta, porque no tengo propósito de ofenderos. ¿Cuánto debo pagaros? Ya veis que soy un extranjero y no conozco ni vuestras costumbres, ni vuestra moneda.

Diciendo esto saqué del bolsillo un puñado de monedas y las mostré, como se hace generalmente en los países de lengua extraña, viendo, al hacerlo, que la plata se había oxidado, pareciendo de plomo mis monedas.

Me pareció aún más confuso, pero nada ofendido, y miró el dinero con alguna curiosidad. Entonces pensé: «Después de todo es marinero y calcula lo que ha de pedirme. No regatearé y le pagaré espléndidamente porque es un mozo muy simpático y agradable»; y me planteó también si me convendría alquilarle como guía por un día o dos, puesto que era tan inteligente.

Entre tanto, mi nuevo amigo me dijo con aire meditabundo:

—Me parece adivinarlo que queréis decirme. Pensáis que os he prestado un servicio y os creéis obligado a darme en cambio algún objeto, lo que yo no haría sino con algún semejante mío que hiciera algo particular por mí. He oído hablar de esto, pero, perdonad mi franqueza, eso nos parece una cosa enojosa y complicada que no sabemos practicar. Como veis, conducir esta barca y bañar a las gentes es mi empleo y debo cumplir con él para todo el mundo; recibir por ello regalos lo considero absurdo. Además, si uno me regalaba algo, otro debería hacerlo también, y así todos; espero que no me creeréis grosero si os digo que no sabría dónde colocar tantos recuerdos de mi amistad.

Rió ruidosa y alegremente, cual si la idea de ser pagado por su trabajo fuese una verdadera broma. Confieso que empecé a temer que mi hombre estuviese loco, aunque tenía un aspecto sano y tranquilo, y pensé con satisfacción que por aquel sitio el río era profundo y rápido y que yo sabía nadar muy bien. Sin señal alguna de locura, el marinero prosiguió:

—En cuanto a vuestras monedas, son curiosas, pero no muy antiguas; todas ellas parecen del reinado de Victoria; deberéis regalarlas a un museo poco rico. El nuestro tiene muchas de esas monedas y aun de otras más antiguas y más bellas, en tanto esas del siglo XIX son tan estúpidamente feas, ¿no es verdad? Tenemos una de Eduardo III con el rey en navío y el canto orlado con flores de lis y con leopardos que es un trabajo delicado. Ya veis —añadió con algo

de coquetería—, me gusta trabajar el oro y los metales preciosos, y el broche de mi cinturón es uno de mis primeros trabajos, hecho con una moneda mía.

Mi actitud debía expresar cierta reticencia a su persona a consecuencia de mis dudas acerca de su estado mental, porque se detuvo y dijo con tono cariñoso:

—Pero veo que os molesto y os pido perdón. Para hablar claro puedo decir que sois extranjero y que debéis venir de algún país muy diferente a Inglaterra. Mas es evidente que no conviene recargaros con noticias de este país, y es mejor que las adquiráis poco a poco. Desde luego, espero de vuestra amabilidad que me permitáis guiarnos en nuestro nuevo mundo, puesto que a quien primero os habéis acercado ha sido a mí. Verdaderamente esto será por amabilidad vuestra, porque todo el mundo sería tan buen guía como yo y muchos serían infinitamente mejores.

Después de todo no había en él nada que recordase a Colney-Hatch,⁷ y pensando que me sería fácil deshacerme de él si realmente estaba loco, le dije:

—Es un ofrecimiento muy grato, pero me es difícil aceptarle a menos que...

Iba a decir «a menos que me permitáis pagaros adecuadamente», pero el temor de despertar su locura me hizo cambiar la frase.

—Tengo miedo de alejaros de vuestro trabajo o de... vuestro recreo.

—¡Oh! No os inquietéis por eso, así tengo ocasión de prestar un servicio a un camarada que quiere tomar aquí mi trabajo. Se trata de

un tejedor del Yorkshire muy atareado con sus tejidos y en sus matemáticas, trabajos los dos de encierro, como veis, y como es uno de mis buenos amigos, ha venido a buscarme para que le proporcione algún trabajo al aire libre. Si creéis que puedo seros útil os suplico que me toméis por guía.

Y añadió en seguida:

—Es verdad que he prometido a mis amigos íntimos de río arriba ir con ellos para la recolección del trigo; pero no comenzarán hasta dentro de una semana, por lo menos: y desde luego haríais bien en veniros conmigo, veríais gentes muy simpáticas y estudiaríais las costumbres al pasar por Oxfordshire. Si queréis ver nuestro país no podéis hacer nada que sea mejor.

Me vi forzado a darle las gracias y aceptar, ocurriera lo que ocurriese; él me respondió con entusiasmo:

—Bien, está decidido. Voy a llamar a mi amigo, que como vos habita en la Casa de los Huéspedes, y si aún no está levantado... debería estarlo, porque la mañana es hermosa.

Al mismo tiempo sacó de su cinturón un pequeño cuerno de caza labrado en plata y dio dos o tres notas a un tiempo agudas y armoniosas.

Inmediatamente, de la casa situada en el emplazamiento de mi vieja mansión —ya hablaré de ella— salió otro joven y se acercó tranquilamente a nosotros. No tenía tan hermosa presencia ni tan fuerte aspecto como mi amigo el marinero.

Los cabellos eran rubios, su piel pálida y su estructura era poco vigorosa, pero en su figura no faltaba el aspecto amable y feliz que había yo notado en su amigo. Cuando se acercaba a nosotros sonriendo, vi con placer que tenía que abandonar la teoría de

Colney-Hatch, a propósito del barquero, porque jamás dos locos se han comportado como ellos delante de un hombre de espíritu sano. Su vestimenta era del mismo corte que la del primero, aunque un poco más alegre. La sobreveste era de color verde claro con un ramo dorado bordado en el pecho, y el cinturón de filigrana de plata.

Me dio los buenos días muy cortésmente, y saludando con alegría a su amigo, dijo:

—Bien, Dick, ¿qué novedades hay tan temprano? ¿Tendré al fin mi trabajo o, mejor dicho, vuestro trabajo? Esta noche soñé que habíamos ido lejos, muy lejos a pescar.

—Bob —dijo el marinero—, vais a ocupar mi puesto, y si lo encontráis un tanto fatigoso, Jorge Brightling, que habita aquí al lado, os echará una mano. He aquí un extranjero que me proporciona el placer de tomarme como guía para visitar nuestro país. ¡Figuraos si querré dejar perder esta ocasión! Lo mejor será que toméis el barco en seguida. De todos modos no habrías tenido que esperar mucho tiempo, porque tengo que ir a los campos de trigo dentro de unos días.

El recién llegado se frotó alegremente las manos, y volviéndose hacia mí, me dijo con tono amistoso:

—Querido vecino, vos y el amigo Dick tenéis suerte; tendréis un buen día y yo también. Pero deberíais entrar conmigo en casa a comer algo, no os vayáis a olvidar de desayunar por la alegría. Supongo que habréis entrado en la «Casa de los Huéspedes» anoche, después de haberme yo acostado.

Hice una leve señal afirmativa, evitando así entrar en largas explicaciones que a nada hubiesen conducido y de las cuales yo no estaba muy seguro, y los tres nos encaminamos a la puerta de la Casa de los Huéspedes.

EL DESAYUNO EN LA CASA DE LOS HUÉSPEDES

Me quedé detrás de mis compañeros para examinar un poco la Casa que, como he dicho, estaba enclavada en el emplazamiento de mi vieja morada.

El edificio era largo y sus extremos, tomando curso, se separaban de la calle. En la parte baja del muro que estaba frente a nosotros se abrían amplísimas ventanas de pequeños y cuadrados vidrios. La construcción, de ladrillo rojo y cubierto con plomo, era muy bella, y sobre las ventanas corría un friso de tierra cocida con figuras muy bien trabajadas, ejecutadas con una destreza y un vigor como jamás los he visto en trabajos modernos. El asunto del friso lo comprendí en seguida; de tal manera me era familiarmente conocido.

Apenas hube visto todo esto con una rápida mirada, cuando me encontré dentro una sala con pavimento de mármol formando mosaico y techo de madera. La sala no tenía ventanas en el lado opuesto del río, pero sí arcadas que conducían a otras habitaciones, y en el fondo de una de ellas se entreveía un jardín. Por encima de los arcos, una gran superficie del muro estaba cubierta con alegres pinturas —me parece que hechas al fresco— de vivaces colores con los mismos motivos que el friso exterior. En aquel sitio todo era bello, sólido, maravilloso, y aunque la sala no fuese muy amplia, se experimentaba en ella la agradable sensación de espacio y de libertad que una buena arquitectura da al hombre sin cuidados y que sabe usar bien su vista.

En aquel lindo emplazamiento, que supuse fuera la sala de la Casa de los Huéspedes, tres jóvenes iban y venían. Como aquellas mujeres eran las primeras personas de su sexo que yo veía en aquella agitada

mañana, las miré, naturalmente, con atención, encontrándolas por lo menos tan bellas como los jardines, la arquitectura y los hombres.

Desde luego me fijé en sus vestidos. Estaban decorosamente envueltas en paños y no empaquetadas en artículos de moda; vestidas como mujeres y no tapizadas cual butacas, como la mayor parte de las mujeres de nuestro tiempo. En suma, su vestimenta era algo entre el traje clásico y el del siglo xiv, aunque evidentemente no era imitación de ninguno de los dos; por lo demás, era alegre y ligero cual convenía a la estación. Causaba placer ver a aquellas mujeres, y consideradas en sí mismas, ¡cuánta dicha, cuánta bondad resplandecía en su rostro! Su cuerpo era armonioso y bien formado, con aire de salud y de vigor. Las tres eran graciosas, y una de ellas muy bella y de líneas perfectas.

Cuando nos vieron se acercaron alegremente a nosotros, y sin asomos de timidez me estrecharon la mano como si fuera un antiguo amigo que regresara de un largo viaje. Noté, sin embargo, que miraban de soslayo mi traje, que era el mismo de la noche anterior, y que distaba de darme un aspecto elegante.

Roberto, el tejedor, les dijo algunas palabras, e inmediatamente se pusieron en movimiento para servirnos. En un abrir y cerrar de ojos vinieron, nos cogieron de la mano y nos llevaron a una mesa en el rincón más agradable de la sala, donde nuestro desayuno ya estaba preparado. Cuando estuvimos sentados, una de ellas salió rápidamente por las arcadas, y a poco volvió con un gran puñado de rosas, bien diferentes, por cierto, así en tamaño como en calidad, de las que se producían en Hammersmith; fue después a la alacena, sacó un vaso finamente trabajado, puso en él las rosas y lo colocó todo en medio de nuestra mesa. Otra salió también y volvió con una enorme hoja de col llena de fresas, algunas de ellas poco maduras, y dijo poniéndolas en la mesa:

—No las hay mejores ahora. Pensaba haberlas cogido esta mañana

al levantarme, pero mirando al extranjero que entraba en vuestro barco, Dick, me olvidé de las fresas y los mirlos han llegado antes que yo. De todos modos, hay algunas tan buenas como las mejores que puedan encontrarse hoy en Hammersmith.

Roberto le dio un golpecito amistoso en la cabeza y nos pusimos a comer. Los manjares eran sencillos, pero muy delicados y estaban colocados en la mesa con gran elegancia.

Particularmente, el pan era muy bueno y lo había de varias clases. Desde el grueso y tostado, de miga oscura y compacta, de sabor un tanto azucarado muy de mi gusto, hasta el fino, sutil y rubio, de crujiente corteza que yo no había visto ni comido más que en Turín.

Mientras llevaba a mi boca los primeros bocados, mi vista se detuvo en una inscripción que una palabra familiar me hizo leer completamente. Decía así:

Huéspedes y ciudadanos: en el emplazamiento de esta Casa de los Huéspedes estuvo en tiempos la sala de conferencias de los socialistas de Hammersmith. ¡Bebed un vaso en su memoria!

Mayo 1962

Es difícil expresar la emoción que experimenté al leer estas palabras, y creo que mi estado de ánimo se transparentó en mi cara, porque los dos amigos me miraron con curiosidad y hubo un momento de silencio.

Transcurrieron pocos minutos, y el tejedor, que no tenía los exquisitos modales de mi barquero, me preguntó en tono algo brusco:

—Huésped, no sabemos cómo llamaros, ¿es indiscreto preguntaros vuestro nombre?

—No —respondí—, pero como tengo algunas dudas sobre ese asunto, llamadme *Huésped*, si os place, que, es nombre de familia, como sabéis, y añadid Guillermo, si queréis.

Dick hizo amablemente un signo de aquiescencia; pero una sombra de inquietud cruzó por la cara del tejedor, y me dijo:

—Espero que no os enojen mis preguntas. ¿Queréis decirme de dónde venís? Mi curiosidad tiene sus razones, razones literarias.

Evidentemente, Dick le daba con el pie por debajo de la mesa, pero él no hacía caso, y esperaba mi respuesta con una especie de avidez. «De Hammersmith», iba a responder, pero pensé en el laberinto de contradicciones a que esta palabra nos llevaría, y tomé tiempo para pensar una mentira bien combinada con un poco de verdad.

—Ved, he estado tanto tiempo fuera de Europa que todo esto me parece extraño; pero he nacido y me he criado en los confines del bosque de Epping, en Walthamstow y Woodford.

—Hermoso país —interrumpió Dick—, ahora que los árboles han tenido tiempo de crecer después de la demolición de casas hecha en 1955.

El incorregible tejedor repuso:

—Querido Huésped: puesto que habéis conocido el bosque en otro tiempo, ¿queréis decirme qué tiene de cierto el rumor de que en el siglo XIX se desmochaba a los árboles?

Aquello era cogirme por mi punto flaco, la historia natural arqueológica, y caí en la trampa; sin acordarme del tiempo y del lugar en que me encontraba empecé a hablar. Una de las damas, la más bella, que esparcía por el suelo ramas de romero y otras hierbas

olorosas, se acercó a escucharme, colocándose detrás de mí y posando sobre mi hombro una mano, en la que conservaba una ramita de toronjil. Aquel dulce olor trajo a mi mente el recuerdo de los días de mi niñez en el huerto de Woodford, con sus hermosas ciruelas azuladas cerca del muro, con el verde prado de olorosa hierba; toda una asociación de ideas que los niños comprenderán rápidamente.

Dije sin reflexionar:

—Cuando yo era niño, y aun mucho tiempo después, todo el bosque, menos un trozo alrededor de Queen Elizabeth's Lodge (Cabaña de la Reina Isabel) y el sitio llamado High Beech (Haya Alta), estaba formado por carpes desmochados y por acebos.

Pero cuando hace veinticinco años la Corporación de Londres tomó posesión de ese sitio, la poda y el desmoche, que formaban parte de los antiguos derechos comunales de los ciudadanos, fueron abolidos y se dejó crecer libremente a los árboles. Hace muchos años que no he visto esos sitios, salvo una vez que nuestra Liga organizó una excursión de recreo a High Beech. Me afligió bastante ver cuánto había cambiado todo, principalmente por las nuevas construcciones, y hace pocos días he oído decir que los imbéciles piensan transformarlo en un parque. Respecto a lo que me decís de que han cesado de edificar y que se deja crecer a los árboles libremente son muy buenas noticias...; porque debéis saber...

Al llegar aquí me acordé de la fecha que había citado Dick, y me detuve repentinamente bastante confuso. El curioso tejedor, sin querer fijarse en mi confusión y casi consciente de sus malas formas, me preguntó con viveza:

—Pero decid, ¿qué edad es la vuestra?

Dick y la bella joven soltaron la carcajada como si la conducta de

Roberto fuera excusable por su excentricidad y, siempre riendo, le dijo Dick:

—Deteneos, Bob, que no está bien preguntar así a los huéspedes. Tanto estudio os daña. Os parecéis a aquellos pensadores primitivos de que nos hablan las insulsas novelas de la antigüedad, que estaban dispuestos a saltar por encima de toda regla de cortesía para perseguir su saber utilitario. El caso es que empiezo a creer que habéis ofuscado vuestro entendimiento con el estudio de las matemáticas y que hojeando esos viejos y estúpidos libros de economía política (ja, ja, ja) habéis llegado al extremo de no saber conducirlos. Ciertamente, ya es tiempo de que trabajéis al aire libre para que os limpiéis el cerebro de telas de araña.

El tejedor rió con el mejor humor del mundo, la linda joven fue hacia él, le dio unos golpecitos en las mejillas y le dijo, también riendo:

—¡Pobre mozo! Siempre ha sido así.

En cuanto a mí, me sentí un tanto embarazado, pero reí también tanto por contagio como por la dulzura que me inspiraba aquella felicidad tan sosegada, aquella bondad de carácter, y antes de que Roberto me dirigiese las excusas que estaba preparando, dije:

—Pero, vecinos (ya había recogido el vocablo), yo no tengo el menor inconveniente en responder a vuestras preguntas siempre que pueda. Interrogadme cuanto gustéis, que es para mí un placer. Os diré todo lo que queráis acerca del bosque de Epping y de los tiempos de mi niñez. En cuanto a mi edad, no soy una mujer bonita como veis; así, ¿por qué ocultarla? Estoy muy cerca de los cincuenta y seis años.

A pesar del reciente discurso de buena crianza, el tejedor no pudo reprimir un largo «¡oh!» de extrañeza, seguido de hilaridad general

por la ingenuidad de Roberto. La alegría se pintaba en sus rostros, aunque por respeto a las buenas reglas de cortesía cada uno procuraba contener la risa. Confuso, miraba a uno y a otro, y al cabo exclamé:

—Decidme qué tiene de extraño lo que he dicho. Sabéis que debéis instruirme. Reid cuanto queráis, pero decídmelo.

Rieron, en efecto, y de muy buena gana me asocié a su alegría por las razones ya dichas. Al fin, la bella joven me dijo con voz cariñosa:

—¡Sí, sí, es algo grosero el pobre mozo!, pero yo os diré en qué piensa. Cree que parecéis demasiado viejo para la edad que decís. Aunque nada tiene de extraño que sea así, puesto que habéis viajado, y según todas las trazas, por países poco sociables. Se dice, y a mí me parece una gran verdad, que el vivir entre gentes desdichadas envejece precozmente. Se dice también que la Inglaterra meridional es un lugar excelente para conservar la juventud.

Se ruborizó un poco y añadió:

—Y yo, ¿qué edad creéis que tengo?

—¡Oh! —respondí—. Siempre he oído decir que la mujer no tiene más que la que representa; diré, pues, sin propósito de ofenderos ni de adularos que tenéis veinte años.

Rió estrepitosamente.

—Bien habéis recompensado mis cumplidos. Pero debo deciros en verdad que tengo cuarenta y dos.

La miré maravillado, suscitando nuevamente su armoniosa risa; pero mi extrañeza estaba bien justificada, porque ni la más leve

sombra de arruga surcaba su rostro. Tenía la piel fina y lisa, las mejillas llenas y redondas, los labios rojos como las rosas que había traído; sus bellísimos brazos, desnudos por su trabajo, eran robustos y estaban perfectamente modelados desde el húmero hasta la muñeca. Ante mi curiosa y algo impertinente mirada se ruborizó un poco, aunque bien se veía que me había tomado por un hombre de ochenta años, y para terminar aquella situación dije:

—Ya veis cómo el viejo dicho se ha confirmado, y confieso que no he debido contestar a una pregunta un tanto indiscreta.

Rió de nuevo y después dijo:

—Bien, amigos míos, viejos y jóvenes, es necesario que vuelva a mi trabajo. Estamos muy ocupados y quiero terminar pronto. Ayer comencé a leer un hermoso libro antiguo y deseo continuarlo esta mañana. Adiós, pues, por un momento.

Con paso ligero abandonó la sala, llevándose —como dice Scott— un rayo de sol de nuestra mesa.

Cuando se hubo marchado prosiguió Dick:

—Y ahora, querido Huésped, ¿no queréis preguntar nada a nuestro amigo? Es más que justo que le conteste. —Tendré a gran fortuna responder —dijo el tejedor. —Señor, si os hago algunas preguntas —dije—, no serán muy molestas, y puesto que he oído decir que sois tejedor, os preguntaré algo relativo a ese oficio que me interesa... o que me interesaba.

—¡Oh! —respondió—. Temo no poderos ser muy útil en ese asunto. Yo realizo la parte más material del oficio y soy un pobre profesional muy inferior a Dick aquí presente. Además del tejido me ocupo algo en tipografía e impresión, aunque soy poco práctico en las impresiones finas, además de que la tipografía está en camino de

desaparecer a medida que decrece la manía de hacer libros; de suerte que he tenido que dedicarme a otras cosas y he escogido las matemáticas. También he comenzado a escribir un libro de antigüedades acerca de la historia pacífica y privada de fines del siglo xix, más que por otra cosa para dar un cuadro del país antes de la revolución. Por eso os hice preguntas relativas al bosque de Epping. Confieso que vuestros informes son muy interesantes, pero me han desorientado, y espero que hablaremos de esto cuando no esté aquí el amigo Dick. Yo sé que me cree un retrógrado y que desprecia mi impericia en el trabajo manual, pero con ello no hace más que seguir la costumbre moderna. Por lo que he leído en la literatura del siglo XIX, y he leído mucho, es para mí evidente que esto es una especie de desquite contra la insulsez de aquellos tiempos, en los cuales se despreciaba a quien sabía utilizar sus manos. Pero, querido Dick, viejo camarada, *jne quid nimis!*⁸ ¡No exageremos!

—Vamos, vamos —dijo Dick—, ¡cómo me juzgáis! ¿No soy el hombre más tolerante del mundo? No me hagáis estudiar matemáticas, ni penetrar los arcanos de vuestra nueva ciencia, la estética; dejándome hacer estética práctica con mi oro, mi acero, mi soplete y mi martillito, ya estoy contento. Pero, ¡cuidado! Ahí llega otro preguntón, mi pobre Huésped. Es preciso, Bob, que ahora me ayudéis a defenderle.

—¡Aquí, Boffin —gritó después de una pausa—, aquí estamos, si es a nosotros a quien buscáis!

Miré por detrás de mis espaldas, vi algo resplandeciente, semejante a los rayos del sol que iluminaban la sala y me volví. Pude entonces observar una magnífica figura que avanzaba lentamente sobre el pavimento. Era un hombre cuya sobrevesta estaba totalmente cubierta de elegantes bordados de oro, tanto que

reflejaba a los rayos del sol cual si estuviera vestido con una armadura de oro. Alto, extremadamente hermoso, con cabellos negros, aunque en su rostro no faltara la común expresión de benevolencia, marchaba con ese porte un tanto altanero que da la gran belleza, así a los hombres como a las mujeres. Vino a sentarse a nuestra mesa con la sonrisa en los labios, extendió sus largas piernas y dejó colgar un brazo por detrás del respaldo de su silla con ese aire gracioso y solemne que todas las personas altas y bien formadas pueden permitirse sin caer en la afectación. Era un hombre en la primavera de la vida, y tenía el aspecto dichoso del niño que acaba de recibir un nuevo juguete. Se inclinó con gracia exquisita y me dijo:

—Ya veo que sois el huésped del que Ana acaba de hablarme; llegado, quizá, de algún país lejano, y que no nos conocéis ni a nosotros, ni a nuestras costumbres.

Pienso, pues, que no tomaréis a mal responderme a algunas preguntas, porque os diré...

Dick le interrumpió:

—No, os lo ruego, Boffin. Dejadle en paz por ahora. Sin duda, deseáis que el huésped esté contento y a gusto, ¿y cómo podrá estarlo si continuamente se ve molestado con todo género de preguntas, cuando se encuentra desconcertado por las nuevas costumbres y las nuevas gentes que le rodean? No, no; voy a llevarlo donde podrá hacer preguntas y obtener respuestas, es decir, a casa de mi bisabuelo en Bloomsbury, y estoy seguro de que nada tendréis que decir en contra. En lugar de atormentarle, sería mejor que os acercaseis a casa de Jaime Alien para que me proporcionara un carruaje que yo mismo guiaré, y os ruego que digáis a Jim que envíe el viejo caballo *Gris*, que no estoy tan ducho en conducir un coche como un barco. Vamos, presto, buen amigo, y no temáis, que nuestro huésped no se perderá para vos y para vuestras historias.

Miré a Dick, sorprendido de oírle hablar con tanta familiaridad, por no decir sequedad, a un personaje de tan nobles apariencias, porque yo pensaba que aquel señor Boffin, no obstante su nombre conocidísimo de los lectores de Dickens, sería por lo menos senador en aquel pueblo tan extraño.

Empero se levantó y dijo:

—Muy bien, viejo remero, como queráis. Para mí, hoy no es día de trabajo, y aunque (se inclinó cortés- mente hacia mí) se aplace el placer de una conversación con este docto huésped, reconozco que debe ver cuanto antes a vuestro digno abuelo. Quizá pueda responder mejor a mis preguntas cuando haya logrado respuesta satisfactoria para las suyas.

En seguida se levantó y salió de la sala.

Cuando hubo partido interrogué:

—¿Hago mal en preguntar quién es el señor Boffin, cuyo nombre, dicho sea de paso, me ha recordado las horas placenteras que me ha proporcionado la lectura de Dickens?

Dick rió.

—Sí, sí; como a nosotros. Habéis entendido la alusión. Desde luego, su verdadero nombre no es Boffin, sino Enrique Johnson, pero le llamamos así, tanto por broma como porque es barrendero y porque le gusta vestir con magnificencia, llevando sobre sí tanto oro como un barón de la Edad Media. Hace bien si eso le gusta. Nosotros, sus íntimos, nos permitimos bromear de ese modo con él.

Después de esto guardé silencio, y Dick continuó:

—Es un excelente camarada, y no se puede por menos que

quererle; pero tiene una debilidad. Pasa el tiempo escribiendo novelas reaccionarias y lo sacrifica todo para alcanzar el color local, como él dice; y como piensa que venís de algún rincón de la tierra donde las gentes son desgraciadas, y por consecuencia interesantes para un narrador, calcula que podríais darle algunas noticias. ¡Oh!, en cuanto a esto irá derecho a su objeto. ¡Tened cuidado, por vuestra tranquilidad!

—Pero, Dick —dijo el tejedor con firmeza—, a mí sus novelas me parecen bien.

—Naturalmente —replicó Dick—; los pájaros del mismo plumaje vuelan juntos. Las matemáticas y las novelas de antigüedades vienen a ser la misma cosa. Pero ya está aquí de vuelta.

En efecto, el barrendero dorado nos llamaba desde la puerta de la sala. Inmediatamente nos pusimos en pie y fuimos al pórtico, delante del cual había preparado un carruaje tirado por un fuerte caballo gris. No pude menos de fijarme en el carruaje porque era ligero y cómodo sin la repulsiva vulgaridad de los coches de *mi tiempo*, particularmente de los *elegantes*. Tenía la belleza y la pureza de líneas de una carroza.

Dick y yo montamos. Las damas, que habían venido hasta el pórtico para vernos partir, agitaron sus manos; el tejedor hizo una amistosa señal de cabeza; el barrendero se inclinó con tanta gracia como un trovador; Dick sacudió las riendas y... ¡en marcha!

Un mercado visto al pasar

Nos separamos inmediatamente del río tomando el camino

principal que atraviesa Hammersmith, pero yo, a no ser por la proximidad del río, no habría podido decir dónde nos encontrábamos, porque la calle Real había desaparecido y multitud de caminos cruzaban vastos campos de tierra cultivada a modo de jardín.

El Cresk, que atravesamos en seguida, no tenía su primitivo puentecillo, y al cruzar el hermoso puente que lo había reemplazado vi sus aguas, aún crecidas por la marea, surcadas por graciosos barcos de formas diversas. En los alrededores todo eran casas, unas en la calle, algunas en el campo, a las cuales se llegaba por amenos senderos, y otras rodeadas de fértiles jardines. Todas tenían una sólida construcción, pero de rústica apariencia como habitaciones de campesinos. Unas estaban edificadas con ladrillo rojo, y las más con madera y tapia de yeso, y todas ellas tan semejantes a las construcciones de la Edad Media, que me parecía vivir en el siglo xiv. Pero esta impresión se disipaba pronto viendo a las gentes cuyos vestidos no eran nada de *modernos*. Casi todos llevaban ropas de vivos colores, especialmente las mujeres, que iban tan floridas y eran tan bellas que no podía pasar sin hacérselo notar a mi compañero. Vi algunas caras pensativas, y en este caso su expresión era muy noble; pero ninguna tenía aires de insatisfacción, y en las más se leía un gozo franco y abierto.

Creí reconocer Broadway en aquella red de caminos. En el lado septentrional de la calle se destacaba una línea blanca de edificios poco elevados, muy bien contruidos y adornados, que contrastaban con la sencillez de las casas vecinas. Sobre estos edificios bajos se elevaba una cubierta de plomo y el extremo del elevado muro de una gran sala con rico y espléndido estilo arquitectónico, del cual no podía decirse más que parecía reunir las mejores cualidades del gótico de la Europa septentrional con las bellezas del estilo mudéjar y del bizantino, sin ser precisamente una copia de ninguno de ellos. Al otro lado de la calle, había un edificio octogonal cubierto con alto tejado y muy parecido al Baptisterio de Florencia, con la diferencia

de que éste estaba rodeado por un pórtico que formaba un vestíbulo o soportal muy finamente decorado.

Todo este conjunto de arquitectura que aparecía a nuestra vista en aquel campo abierto no era sólo exquisitamente bello en sí mismo, sino que desprendía tal audacia, tal riqueza de vida, que me llenó de alegría. Creo que mi amigo me comprendió, porque se limitó a mirarme con afecto y complacencia. Nos encontrábamos en aquel momento entre una multitud de carros, en los que había hombres, mujeres y niños, todos robustos y bellos, muy lindamente vestidos. Sin duda, aquellos carros, colmados con los más seductores productos del país, estaban destinados al mercado.

Dije:

—No tengo necesidad de preguntaros si esto es un mercado, porque lo veo claramente; pero deseo saber qué mercado es este de aspecto tan majestuoso. ¿Y aquella magnífica sala? ¿Y aquel otro edificio situado al Sur?

—¡Oh! —respondió—. Es nuestro mercado de Hammer-Smith, y celebro que os guste tanto, porque estamos orgullosos de él. La sala es la de nuestras reuniones de invierno, que en verano nos reunimos en el campo cerca de Barn Elms. El edificio de la derecha es el teatro, y espero que sea también de vuestro agrado.

—Ya lo creo que lo es —contesté—, y sería un majadero si no me gustase.

—Me alegro de que os plazca —replicó, ruborizándose—, porque yo también he puesto en él mis manos. He hecho sus grandes puertas de bronce damasquinado. Más tarde le echaremos un vistazo, porque ahora es necesario seguir adelante. En cuanto al mercado, hoy no es día de actividad y será mejor volver por aquí cuando haya más gente.

Le di las gracias y le dije:

—Pero esta gente, ¿es toda del campo? ¡Qué hermosos niños!

Mientras hablaba fijé la vista en una mujer. Era alta, blanca, con cabellos negros y vestía un gracioso traje gris, adecuado a la estación y al calor del día. Me sonrió afablemente y me pareció que sonreía con mayor dulzura al mirar a Dick. Interrumpí mi discurso y a los pocos instantes continué:

—Quiero decir que no veo a la gente del campo que esperaba encontrar en un mercado; a la gente que viene a vender.

—No comprendo —dijo—, qué especie de gente esperabais encontrar, ni qué entendéis por gente del campo. Estos son ciudadanos, y como ellos los hay en todo el valle del Támesis. Algunos de ellos son de esas islas un poco más ásperas y más rudas que la nuestra, y tienen un aspecto más rudo y más vigoroso que el nuestro. Hay quien los prefiere a nosotros, encontrando que tienen más *carácter* —ésta es la palabra—. Pero es cuestión de gusto. Sea como fuere, el mestizaje entre ellos y nosotros produce maravillas —y se quedó un rato pensativo.

Yo le escuchaba, pero mirando a todas partes. En ese momento la hermosa mujer se acercó cargada con una canastilla de guisantes. Experimenté aquella sensación de contrariedad que sufrimos algunas veces cuando encontramos un rostro simpático e interesante que pensamos no volver a ver. Y permanecí en silencio. Al rato proseguí:

—Quiero decir que no he visto ningún pobre en estos contornos; ni uno siquiera.

Arrugó el entrecejo y me miró confuso.

—Pero eso es natural. Cuando uno está enfermo se queda en su casa o, en el mejor de los casos, pasea despacito por el jardín. ¿Cómo podéis pensar que la gente enferma esté en la calle?

—No —repetí—; no digo enfermos, digo pobres: gente inculta, grosera, indigente.

Sonrió alegremente y replicó:

—No comprendo. Es necesario que lleguemos pronto a casa de mi bisabuelo, que os entenderá mejor. ¡Arre, *Gris!*

Diciendo esto, sacudió las riendas y trotamos en dirección Este.

NIÑOS EN LA CALLE

Pasado Broadway disminuyeron las casas a uno y otro lado del camino. Atravesamos un gracioso arroyuelo que serpenteaba por un terreno cubierto de árboles, y momentos después, encontrábamos otro mercado y otra «Sala de la Villa», que así se llamaban. Aunque nada de aquellos contornos me fuese familiar, sabía perfectamente dónde estábamos, así que no experimenté sorpresa alguna cuando mi guía anunció lacónicamente:

—El mercado de Kensington.

Inmediatamente entramos en una calle corta y bordeada por casas o, más bien, que tenía una larga casa a cada uno de sus lados, construida con ladrillos recubiertos de yeso y con una hermosa arcada delante, sobre la acera.

Dick me dijo:

—He aquí una particularidad de Kensington. Las gentes viven casi amontonadas porque aman la poesía de los bosques, y los naturalistas acuden a este sitio, porque todo cuanto se ve es un bosque que conserva su naturaleza salvaje. Por el Norte y el Oriente este bosque llega a Puddington y hasta un poco más allá del monte Notting, y vuelve por el Nordeste hasta el monte Princrose. Un trozo angosto de éste, pasando por Kingsland, une a Stoke Newington y a Klapton, donde se prolonga por las alturas que cercan los pantanos del Lea. Como sabéis, al otro lado está el bosque de Epping, al cual parece dar la mano. El sitio donde estamos se llama *Jardines de Kensington*, aunque no sé por qué lo llaman *Jardines*.

Estuve dudando si decirle: «Yo sé por qué», pero me rodeaban tantas cosas desconocidas a pesar de sus explicaciones, que preferí callarme.

El camino entró pronto en un bosque magnífico, que se extendía por ambos lados, pero mucho más por el Norte. Las encinas y los castaños eran realmente magníficos, y los árboles de rápido crecimiento, plátanos y sicómoros, eran gruesos y muy altos.

Se experimentaba un delicioso bienestar bajo su sombra porque el día iba siendo más caluroso a medida que avanzaba. Aquella sombra, esa frescura, apaciguaban mi espíritu, disponiéndome a un placentero sueño y haciéndome experimentar el deseo de permanecer siempre sumergido en sus balsámicos efluvios. Mi compañero parecía participar de mis impresiones, y dejaba al caballo que marchara lentamente, aspirando los aromas de la selva verde, entre los cuales dominaba el olor de las hierbas y los helechos del borde de los caminos.

Por romántico que pareciera el bosque de Kensington, no estaba vacío. A nuestro paso vimos gentes que cruzaban por nuestro camino en los dos sentidos o erraban a su suerte. Entre éstas había muchos niños de seis a ocho años y aun de dieciséis y diecisiete —excelentes ejemplares de la raza—, que evidentemente se divertían mucho. Algunos rodeaban unas pequeñas tiendas de campaña levantadas sobre la hierba, cerca de las cuales ardían brillantes hogueras sobre las que había colocadas calderetas. Dick me dijo que existían casas esparcidas por el bosque; en efecto, pudimos atisbar una o dos. Añadió que eran muy pequeñas, casi como aquellas que se llamaban *cabañas* cuando la campiña estaba habitada por esclavos, pero cómodas, agradables y adecuadas al bosque.

—Deben estar muy concurridas por los niños —dije, mostrándole la turba de los pequeños.

—¡Oh! Estos niños vienen de las casas vecinas, de las casas del bosque y de toda la región. Con frecuencia forman grupos y vienen a jugar juntos durante las semanas del estío, viviendo en tiendas, como veis. Nosotros los alentamos a hacerlo porque así aprenden a gobernarse por sí mismos y a conocer los animales salvajes. Además, cuanto menos se agrupan en las casas, mejor. Muchos adultos van también durante el verano a pasar su vida en las selvas, pero prefieren las grandes, como la de Windsor, la del Dean o los desiertos del Norte. Aparte de otras distracciones, esto les proporciona un poco de trabajo rudo, el cual, siento decirlo, escasea desde hace cincuenta años.

Se interrumpió un momento y después añadió:

—Os digo todo esto porque veo que debo hablar para responder a vuestras preguntas, aún a aquellas que pensáis y que no llegáis a formular; pero pronto se realizará mi deseo y mi abuelo os dará largas explicaciones.

Vi que iba a iluminarse mi mente y, tan solo por decir algo, añadí:

—Bien, así esos niños estarán mejor dispuestos para acudir a la escuela cuando el estío haya terminado.

—¿La escuela...? ¿Qué queréis decir con esa palabra? ¿Qué tiene que ver la escuela con los niños? Sabemos de una escuela de retórica, de una escuela de pintura y en el primer sentido podría decirse una escuela de niños; pero de otro modo... —añadió riendo—, confieso mi ignorancia.

«¡Demonios! —pensé—. No puedo abrir la boca sin suscitar una nueva complicación.» No traté de rectificar la etimología de mi amigo, y me pareció lo mejor no decir nada de los rediles de niños que solíamos llamar escuelas, porque evidentemente habían desaparecido. Después de un momento de duda, dije:

—Empleaba la palabra escuela en el sentido de educación.

—¿Educación? —repitió meditando—. Sé bastante latín para recordar que la palabra viene de *educere*, «hacer salir», y la he oído; pero no he encontrado a nadie que haya podido darme una explicación clara de su significado.

Imagínese cuánto perderían en mi estimación mis nuevos amigos después de una declaración tan franca, así que añadí con cierto desprecio:

—Educación quiere decir sistema de instruir a los jóvenes.

—¿Y por qué no a los viejos? —dijo guiñando los ojos—. Puedo aseguraros que nuestros niños se instruyen, pasen o no por un *sistema de enseñanza*. Por ejemplo, no encontraréis uno solo de esos pequeños —niño o niña— que no sepa nadar, y todos están acostumbrados a montar los caballos del bosque —¡allí podéis ver uno!—. Saben también guisar, los mayorcitos siegan, algunos saben hacer pajares, otros ejecutan trabajitos de carpintería y saben también llevar una tienda. Os aseguro que saben muchas cosas.

—Sí, pero ¿y su educación mental? ¿Y la enseñanza de sus cerebros? —agregué, traduciendo mi frase.

—Huésped, quizá no hayáis aprendido a realizar los trabajos de que os he hablado, y si es así, no os dejéis engañar por la idea errónea de que no requieren cierto trabajo intelectual: cambiaríais de opinión si vieseis a un niño del Dorsetshire trabajar con la paja. De todos modos, comprendo que os referís a la cultura de los libros, pero en cuanto a eso la cosa es sencilla. La mayor parte de los niños, viendo libros a su alrededor, aprenden a leer cuando tienen unos cuatro años, aunque he oído decir que no siempre ocurrió lo mismo. Respecto a la escritura, no los animamos a garrapatear temprano (de todos modos, lo hacen por su propia iniciativa), porque con eso

adquieren la costumbre de escribir mal; y ¿por qué hacer garrapatos cuando es tan fácil imprimir? Comprenderéis que nos agrada la buena escritura, y muchos copian o hacen copiar cuidadosamente sus libros cuando los han escrito. Se entiende que hablo de aquellos libros de los cuales se necesitan pocos ejemplares, como poemas y cosas parecidas. ¿Comprendéis...? Pero me he separado del asunto; perdonadme: la cuestión de la escritura me interesa precisamente por ser diestro en ella.

—Bien —dije—, pero ¿cuando los niños saben leer no aprenden otras cosas...? Idiomas, por ejemplo.

—Naturalmente; muchas veces antes de saber leer hablan francés, que es la lengua hablada más cercana a nosotros, en el otro lado del mar.

Después aprenden alemán, que se habla en gran número de municipios y de poblaciones del continente. Éstos son los principales idiomas que se hablan en esta isla además de inglés, de celta e irlandés, que es una forma del celta; y los niños aprenden pronto porque todos los adultos hablan esas lenguas. Aparte de que nuestros vecinos de ultramar traen aquí a sus hijos consigo y con el roce adquieren insensiblemente idiomas.

—¿Y los idiomas antiguos? —pregunté.

—¡Ah, sí! Aprenden generalmente latín y griego al propio tiempo que las lenguas modernas, y a veces sólo latín y nociones de griego.

—¿Y la Historia? ¿Cómo enseñáis la Historia?

—Cuando se sabe leer, se lee naturalmente todo lo que agrada, y se encuentra fácilmente quien indique los mejores libros respecto de un asunto o que explique aquello que no se entienda bien en los libros que se han leído.

—Bueno, y ¿qué más aprenden? Porque supongo que no todos aprenderán la Historia.

—No. Hay bastantes que no se preocupan por ella; de hecho, no creo que haya pocos que se ocupen de Historia. He oído decir a mi bisabuelo que en las épocas de desórdenes, de disputas y confusión la gente estudiaba la Historia, y ya sabéis —dijo con una sonrisa encantadora— que ahora no estamos precisamente en tales tiempos. Hoy los más realizan estudios encaminados al perfeccionamiento de los productos mecánicos y a la investigación de las relaciones de causa y efecto; de este modo, la ciencia progresa entre nosotros por estar bien aplicada. Por otra parte, ya os dije antes que Bob cultiva las Matemáticas. Es inútil querer imponerse a las inclinaciones.

—Pero no querréis decirme que los niños aprenden todas estas cosas.

—Eso depende de lo que entendáis por niños; y también debo recordaros las diferencias que existen entre ellos. En general, no leen mucho hasta los quince años, salvo un pequeño número de libros de cuentos, y no tratamos de desarrollar en ellos la pasión por la lectura antes de esa edad. Hay bastantes niños que se entregan a los libros antes de tiempo, lo que quizá no les sirve para nada, pero es inútil contrariarlos, aparte de que eso les dura poco tiempo y antes de los veinte años ya están equilibrados. Como sabéis, los niños tienen inclinación a imitar a los mayores, y cuando ven a las gentes ocupadas en trabajos verdaderamente agradables, como construir casas, arreglar el piso de las calles, cultivar jardines, etc., sienten la necesidad de hacer lo mismo. Yo pienso que no es de temer una sobreabundancia de hombres instruidos en los libros.

¿Qué podía decir? Guardé silencio temiendo embarullarme más y más. Por otra parte, como el caballo avanzaba sin cesar, agucé la vista con ansia de atisbar Londres y ver qué había sido de él.

Pero mi compañero no se resignó a abandonar el tema y continuó en tono reflexivo:

—Y, en resumidas cuentas, no puede ser un mal para ellos el que continúen estudiando. Es agradable que haya gentes felices con los trabajos poco buscados. Además, estos estudiantes son simpáticos, de buena y dulce índole, modestos y ávidos de enseñar a los demás lo que saben. ¡Yo quiero mucho a los que conozco!

Aquello me pareció tan extraordinario que ya iba a preguntar, cuando llegamos a la cima de una colina y vi a mi derecha, en el fondo de un ancho prado, un majestuoso monumento cuya silueta me era familiar, y grité: —¡La Abadía de Westminster!

—Sí —dijo Dick—, lo que queda de la Abadía de Westminster.

—¿Cómo? ¿Qué habéis hecho? —pregunté con terror.

—¿Que qué *hemos* hecho? Nada más que limpiarla. Como sabéis, la parte externa estaba en ruinas desde hace algunos siglos, y su interior recobró toda su belleza después de la gran limpieza que se hizo hace un siglo, quitando los vergonzosos monumentos levantados a locos y a bribones, como dice mi bisabuelo.

Anduvimos un poco más, y yo, volviéndome de nuevo a la derecha, dije con alguna incertidumbre:

—Ahí está el Palacio del Parlamento. ¿Os sirve todavía?

Soltó una carcajada que no pudo contener algún tiempo, y después, dándome un golpe sobre la espalda, me dijo:

—Os comprendo, Huésped; os causa extrañeza que conservemos en pie semejante edificio. Yo sé algo de los extraños juegos que se hacían ahí dentro, porque mi viejo abuelo me ha hecho leer libros

que trataban de eso. ¡Que si nos sirve! Sí; lo utilizamos como mercado suplementario y como almacén de abonos por la comodidad de estar en la orilla del río. Creo que tuvieron la idea de derribarlo al principio de nuestros tiempos pero, según me han dicho, una extraña sociedad de anticuarios se opuso, sociedad que había prestado servicios conservando otros edificios, mirados por la mayoría como inútiles. Tanta energía demostró, adujo tantas razones, que ganó su causa. Os diré que me parece bien que las cosas hayan ocurrido así, porque estos viejos y groseros edificios sirven para dar realce a nuestras bellas construcciones. Por estos contornos veréis otros: el lugar donde habita mi bisabuelo y otro muy alto llamado San Pablo. Además, ¿por qué regatear el espacio a esos pobres edificios antiguos, cuando tantos otros se pueden edificar todavía? Inútil preocuparnos por el desarrollo de los trabajos agradables de este género, porque cada día hay más campo para el trabajo en toda construcción nueva, aun sin darle un carácter pretencioso. Para mí no hay nada más delicioso que estar en casa, y si para hacer las construcciones que deseo hubiera que ocupar todo el espacio descubierto, no vacilaría. Además, existe la ornamentación, y hemos de convenir en que si ésta puede fácilmente resultar exagerada en las habitaciones, nunca resultará así en las salas de reuniones, mercados, salas de trabajo, etc. No obstante, debo confesar que mi bisabuelo me dice que soy demasiado apasionado por las bellas construcciones, pero yo creo sinceramente que las energías humanas deben dedicarse a este género de trabajos, que no tienen límite en su desarrollo, en tanto que en otras creaciones humanas ese límite parece posible.

UNA PEQUEÑA ADQUISICIÓN

Mientras hablaba Dick, salimos del bosque y entramos en una calle corta y flanqueada por casas elegantemente construidas, que mi amigo designó con el nombre de Piccadilly. Yo hubiera llamado a las plantas bajas *tiendas*, si por lo que había visto no supiera que aquel pueblo ignoraba el arte de vender y de comprar.

Los productos estaban en escaparates muy lindamente dispuestos como invitando a las gentes a entrar, y las gentes miraban, entraban y salían con paquetes bajo el brazo, como se hace en las tiendas. En cada lado de la calle, un esbelto soportal protegía a los peatones, similar al de ciertas ciudades italianas. Hacia el medio de la calle se alzaba un vasto edificio muy parecido a los que ya había visto, cuyo aspecto me hizo suponer que era un centro de alguna especie, porque tenía todos los caracteres de un edificio público.

67

—Esto, como veis —me dijo Dick—, es un mercado, aunque de un tipo diferente a la mayor parte de los otros. Los pisos superiores de estas edificaciones sirven de Casas de Huéspedes para las gentes de todo el país que gustan de venir de vez en cuando porque la población es muy densa en estos lugares, como podéis ver, y hay personas que se encuentran bien entre las muchedumbres, aunque yo no soy de ese tipo.

No pude menos que sonreírme viendo cómo perduran las tradiciones. El alma de Londres subsistía en aquel centro, un centro intelectual, por lo que pude observar. Nada dije, rogando sólo a Dick que caminara despacio porque los objetos que estaban de muestra me parecían preciosos.

—Sí —me dijo—, es un mercado bien provisto de objetos bonitos, en él no hay de otro tipo porque el Palacio del Parlamento, donde también hay coles, cervezas y vinos de calidad inferior, está cerca.

Después, mirándome curiosamente, añadió:

—¿Queréis hacer alguna pequeña adquisición, como suele decirse?

Miré lo que podía ver de mi grosero traje azul, que en mil ocasiones había comparado con el alegre vestido de los ciudadanos, y pensé que, si como parecía verosímil, iba a ser objeto de la curiosidad y el recreo de aquel pueblo en la apariencia tan poco atareado, me convendría tener un poco menos los aires de un comisario de Marina cesante. Y, a pesar de cuanto me había acontecido hasta entonces, metí la mano en mis bolsillos, no encontrando en ellos, con grande estupor, más metal que dos viejas llaves oxidadas. Recordé que hablando en la Sala de los Huéspedes de Hammersmith saqué todo mi peculio del bolsillo para enseñárselo a Ana, y allí se quedó sobre la mesa. Mi cara se nubló ostensiblemente y Dick, mirándome, dijo vivamente:

—¡Eh, huésped! ¿Qué pasa? ¿Os ha picado alguna avispa?

—No —respondí—, es que he perdido...

—Bueno; lo que hayáis perdido lo podéis adquirir en este mercado. No os apuréis.

Recobré mis sentidos, y acordándome de las extraordinarias cosas de aquel país, y no queriendo oír una segunda conferencia de economía social y de numismática *eduardina*, me contenté con decir:

—Mis vestidos... ¿No podría...?, ya veis... ¿Qué podríamos hacer?

Me pareció que no tenía la menor intención de reírse, porque me dijo gravemente:

—¡Oh! No cambiéis todavía de indumentaria. Mi bisabuelo es anticuario y se alegrará mucho de veros tal cual estáis. Además, y no lo digo para reprenderos, no seríais muy generoso privando a las gentes del placer de estudiar vuestro traje al vestiros al igual que el resto. Pensáis como yo, ¿no es cierto? —añadió seriamente.

Yo no pensaba que fuera deber mío ser un espantajo entre aquellas gentes tan amantes de la belleza, pero vi que iba a luchar contra un prejuicio muy arraigado y que nada adelantaría disputando con mi amigo. Me contenté con responder:

—¡Oh!, cierto, cierto.

—Bien —dijo amablemente—, podéis ver el interior de estas tiendas, y pensad en algo que queráis tener.

—¿Podría tener tabaco y una pipa?

—Desde luego. ¿En qué estaría pensando para no habérselo preguntado ya? Bob me dice con frecuencia que nosotros los no fumadores somos un hatajo de egoístas, y creo que tiene razón. Vamos allí enfrente.

Diciendo esto soltó las riendas, bajó de un salto y yo le seguí. Un bellísima mujer, vestida con un espléndido traje de seda brochada, paseaba lentamente mirando los escaparates. Dick se dirigió a ella.

—Joven, ¿queréis tener la amabilidad de cuidar de nuestro caballo por unos momentos?

La joven se inclinó afectuosamente y comenzó a acariciar al caballo con su linda manecita.

—¡Hermosa criatura! —dije a Dick.

—¿Quién? ¿El caballo? —preguntó socarronamente.

—No, los cabellos de oro..., la joven.

—Sí, es verdad. Por suerte hay tantas que cada Romeo puede tener su Julieta; de otro modo, creo que nos batiríamos por ellas.

Después añadió gravemente:

—No digo que esto no ocurra alguna vez; como sabéis, el amor no es muy razonable, y la perversidad y la obstinación son dos vicios más extendidos de lo que creen los moralistas.

Y agregó con tono cada vez más sombrío:

—No hace un mes ocurrió entre nosotros un hecho que costó la vida a dos hombres y a una mujer, y que nos entristeció por algún tiempo. Pero no me preguntéis acerca de esto ahora; ya hablaremos en otra ocasión.

En ese momento entrábamos en la tienda, que tenía un mostrador y una anaquelera en los muros, todo sin pretensiones, pero bien dispuesto y muy diferente de cuanto yo había visto.

Dentro había dos niños: uno pequeño, como de doce años, de color moreno, que leía un libro; y una graciosa mocita como de un año más, también sentada detrás del mostrador y leyendo. Evidentemente, eran hermanos.

—Buenos días, pequeños ciudadanos —dijo Dick—. Este amigo mío necesita tabaco y una pipa. ¿Podéis proporcionárselo?

—¡Oh, sí! —respondió la pequeña con tanta desenvoltura y tanta seriedad que causaba placer verla.

Entre tanto, el niño levantó los ojos del libro y miró con asombro mi extraño vestido; aunque pronto se ruborizó y miró a otro lado como si tuviera conciencia de no haberse comportado bien.

—Querido ciudadano —dijo la pequeña con el porte solemne del niño que juega a las tiendas—, ¿qué tabaco queréis?

—Latakia —dije, pareciéndome que tomaba parte en un juego de chicos y esperando a ver si todo aquello era pura ficción.

Pero la jovencita cogió un lindo canastillo, sacó de un tarro una porción de tabaco y colocó en el mostrador, delante de mí, el canastillo colmado de Latakia, que por el aspecto y el olor me pareció excelente.

—Pero no lo habréis pesado —dije—, y no sé... no sé cuánto voy a tomar.

71

—Yo os aconsejo que llenéis vuestra bolsa, porque podéis ir a sitios donde no haya Latakia. ¿Dónde está vuestra bolsa?

Busqué en mis bolsillos, y al cabo saqué el trozo de algodón estampado que me servía para guardar el tabaco. La niña lo miró con desdén y me dijo:

—Estimado ciudadano, puedo daros otra cosa mejor que este andrajo.

Atravesó ligeramente la tienda y volvió en seguida. Al pasar cerca de su hermano le dijo algo al oído y el pequeño hizo una señal afirmativa, se levantó y salió.

La niña traía suspendida del pulgar y del índice una bolsa de cordobán rojo, recamada con vivos colores.

—Ésta es la que he escogido y la vais a tomar. Es bonita y cabe bastante tabaco.

Después se puso a llenar la bolsa a mi lado.

—Ahora la pipa; es preciso que también me dejéis escogerla. Hay tres muy bonitas que acaban de llegar.

Desapareció, volviendo al poco con una pipa tallada en madera dura y montada en oro tachonado de piedras. Era una verdadera alhaja, bella y elegante cual no había visto otra, y parecía un trabajo japonés del mejor género, aunque más bello.

—¡Dios mío! —exclamé al verla—, es demasiado magnífica para mí y para cualquier otro, no siendo el emperador del mundo. Además la perdería; yo siempre pierdo las pipas.

La pequeña pareció un tanto contrariada y me dijo:

—¿Es que no os gusta, vecino?

—¡Oh! Me agrada mucho.

—Entonces tomadla y no os inquietéis si se pierde. ¿Qué ocurrirá si la perdéis? Que otro la encontrará y se servirá de ella, y que vos podréis coger otra.

Tomé la pipa en mis manos para mirarla, y al hacer esto olvidé mi circunspección y pregunté:

—Pero ¿con qué voy a pagar un objeto como éste?

Dick colocó su mano sobre mis espaldas mientras yo hablaba; me volví y percibí en sus ojos una expresión tan cómica que ahogué toda nueva manifestación de una moralidad comercial ya desaparecida. Enrojecí y me callé, en tanto que la pequeña me miraba ingenuamente con la más profunda gravedad, cual si yo fuese un extranjero que por descuido hubiera dejado escapar algunas palabras de su idioma, porque evidentemente no había entendido nada.

—Os doy un millón de gracias —dije efusivamente, metiendo la pipa en mi bolsillo, no sin temor de encontrarme en seguida delante de un juez.

—¡Oh! ¡Bienvenido! —dijo la niña con la gravedad de un adulto, lo que resultaba a la vez cómico y enternecedor—. Es un verdadero placer para nosotros servir a tan buenos ancianos como vos, sobre todo cuando se ve que venís de muy lejos, de más allá del mar.

—Sí, querida, soy un gran viajero.

Cuando decía esta mentira por pura cortesía, el niño entró trayendo una bandeja con una larga botella y dos bonitos vasos.

—Vecinos —dijo la niña, que era la única que hablaba, tal vez porque su hermano era muy tímido—; os ruego que toméis un trago porque no todos los días tenemos huéspedes como vosotros.

En este tiempo, el niño había colocado la bandeja sobre el mostrador y solemnemente escanció en los vasos un vino pajizo.

Bebí sin cumplimiento, porque el calor de la jornada me había dado sed, y pensé que estaba aún en el mundo y que las uvas del Rin no habían perdido su fragancia; si alguna vez he bebido excelente Steinberg fue aquella mañana. Me propuse preguntar a Dick cómo se las componían para tener tan buen vino desde el

momento en que no había trabajadores obligados a beber fétidos brebajes a cambio del excelente néctar por ellos fabricado.

—¿No bebéis un vaso a nuestra salud, pequeños ciudadanos? —pregunté.

—No, yo no bebo vino —observó la pequeña—; me gusta más la limonada, pero hago votos por vuestra salud.

—Y a mí me gusta la cerveza espumosa —dijo el pequeño.

—Bueno —pensé. El gusto de los niños no ha cambiado mucho. Saludamos después y salimos de la tienda.

Con desilusión, vi algo parecido a la mutación de un espectáculo de magia: en vez de la hermosa mujer que quedó cuidando el caballo había un viejo de alta estatura. Nos hizo saber que la joven no había podido esperar por más tiempo y que él se había encargado de cuidar del animal. Después rió viendo nuestras caras enrojecidas y tuvimos que reír con él.

—¿Dónde vais? —preguntó a Dick.

—A Bloomsbury.

—Si no debéis ir solos, quisiera ir con vosotros.

—Bueno —dijo Dick—, venid. Cuando queráis apearos, decidlo y pararé el coche. ¡Arriba!

Nos pusimos de nuevo en marcha. Yo pregunté si en general eran los niños quienes servían a la gente en el mercado.

—Con frecuencia, cuando se trata de géneros poco pesados, pero no siempre. Los niños se entretienen así y además eso es bueno para

ellos, porque al servir los géneros aprenden a conocer su naturaleza, su procedencia y otras muchas cosas. Además, es un trabajo fácil. Se dice que en los primeros tiempos de nuestra época había gentes dañadas por una enfermedad hereditaria llamada *pereza*, que descendía directamente de las personas que en los malos tiempos obligaban a los demás a trabajar para ellos; ya sabéis, de aquellas personas que se llamaban *dueños de esclavos o empresarios*, según dicen los libros de Historia. Todos esos individuos atacados de pereza solían dedicar su tiempo al servicio de las tiendas, porque no valían para otra cosa. Y aún creo que este tipo de ocupación les fue prohibido porque, como a causa de ello y de su pereza las mujeres se volvían feas y procreaban hijos feos, los ciudadanos tuvieron que tomar aquella resolución.

Sin embargo, tengo la satisfacción de deciros que todo eso desapareció. Hoy no existe tal enfermedad o se presenta en forma tan atenuada que basta una medicación aperitiva para hacerla desaparecer. Esa enfermedad se llama *hipocondría* o *histerismo*. ¿Qué nombres más raros, verdad?

—Sí —respondí, meditando.

—Todo eso es verdad —agregó el viejo—; yo mismo he visto a algunas de esas mujeres, ya viejas. Pero mi padre, que conoció bastantes cuando eran jóvenes, me decía que aun entonces tenían un aspecto poco juvenil. Sus manos parecían manojos de sarmientos, sus brazos eran delgados como bastones, sus bustos tenían la forma de una copa de cristal, sus labios eran delgados, su nariz afilada, las mejillas pálidas, parecían estar siempre disgustadas de cuanto se les hacía o se les decía. No es extraño que pariesen hijos feos, porque nadie, a no ser hombres semejantes a ellas, podrían enamorarlas. ¡Pobres!

Se detuvo, como sí y parecía que meditara acerca de su vida pasada, y prosiguió:

—Y sabréis, ciudadanos, que en otros tiempos esta maldita enfermedad, la pereza, dio mucho que pensar, y hubo que trabajar de firme para curarla radicalmente. ¿Habéis leído los libros de Medicina que tratan de este asunto?

—No —contesté, porque el viejo se había vuelto hacia mí.

—En ese tiempo, se creía que todo aquello eran restos de una enfermedad de la Edad Media que se llamaba *lepra*, y se aislaba a quienes la padecían, encargándose de servir a los enfermos otros enfermos vestidos de un modo extraño para que se los distinguiera.

Llevaban calzones de un velludo de lana que años antes se llamaba felpa.

Todo aquello me parecía muy interesante y me hubiera agradado que el viejo continuase hablando de ello; pero Dick, que soportaba con impaciencia tanta historia antigua, quizá —según mis sospechas— porque deseaba que me conservara para su bisabuelo lo más virgen posible de ciertas noticias, interrumpió con una carcajada:

—Perdonadme, ciudadano, pero no puedo menos que reírme. ¡Pensar en gentes que no aman el trabajo; eso es risible! Tú mismo, viejo amigo —decía, acariciando con su fusta al caballo— gustas de trabajar alguna vez que otra. ¡Qué enfermedad más rara! ¡Hacían bien en llamarla *histerismo*!

Y rió de nuevo estrepitosamente, demasiado estrepitosamente, dada su habitual cortesía. Yo también reí, pero de dientes afuera, como puede comprenderse, porque no me parecía cómico ni mucho menos que hubiese gentes que no quisieran trabajar.

LA PLAZA DE TRAFALGAR

Y heme de nuevo mirando a mi alrededor. Habíamos salido del mercado de Piccadilly y nos encontrábamos entre casas elegantemente construidas y muy bien decoradas a las que llamaría *villas* si fueran tan feas y se hubieran construido con tantas pretensiones como las de antaño. Cada casa estaba rodeada de un jardín rebosante en flores; los mirlos cantaban entre los árboles, frutales todos, salvo algunos laureles y algún grupo de tilos. Había muchos cerezos cuajados de fruta de tal manera que, cuando pasábamos cerca de un jardín, venían niños y niñas a ofrecernos colocada en cestitas. En aquel laberinto de casas y de jardines era difícil recordar el sitio donde estuviera la antigua calle, aunque me pareció que parte de ella correspondía a los viejos tiempos.

Desembocamos de pronto en un inmenso espacio levemente inclinado al Sur. Su parte más abierta estaba ocupada por un pomar en el que podían verse no pocos albaricoqueros. En medio de los árboles se alzaba un alegre y gracioso quiosco dorado y pintado que parecía un lugar de descanso. De la parte meridional del pomar arrancaba un paseo sombreado por grandes y vetustos perales, en cuyo fondo aparecía la alta torre del Parlamento, o si se quiere, del mercado de abono.

Me invadió una extraña sensación; cerré los ojos para resguardarlos del sol que fulguraba en aquella espléndida zona de jardines, y en un segundo pasó por ellos la visión del pasado. Vi un inmenso espacio rodeado por casas grandes y feas, con una horrible iglesia en un ángulo, y a mi espalda un espantoso edificio cubierto con una cúpula. Por el pavimento cruzaba una multitud ansiosa y agitada, en la que predominaban los ómnibus cargados de viajeros.

En el centro había una plaza empedrada, adornada con dos fuentes y poblada no más que por unos cuantos hombres vestidos de azul y por varias estatuas de bronce de una singular rudeza, una de ellas colocada en lo alto de una columna. Esta plaza estaba custodiada al lado del camino por cuatro filas de robustos hombres vestidos de azul, y en la calle meridional los cascos de una compañía de soldados de caballería se destacaban blancos sobre el fondo gris de una brumosa tarde de noviembre...

Abrí los ojos al sol, y mirando alrededor de mí la verdura de los árboles y el colorido de los jardines, dije:

—Plaza de Trafalgar.

—Sí —añadió Dick, que había aflojado las riendas—, la misma. No me maravilla que encontréis ridículo el nombre, y es que, después de todo, nadie se ha cuidado de cambiarlo; aparte de que el nombre de las locuras desaparecidas nada supone. Sin embargo, alguna vez se me ha ocurrido que deberían darle un nombre que conmemorase la gran batalla que hubo aquí en mil novecientos cincuenta y dos, hecho importante si no mienten los historiadores.

—Como suelen hacer casi todos, o al menos, como solían hacer antes —dijo el viejo—. Por ejemplo, ciudadanos, ¿qué os parece esto que voy a deciros? He leído en un libro, ¡oh!, un libro tonto, titulado *Historia Social Democrática*, de James, la noticia de una batalla que hubo en este sitio hacia el año mil ochocientos ochenta y siete —tengo una memoria poco feliz para las fechas—. El libro cuenta que muchas personas iban a celebrar aquí una reunión o cosa parecida, pero el Gobierno de Londres, o el Consejo, o la Comisión, o lo que fuera cayó con mano armada sobre aquellos *burgueses* —así los llamaban—. Todo esto parece demasiado ridículo para ser cierto. Por suerte, cuando las historias relatan tantos excesos lo más prudente es no creer nada.

—Pues, sin embargo, vuestro señor James tenía algo de razón —repuse—. El hecho es cierto, si se exceptúa la batalla, porque no hubo más que gente inerme y pacífica asaltada por rebeldes armados con bastones de hierro.

—¿Y soportaron eso? —preguntó Dick con una expresión de desprecio que no había visto nunca en su rostro.

—*Teníamos* que soportarlo —dije, ruborizándome—, no *podíamos* hacer otra cosa porque *estábamos* desarmados.

El viejo me miró con vivo interés y me dijo:

—Parece que estáis bien enterado, ciudadano. ¿Y es verdad que el hecho no tuvo consecuencias?

—Ninguna, salvo que después de ello bastantes fueron a la cárcel muchos meses.

—¿Los que golpearon con los bastones? —preguntó el viejo.

—No, no; los que sufrieron los golpes —respondí.

Y replicó el viejo con tono severo:

—Amigo mío, creo que habéis leído una indigna colección de mentiras y que las habéis dado crédito demasiado fácilmente.

—No; os aseguro que cuanto he dicho es verdad.

—Bien, bien, lo seguro es que lo creéis así, ciudadano; pero yo no veo las razones de vuestra certeza.

Como estas razones no podía decirlas, me callé.

Entretanto, Dick, que había permanecido meditabundo y con el

entrecejo arrugado, dijo al fin con cara menos seria, aunque con tono triste:

—¡Y pensar que hombres como nosotros, que habitaron este país tan feliz y tan bello, que tenían nuestros mismos afectos y nuestros mismos sentimientos, pudieron cometer actos tan horribles...!

—Sí —dije en tono doctoral— pero, después de todo, aquellos tiempos eran tiempos de progreso, comparados con los anteriores. ¿No habéis leído nada del período medieval y de la ferocidad de sus leyes criminales? ¿No sabéis que en aquellos tiempos, por el más leve delito, se atormentaba a los semejantes? ¡Y que, a consecuencia de tales principios, los hombres hacían de su dios un tirano, un carcelero mayor que los demás!

—Sí —dijo Dick—, tenemos buenos libros acerca de aquel período y he leído algunos, pero no veo el progreso del siglo diecinueve. El pueblo de la Edad Media procedía de acuerdo a su conciencia, como lo demuestra vuestra misma observación acerca de su dios y que, a su vez, estaban dispuestos a soportar lo que infligían a los demás; a su lado, las gentes del siglo diecinueve eran hipócritas, porque mientras pretendían tener sentimientos humanitarios atormentaban a sus semejantes, obligándolos a soportar duros tratos, encerrándolos en prisiones sin la menor razón. Sin otra razón que la triste condición a que los mismos carceleros habían reducido a aquellos desdichados. ¡Oh, eso es horrible! ¡Horrible, sólo de pensarlo!

—Pero —repliqué— los carceleros ignoraban lo que suponían las prisiones.

Me pareció que Dick estaba un tanto airado.

—Más vergüenza para ellos —dijo—; cuando vos y yo lo sabemos tantos años después. Además, Huésped, no es presumible que no

supieran que las prisiones eran una desgracia para el pueblo, ni podían tampoco ignorar que las cárceles se hubiesen hecho para tener presos.

—¿Pero no tenéis vosotros cárceles? —pregunté.

Apenas hice la pregunta vi que había cometido un error, porque la cara de Dick se puso torva, afluyéndole a ella la sangre, mientras el viejo parecía sorprendido y dolorido. Dick, con acento de cólera un tanto reprimida, exclamó:

—¡Oh, hombre del mundo! ¿Cómo podéis hacerme semejante pregunta? ¿No os he dicho que sabemos lo que fueron cárceles por el testimonio de libros dignos de fe auxiliados por nuestra imaginación? ¿Y no me habéis hecho observar en el camino que todos tienen un aspecto feliz? ¿Y cómo podrían ser felices sabiendo que otros ciudadanos se encontraban encerrados en la cárcel y soportando pacientemente carga semejante? Si hubiese gente presa no podría ocultárselo al pueblo como se oculta un homicidio accidental, porque en éste sólo interviene la cólera de un hombre y en el otro es la sociedad quien encierra con propósito deliberado. ¡Prisiones! No tengo que decirlo. ¡No hay ninguna!

Guardó silencio, se calmó un tanto, y después añadió más tranquilo:

—Perdonadme; no debí irritarme tanto por una cosa que ya no existe, y temo que lleguéis a tener mala opinión de mí con estas reacciones. Naturalmente, no se puede exigir que vos, llegado del extranjero, sepáis ciertas cosas. Ahora lamento haberos disgustado.

—¡Oh! Toda la culpa es mía por ser tan ignorante. Permitidme, pues, que cambie de tema. ¿Qué edificio es aquel que vemos a la izquierda en un bosquecillo de plátanos?

—¡Ah! —respondió—. Es un antiguo edificio construido a principios del siglo veinte. Como veis, su estilo es un tanto raro y no muy bello, pero dentro de él hay cosas muy apreciables, antiquísimas la mayor parte. Se llama Galería Nacional. Muchas veces me he quebrado la cabeza para explicarme lo que significa ese nombre. De cualquier modo, todo sitio donde se conservan pinturas como una curiosidad permanente, se llama *Galería Nacional*, sin duda por imitación. Naturalmente, hay muchas en todo el país.

No quise resolver sus dudas porque me pareció empresa un tanto ardua; saqué mi pipa y me puse a fumar mientras el viejo caballo avanzaba con paso tardo.

—Es esta pipa una bagatela demasiado cuidadosamente trabajada; ¿cómo siendo tan sabios y el país tan cultivador de una magnífica arquitectura, empleáis tiempo y aptitudes en estas fruslerías?

Al decir esto pensé que era un tanto ingrato después del excelente regalo que me habían hecho, pero no pareció que Dick tomase en cuenta mi descortesía, y me respondió:

—No sé. El objeto es gracioso y nadie lo construiría si eso no le gustara, y desde el momento que eso gusta no veo por qué razón no ha de hacerse. Sin duda que si faltasen tallistas y escultores o se ocuparan pocos de arquitectura, como decís, la fabricación de bagatelas la cedería el puesto, pero como hay gente que talla (se puede decir que todo el mundo) y el trabajo escasea, y aun tememos que falte, no hay por qué despreciar un género inferior de trabajo.

Pareció un tanto pensativo y aun turbado, y serenándose, añadió:

—Después de todo, habéis de admitir que esta pipa es muy graciosa. Mirad estas figuritas que están bajo los árboles, ¡qué bien talladas, qué limpieza! Es un trabajo acaso complicado para una pipa; sin embargo, ¡es tan linda!

Estaba a punto de emprender la difícil tarea de explicar lo que había querido decirle, cuando llegamos cerca de un edificio circular donde parecía realizarse algún trabajo.

—¿Qué es esto? —pregunté con cierta premura, porque me agradaba encontrar entre tantas cosas nuevas algo que se asemejase a aquello a que estaba acostumbrado—. Parece un taller.

—Sí; creo entender lo que decís, y eso es. Pero no lo llamamos *taller*, sino *laboratorios reunidos*, esto es, para gentes que trabajan juntas.

—Supongo que será porque se emplea alguna fuerza motriz.

—No, no. ¿Por qué habían de reunirse las personas para tener fuerza motriz cuando pueden tenerla cerca de donde habitan o en sus mismas casas, y cuando tres, dos e incluso uno bastan para realizar la tarea? No, la gente se junta en estos laboratorios reunidos para realizar trabajos a mano en los que es necesario y conveniente trabajar juntos. Semejante manera de trabajar es divertida. Aquí, por ejemplo, hacen vidrios y vasos; mirad la cúspide de los hornos. Naturalmente, es cómodo tener hornos y crisoles y todos los grandes artefactos necesarios; y como este edificio hay muchos, porque sería ridículo que teniendo un hombre afición a hacer vasos tuviera por fuerza que habitar en un sitio dado o que renunciar a un trabajo que le agradara.

—No veo salir humo de los hornos.

—¿El humo? ¿Y por qué habrías de verlo?

Guardé silencio y continuó:

—El edificio es gracioso en el interior, aunque tan sencillo como por fuera. En cuanto al oficio, el manejar la sílice debe ser divertido;

soplar el vidrio es una operación algo sofocante, pero a algunos les agrada, y no me sorprende, porque dando forma a aquella materia en fusión se experimenta un sentimiento de fuerza y de superioridad. La fabricación de estos objetos da buena contribución al trabajo agradable —dijo sonriendo—, porque aunque se tenga el mayor cuidado se rompen un día u otro y siempre hay que hacer.

Continué silencioso y meditabundo.

Llegábamos a un sitio donde había bastantes hombres que recomponían el empedrado. Aquello me alegró, porque cuanto había visto hasta entonces se reducía a las escenas de un día de fiesta en verano, y necesitaba ver cómo aquel pueblo trabajaba en lo verdaderamente necesario.

Los nombres estaban descansando, y al llegar a su altura cerca de ellos volvían al trabajo, sacándome de mis meditaciones el ruido de los picos. Había cerca de una docena, todos jóvenes y vigorosos, que asemejaban una compañía de remeros de Oxford, porque realizaban su trabajo con singular desenvoltura.

80

Sus sobrevestas formaban un montón muy ordenado a un lado de la calle, y un niño de seis años estaba cerca de ellas ciñendo con sus bracitos el cuello de un enorme mastín, tan beatíficamente perezoso como si aquel día espléndido hubiera sido creado expresamente para él.

Como vi muchos trajes fulgurantes de oro y de seda, pensé que algunos de aquellos obreros tenían los mismos gustos que el dorado barrendero de Hammersmith. Había también un gran cesto con las sobras de un pastel y con vino. Seis jovencitas estaban mirando la obra o, mejor dicho, a los obreros. Estos trabajaban dando diestros y fuertes golpes con sus picos, riendo y charlando unos con otros y con las jóvenes, pero no bien su director miró hacia nosotros y vio el camino interceptado, tiró la herramienta y gritó:

—¡Alto, compañeros! Ahí vienen unos ciudadanos que necesitan pasar.

A este grito todos dejaron el trabajo; vinieron a nuestro encuentro y ayudaron al viejo caballo a pasar por la vía medio deshecha, en la que se embarazaban las ruedas del coche. Después, como hombres que han realizado un placentero deber, volvieron a su tarea, no deteniéndose más que el tiempo preciso para darnos los buenos días con una amable sonrisa. Y antes de que el viejo *Gris* hubiera emprendido su trote, ya sonaban de nuevo los picos penetrando en la tierra.

Dick volvió la cabeza y dijo:

—¡Qué buen día para todos! Verdaderamente es una gran diversión trabajar con el pico durante una hora, y veo que esos ciudadanos lo manejan de muy buena gana. No es sólo cuestión de fuerza el trabajo que ahora ejecutan, ¿verdad, Huésped?

—Creo que no, pero con franqueza os diré que no lo he probado.

—¿De veras? —dijo, gravemente—. ¡Demonio! Es un buen trabajo para dar vigor a los músculos; a mí me gusta mucho, y me parece mejor la segunda semana que la primera. Aunque no tengo las manos muy diestras en ese ejercicio, recuerdo que en una ocasión mis compañeros bromeaban conmigo, diciéndome: «¡Bien por el remero! ¡Daaale! ¡Dóblate!»

—En efecto, tiene eso todo el aire de una chanza.

—Pues bien, para nosotros todo es diversión cuando nos sentimos atraídos por la fuerza mágica del trabajo y cuando estamos entre alegres compañeros. ¡Si supieseis cuan felices somos entonces!

Callé de nuevo y medité.

UN ANTIGUO AMIGO

A travesamos una linda callejuela donde las ramas de los grandes plátanos casi daban en nuestras cabezas. Detrás de los árboles había casas bajas y como pegadas las unas a las otras.

—Esto es Long-Acre —me dijo Dick—, que en algún tiempo fue un sembrado. Es raro que cambiando tanto los sitios conserven siempre sus antiguos nombres. Observad qué apretadas están las casas. Y mirad: aún están construyendo más.

—Sí —dijo el viejo—, pero no creo que se haya comenzado a edificar en este sembrado hasta fines del siglo diecinueve, y he oído decir que éste era el sitio más poblado de la ciudad. Pero he de apearme aquí, ciudadanos. Voy a visitar a un amigo mío que vive en los jardines de detrás de Long-Acre. Adiós, pues, y buena suerte, querido Huésped.

Se apeó de un salto y se alejó a grandes pasos, ágil como un joven.

—¿Qué edad creéis que tiene ese ciudadano? —pregunté a Dick cuando le perdimos de vista, porque era un tipo de viejo seco y robusto como una añosa encina que yo había visto rara vez.

—Unos noventa años o poco menos —respondió Dick.

—¡Cuánto se debe vivir aquí!

—Ciertamente. Hemos superado los setenta años del viejo libro hebreo *Los Proverbios*. Bien que esa edad se refería a Siria, un país caluroso y árido donde la vida es más corta que en nuestro templado

clima. ¿Y qué importa ser viejo si se goza de buena salud, si se es feliz, si se vive, en suma? Y ahora, Huésped, estamos tan cerca de la habitación de mi viejo pariente que haréis bien en guardar para él todas las preguntas.

Asentí con un movimiento de cabeza. Torcíamos a la izquierda, descendiendo por una suave pendiente flanqueada de hermosos jardines llenos de rosas, que me pareció la calle Endell. Anduvimos algo más y Dick aflojó las riendas un momento mientras atravesábamos una larga calle con unos cuantos edificios esparcidos aquí y allá. Dick, señalando con la mano, me dijo:

—Éste es el camino de Oxford, éste el de Holborn. En otros tiempos ésta era la parte más poblada de la City, fuera de las antiguas murallas del burgo romano y medieval. Sabemos que muchos miembros de la nobleza feudal tenían grandes casas en ambos lados de Holborn. Quizá recordéis la casa del obispo de Ely de que nos habla Shakespeare en su *Ricardo III*. Pero avivaremos el paso. Ahora esta calle no tiene importancia porque la antigua ciudad y los muros han desaparecido.

Arreó al caballo, mientras yo lanzaba un lánguido suspiro, y pensaba a lo que habían venido a parar las vanaglorias del siglo diecinueve, que no estaba en la memoria de aquel hombre que leía a Shakespeare y que hablaba de la Edad Media.

Atravesamos la calle y desembocamos por una calleja flanqueada también de jardines en una amplia avenida que en un lado tenía construcciones que me parecieron edificios públicos. Enfrente había un gran espacio cubierto de verdura sin muro ni verja. Miré entre los árboles y vi a lo lejos un pórtico de columnas que me era familiarmente conocido; era mi antiguo amigo el Museo Británico. Al verlo entre tantas cosas extrañas estuve a punto de perder los sentidos, pero me rehice y dejé a Dick que hablase.

—Allá abajo está el Museo Británico, donde habita mi bisabuelo, con quien habréis de hablar largo y tendido. Ese edificio de la izquierda es el Mercado del Museo, donde vamos a entrar unos minutos porque el pobre *Gris* tiene necesidad de descanso y de cebada; y supongo que estaréis conversando con mi pariente buena parte del día. Además, a decir verdad, debe estar aquí una persona a quien tengo gran interés en ver y con la que he de hablar bastante.

Diciendo esto se ruborizó y suspiró plazeramente. Yo, naturalmente, no le dije nada. Hizo entrar al caballo en un vestíbulo que terminaba en un gran recinto cuadrangular con un sicómoro en cada uno de sus extremos y una saltadora fuente en el centro. Cerca de la fuente había mostradores resguardados del sol por una tela listada con vivísimos colores, y por doquier niños y mujeres miraban los productos allí expuestos. La planta baja del rectángulo estaba circundada por un claustro o soportal, cuya sólida y atrevida arquitectura causó mi admiración. Aunque poca, había gente paseando por él o leyendo sentada en bancos.

Dick, casi como quien da excusas, me dijo:

—Aquí, como en otras partes, hay poco que hacer hoy, el viernes lo veréis bien bullicioso. Después del mediodía viene la música y se coloca en torno de la fuente. Sin embargo, creo que a la hora de comer habrá una regular concurrencia.

Atravesamos el rectángulo, después un vestíbulo hasta llegar a una gran y limpia cuadra donde pronto quedó instalado el viejo rocín, dando cuenta de una abundante ración de forraje. Salimos, atravesando el mercado, y me pareció que Dick estaba demasiado pensativo. Noté que cuantas personas encontrábamos no dejaban de mirarme con insistencia, lo que no me sorprendía cuando comparaba mi traje con los suyos. Cuando alguna vez mi mirada se encontraba con la de los curiosos, éstos me saludaban cordialmente.

Íbamos directamente al atrio del Museo, del que, salvo las verjas, que habían desaparecido, y el rumor de los árboles que ahora se oía, nada había cambiado, ni aun las palomas que aún se solazaban en los relieves del frontispicio.

Dick iba bastante distraído, aunque no tanto como para dejar de hacer observaciones arquitectónicas.

—Es un viejo edificio algo feo, ¿no es cierto? Muchos pensaron en derribarlo y reedificarlo, y si el trabajo llegara a escasear debería hacerse. Pero como dirá mi bisabuelo, la cosa no es tan sencilla, porque ahí dentro hay maravillosas colecciones de todo género de antigüedades, y una enorme colección de libros inmensamente bellos, muchos de ellos apreciables, como memorias auténticas, textos de obras antiguas y otros semejantes; la preocupación, el enojo y aun el peligro de remover tanta riqueza han salvado el edificio. Además, como ya he dicho, no está mal conservar como recuerdo un edificio que nuestros antepasados creían bello y que contiene gran cantidad de trabajo material.

—Conformes —dije—. ¿No convendría que nos apresurásemos a buscar a vuestro bisabuelo?

Relato esto porque se veía claramente que Dick titubeaba.

—Sí —respondió—, dentro de un minuto estaremos en casa. Mi pariente es muy viejo y no puede trabajar mucho en el Museo, donde por tantos años ha sido guardián de libros, pero aún pasa aquí bastante tiempo.

—Verdaderamente —añadió, sonriendo—, creo que se considera a sí mismo como una parte de los libros o a los libros como parte de sí mismo, no sé si más uno que lo otro.

Titubeó un poco, enrojeció, y cogiendo mi mano y diciendo:

«¡Adentro!», me condujo hasta la puerta de una de las antiguas habitaciones oficiales.

DEL AMOR

Vuestro pariente no se cuida mucho de las bellas construcciones —dije, entrando en la clásica morada, la cual, aunque blanqueada con esmero y muy limpia, parecía triste y desnuda, adornada sólo con gruesos ramos de flores.

—No sé —contestó Dick, un tanto distraído—. Es bastante viejo, y a sus ciento cincuenta años no quiere tener la molestia de moverse de aquí. Desde luego podría habitar en una bella casa si quisiera, que no está obligado a vivir siempre en el mismo sitio. ¡Por aquí, Huésped!

Subimos hasta el primer piso, abrió una puerta y entramos en una gran sala de tipo antiguo, tan sencilla como el resto de la casa y alhajada con los muebles estrictamente necesarios, muy sencillos, y aun toscos, pero sólidos y tallados con líneas, si bien dibujadas, de grosera ejecución. En el ángulo más apartado de la sala y delante de un escritorio emplazado cerca de la ventana estaba un viejecito sentado en un amplio y mullido sillón. Estaba vestido con una especie de chaqueta de Norfolk de sarga azul, tan usada, que se veía la urdimbre del tejido, pantalones parecidos y medias de lana gris. Se levantó del sillón y gritó con voz muy fuerte para su aspecto:

—¡Bienvenido, Dick, hijo mío! Clara está aquí y se alegrará mucho de verte. ¡Alégrate!

—¿Clara aquí? —balbuceó Dick—. Si lo hubiese sabido, no hubiera traído..., es decir, hubiera...

Balbuceaba, como digo, y estaba confuso, porque evidentemente

tenía miedo de decir algo que me hiciera sospechar que yo estorbaba. Pero el viejo, que hasta entonces no me había visto, vino hacia mí diciéndome con mucha bondad:

—Os ruego que me perdonéis. No había visto más que a Dick, que es bastante grande para ocultar a cualquiera; no sabía que trajese consigo un amigo. ¡Mi cordial bienvenida! Con tanto mayor motivo cuanto que espero distraeréis a este pobre viejo dándole noticias de más allá de los mares, porque, como veo, habéis atravesado el Océano y venís de países muy lejanos.

Me miró con aire pensativo, casi ansioso, y dijo cambiando el tono de su voz:

—¿Me permitís que os pregunte de dónde venís, puesto que, a lo que parece, sois extranjero?

Contesté distraídamente:

—Vivía en Inglaterra y he vuelto a ella. La noche pasada dormí en la Casa de Huéspedes de Hammersmith.

Se inclinó gravemente y me pareció un tanto desilusionado con mi respuesta. Yo le miré tan curiosamente como me permitía la urbanidad, porque su cara, tan arrugada como una manzana seca, a decir verdad, me pareció tan extrañamente laminar como si la hubiera visto antes, en un espejo quizá.

—Bien. De cualquier parte que vengáis estáis entre amigos, y basta que mi biznieto Ricardo Hammond os haya traído para que yo haga por vos cuanto pueda. ¿No es cierto, Dick?

Dick, que esta vez estaba más distraído y que no cesaba de mirar inquietamente a la puerta, contestó con algún trabajo:

—Sí, eso es, abuelo. Nuestro huésped encuentra las cosas muy cambiadas y no puede comprenderlas, y no pudiendo explicárselas convenientemente, he pensado traerlo aquí porque nadie como vos sabe lo que ha ocurrido desde hace dos siglos... Pero ¿qué es esto?

Volvióse hacia la puerta. Se sentía ruido de pasos fuera, la puerta se abrió y entró una bellísima mujer que se paró de repente al ver a Dick, coloreándose como una rosa, pero mirándole a la cara. Dick la miró también fijamente y tendió hacia ella la mano, temblando de emoción.

El viejo no quiso dejarlos mucho tiempo en situación tan embarazosa y, sonriendo jovialmente, dijo:

—Dick, hijo mío, y tú, querida Clara, creo que estos dos viejos os estorban, y creo también que tenéis mucho que hablar. Deberíais ir a la Sala de Nelson; sé que ha salido y que ha cubierto las paredes de hermosos manuscritos medievales, de modo que aquello está muy lindo para que renovéis vuestras alegrías.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras ellos, el viejo, todavía sonriente, se volvió hacia mí, diciéndome:

—Francamente, estimado Huésped, me prestáis un gran servicio viniendo a poner en movimiento mi vieja lengua. El gusto de hablar perdura en mí, o más bien se acrecienta. Es muy agradable ver a estos jóvenes agitarse seriamente como si el mundo entero dependiese de sus besos (y depende un poco de ellos), y no creo que mis historias del pasado les interesen gran cosa.

La última cosecha, el último niño, el último trozo de escultura en la sala del mercado, ésas son sus historias. Otra cosa era en mis tiempos, cuando no teníamos una paz y una abundancia estables y seguras... ¡Bien, bien! Ahora dejadme que os haga una pregunta: ¿Debo consideraros como un curioso que sabe algo de nuestra

manera de vivir, o como quien llega de sitios donde las bases de la vida son diferentes de las nuestras...? ¿Sabéis algo o no sabéis nada de nosotros?

Mientras decía esto me miraba atentamente y con creciente sorpresa. Yo le respondí:

—No conozco de vuestra vida moderna más que lo que han podido ver mis ojos desde Hammersmith, y lo que me ha contado Ricardo Hammond, respondiendo a mis preguntas, la mayor parte de las cuales no ha entendido.

Esto hizo sonreír al viejo.

—Entonces debo hablaros...

—Como si yo fuese de otro planeta.

El viejo, que se apellidaba Hammond como su biznieto, sonrió, inclinó la cabeza, trajo su sillón hacia mí y me invitó a sentarme en otro labrado en encina, y diciéndome después al verme fijar los ojos en el tallado de los muebles:

—Sí, estoy muy apegado al pasado, a *mi* pasado, ¿comprendéis? Hasta los muebles que veis aquí son de una época anterior a mi infancia; mi padre fue quien los hizo construir. Si los hubieran hecho en los últimos cincuenta años estarían más hábilmente ejecutados, pero creo que no los querría más. En aquellos tiempos siempre se estaba inquieto, tiempos ardorosos y agitados. Pero soy muy locuaz; preguntadme, Huésped, preguntadme acerca de lo que queráis, y ya que he de hablar, hacedlo de modo que os sirva de algo lo que os contesta.

Callé por un momento, y dije un poco nerviosamente:

—Perdonadme si soy indiscreto, pero de tal modo me interesa Ricardo y tan amable ha sido para mí, un extranjero, que desearía preguntaros algo relativo a él.

—Bueno —contestó el anciano—, si no hubiera sido *amable*, como decís, para un extranjero, sería un individuo extraño y las gentes deberían huir de él. Pero preguntad, preguntad; no temáis.

—¿Va a casarse con esa hermosa joven? —interrogué.

—Eso es. Ya estuvo casado con ella y me parece que se va a casar de nuevo.

—¿De veras? —dije, tratando de adivinar lo que había querido decirme.

—He aquí toda la historia —dijo Hammond—, que es muy sencilla, y esta vez espero que feliz: vivieron juntos dos años la primera vez, siendo muy jóvenes. A ella se le metió en la cabeza que estaba enamorada de otro y se separó del pobre Ricardo, y digo *pobre* porque él no había encontrado otra mujer. Pero esto no ha durado mucho tiempo, un año apenas. Después ella vino a verme, porque tiene la costumbre de contar sus penas a este viejo rústico, y me preguntó cómo estaba Dick, si era feliz, y otras cosas. Yo vi lo que pasaba y contesté que era muy desgraciado y que no estaba del todo bien, aunque esto último no era verdad. El resto ya podéis adivinarlo. Clara ha venido hoy para hablar conmigo despacio, pero Dick tratará mejor que yo este asunto. Si la casualidad no le hubiera traído hoy aquí, mañana le habría llamado.

—¿Y tuvieron hijos?

—Sí, dos, que ahora están en casa de una de mis hijas con la que Clara vive desde hace tiempo. Yo no he querido perderla de vista porque estaba seguro de que volverían a unirse, y que a Dick, que es

el mejor de los jóvenes, la cosa le apremiaba, porque no tenía como ella otro amor. El asunto lo ha llevado bien, como otros de la misma índole.

—¿Habéis, sin duda, querido evitar que el asunto fuera a los Tribunales de divorcio, que supongo funcionarían todavía?

—Habéis supuesto un absurdo —contestó—. Sé que han existido cosas tan disparatadas como esos Tribunales; pero reflexionad un poco. Todos los casos que en ellos se presentaban tenían que ver con la propiedad, y yo creo, estimado Huésped, que aunque llegado de otro planeta, una simple ojeada por nuestro mundo os habrá hecho ver que entre nosotros y en nuestros días no puede haber discusiones acerca de la propiedad.

En efecto, mi caminata desde Hammersmith a Bloomsbury y la vida feliz y tranquila, de la que había visto tantas muestras, sin contar con mi *adquisición*, habían bastado para probarme que «los sagrados derechos de propiedad», tal como nosotros nos los representamos, no existían ya.

Permanecí silenciosamente sentado, y el viejo reanudó su discurso.

—Luego, si no son posibles los litigios acerca de la propiedad, ¿qué queda en estas materias que sea asunto de un Tribunal? ¿Pensáis que un Tribunal de justicia puede sancionar un contrato de pasión y de sentimiento? Semejante institución sería una locura.

Calló de nuevo un instante y luego prosiguió:

—Es preciso que entendáis de una vez para siempre que hemos cambiado estas cosas o, más bien, que ha cambiado nuestra manera de considerarlas, a medida que hemos cambiado en los dos últimos siglos. Verdaderamente que no debemos hacernos la ilusión de

creernos liberados de todos los cuidados y preocupaciones inherentes a las relaciones de los dos sexos. Sabemos que hay que afrontar la desgracia que proviene de la confusión en el hombre y en la mujer de lo que es impulso natural con el sentimiento y la amistad, que cuando todo va bien endulza el despertar de las ilusiones pasajeras, pero no somos tan locos que añadamos el envilecimiento a esta desgracia enredándonos en sórdidas querellas acerca de los medios de existencia y de posición, y también respecto del derecho de tiranizar a los hijos que fueron el resultado del amor o del placer.

Descansó de nuevo y continuó:

—El amor repentino que se toma como sentimiento heroico que durará toda la vida y que se desvanece con la desilusión; el inexplicable deseo que acomete al hombre aun en la edad madura de ser todo para una mujer cuyo vulgar encanto humano y humana belleza ha idealizado hasta convertirse en soberanas perfecciones, y de la cual hace el objeto único de su deseo; el anhelo razonable, en fin, de un hombre fuerte y reflexivo de ser el amigo más íntimo de una mujer bella y prudente, verdadero tipo de la gloria y de la belleza del mundo que tanto amamos; todos estos sentimientos, en fin, lo mismo que gustamos el placer y la exaltación del espíritu que los acompaña, nos resignamos a soportar la tristeza que también les acompaña acordándonos de los versos del viejo poeta (cito de memoria una de las muchas traducciones del siglo diecinueve):

Los dioses han modelado el dolor del hombre y sus tormentos para que el hombre pueda contarlos y cantarlos.

Sí, sí, es poco probable que lleguen a faltar los poemas y que todas las tristezas sean curadas.

Volvió a callar y no quise interrumpirle. Al cabo continuó:

—Debéis saber que nosotros, las presentes generaciones, somos robustos y sanos de cuerpo, y vivimos sencillamente. Pasamos la vida en lucha razonable con la naturaleza y ejercitando no una parte de nosotros, sino nosotros enteros, y por eso tiene la vida para nosotros mayores goces. Además, es un punto de honor para nosotros no quejarnos, no suponer que el mundo deba hundirse por un dolor humano, y por eso creemos cometer una tontería, o si se quiere, un delito, exagerando el sentimentalismo y la sensibilidad. No tenemos inclinación a aumentar la sensación de dolor en vez de buscar alivio para nuestras penas materiales. También reconocemos que hay otros placeres además de los del amor. Debéis recordar que tenemos la vida larga, y que, por consecuencia, la belleza no es en el hombre y en la mujer tan efímera como lo era en la época en que soportábamos un enorme fardo de males por nosotros creados. Así sacudimos nuestras penas de un modo que los moralistas de otros tiempos hubieran encontrado despreciable y poco heroico, pero que a nosotros nos parece necesario y humano. Además hemos dejado de ser mercantilistas en los asuntos de amor, y también de ser artificialmente locos. La locura que viene de la naturaleza, la imprudencia del hombre inexperto o la desgracia del hombre maduro, son males que debemos soportar y que no son vergonzosos; en cuanto a ser convencionalmente sensibles o sentimentales..., amigo mío, soy viejo y puede que me equivoque, pero creo que hemos desechado *algunas* de las locuras del viejo mundo.

Cesó de hablar como si esperase algunas observaciones mías, pero como yo permanecí en silencio, prosiguió:

—Por lo menos, cuando sufrimos la tiranía y la indiscriminada mutabilidad de la naturaleza y de nuestra inexperiencia, tenemos paciencia y no hipamos ni mentimos. Si deben separarse dos que pensaron vivir siempre juntos, que se separen, que no es preciso ostentar una unión cuando en realidad ha concluido, como no se puede forzar a nadie a profesar un sentimiento eterno cuando en

realidad no lo siente; además, la monstruosidad de la lujuria venal no es posible ni concebible. No interpretéis mal mis palabras, os ruego. Cuando os dije que no había Tribunales de justicia que sancionaran los contratos de sentimiento o de pasión, no pareció que os escandalizaseis, pero es tan extraña la naturaleza del hombre que quizá os choque que no haya tampoco un código de opinión pública que haga las veces de esos Tribunales, código que sería tan tiránico y tan irracional como aquéllos. No digo que las gentes no juzguen la conducta de sus vecinos, a veces con injusticia, pero afirmo que no hay reglas convencionales por las cuales sean juzgadas las gentes; que no hay un lecho de Procusto que alargue o encoja los espíritus y las vidas, que no hay anatemas ni entredichos pronunciados bien por una inconsciente costumbre, ya por tácita amenaza, contra quienes no sean hipócritas. Os escandaliza todo esto, ¿no es cierto?

—No..., no... —respondí, titubeando—. ¡Es ahora todo tan distinto!

—De cualquier modo —añadió—, de una cosa creo poder responderos, y es que todo sentimiento, sea como sea, es ahora verdadero y general, y no queda limitado a las gentes particularmente refinadas. También os aseguro que hoy no existen tantos dolores como en el pasado, ligados a las relaciones de hombre y mujer. Perdonadme que sea tan prolijo en este asunto, pero recordaréis que me indicasteis que os tratara como a un hombre llegado de otro planeta.

—Y os lo agradezco mucho. Y ahora, ¿puedo preguntaros acerca de la posición de la mujer en la sociedad actual?

Rió demasiado estrepitosamente para su edad y contestó:

—No sin razón estoy reputado de concienzudo estudiante de Historia; de ahí que crea comprender realmente el *movimiento para*

la emancipación de la mujer en el siglo diecinueve, y aún dudo que ningún otro vivo lo comprenda como yo.

—¿De veras? —pregunté, un poco amoscado por su hilaridad.

—Sí. Y como veréis, en el presente ha terminado toda controversia. Los hombres no tienen hoy ocasión de tiranizar a las mujeres ni las mujeres a los hombres, como ocurría en los tiempos antiguos. Las mujeres hacen lo que mejor les parece y los hombres ni sienten celos, ni se ofenden. Es éste un hecho natural que da vergüenza enunciarlo.

—¡Oh! ¿Y la legislación? ¿Toman parte en ella?

Hammond sonrió.

—Creo que deberéis esperar la respuesta de esa pregunta para cuando hablemos de la legislación, porque en este punto vais a encontrar muchas novedades.

—Muy bien, pero respondedme al menos a esta pregunta. En la Casa de los Huéspedes he visto que las mujeres sirven a los hombres y esto se asemeja algo a una reacción, ¿no es cierto?

—¿Lo creéis así? Entonces pensaréis que el cuidado de una casa es una ocupación secundaria, que no merece respeto. Según tengo entendido, ésa era la opinión de las mujeres *emancipadas* del siglo diecinueve y de sus paladines del sexo masculino. Si pensáis también así os recomiendo mi popular y viejo cuento noruego titulado algo parecido a *Cómo el hombre cuida la casa*. El resultado final del cuidado fue que, después de muchas peripecias, el hombre y la vaca de la familia se balanceaban cada uno a la punta de una cuerda: el hombre suspendido a la mitad de la chimenea, y la vaca, en el techo de la casa, que según la costumbre del país, es de hierba, lo cual me parece que no sería muy cómodo, sobre todo para la vaca.

Naturalmente, semejante «infortunio» no le hubiera ocurrido a un hombre superior como vos parecéis serlo —añadió, riendo socarronamente.

Me sentí un tanto molesto por el tono sarcástico de sus palabras, y me pareció ofensivo su modo de tratar la cuestión.

—Además —amigo mío—, ¿no sabéis que para la mujer es un gran placer gobernar bien la casa y conducirse de modo que todos los familiares estén contentos y satisfechos? Y no ignoráis que a todo el mundo le gusta verse cuidado por una mujer bonita, y acaso sea ésta una de las formas más agradables de la coquetería. No sois tan viejo como para no recordarlo. ¡Ah, yo me acuerdo muy bien!

Rió nuevamente el viejo.

—Perdonadme —dijo al poco rato—, no río de lo que suponéis, sino de la estúpida usanza del siglo diecinueve, practicada por la gente rica y culta, que consistía en ignorar la preparación de los alimentos cotidianos, como si eso fuese cosa indigna de las inteligencias sublimes. ¡Inútiles idiotas! Pues bien: yo soy un literato, como se nos llamaba a nosotros extraños animales, y, sin embargo, soy un buen cocinero.

—Y yo también —dije.

—Entonces creo que me entendéis mejor de lo que permiten juzgar vuestras palabras y vuestro silencio.

—Quizá, pero en cierto modo me sorprende que las gentes tomen con tanto interés la práctica de las ocupaciones ordinarias de la vida. Aún quiero haceros una o dos preguntas acerca del mismo tema; pero antes volvamos a la posición de la mujer entre vosotros. Habéis estudiado el movimiento de *la emancipación de la mujer* en el siglo diecinueve, ¿y os acordáis de que algunas mujeres *superiores*

querían emancipar a la parte más inteligente de su sexo de la carga de la maternidad?

El viejo se puso serio y me dijo:

—Recuerdo ese rasgo de vana locura, resultado, como todas las otras locuras de la época, de la odiosa tiranía de clase que entonces dominaba. ¿Qué pensamos ahora? ¿Es esto lo que queréis decir? Amigo mío, la respuesta es sencilla. ¿Sería posible que nosotros no honrásemos altamente la maternidad? No hay que decir que los dolores naturales e inevitables forman un lazo entre el hombre y la mujer, y son un estímulo para el recíproco cariño; verdad que todos reconocemos. Por lo demás, acordaos de que todas las cargas *artificiales* de la maternidad han sido suprimidas. La madre no tiene aquella sórdida inquietud por el porvenir de sus hijos. Estos pueden ser más o menos buenos, es cierto; pueden defraudarla en sus más altas esperanzas, que semejantes ansiedades forman el tejido de dolores y de placeres inherentes a la vida humana; pero al menos no tiene la madre el temor o, mejor, la certeza, como en el pasado, que las incapacidades artificiales hagan de los niños algo menos que hombres o mujeres. Hoy sabe que sus hijos vivirán y se moverán en la medida de sus propias facultades. En los tiempos pasados, la sociedad hacía recaer en los hijos las culpas de los padres. Cómo destruir esta teoría, cómo arrancar su aguijón a la herencia, fue por mucho tiempo la preocupación de nuestros pensadores. Ahora, como veréis, la mujer ordinariamente sana (y casi todas son sanas y graciosas), es respetada como madre y como nodriza de sus hijos, es deseada como mujer, amada como compañera, y está tranquila respecto del porvenir de sus hijos. Tiene más inclinación a la maternidad que la pobre esclava, madre de esclavos de los tiempos pasados, y que sus hermanas de las clases superiores, criadas en una fingida ignorancia de los hechos naturales, criadas en una atmósfera de falsedad y de fingida modestia.

—Os acaloráis mucho —dije—, pero veo que tenéis razón.

—Sí, y voy a daros una prueba de lo que hemos ganado con la libertad. ¿Qué impresión os han producido las personas que habéis visto por la calle?

—Creo que difícilmente podría encontrarse tanta gente de tan buen aspecto en ningún país civilizado.

Cantó victoria como un gallo viejo.

—¿Qué? ¿Estamos aún civilizados? En cuanto a nuestro aspecto, la sangre inglesa y danesa que aquí predominan, no producían mucha belleza, mas ahora parece que mejoramos. Conozco una persona que tiene una gran colección de retratos grabados de fotografías del siglo diecinueve y no hay comparación entre aquellos rostros y los de ahora. A algunos no les parece quimérica una conexión directa entre el crecimiento de la belleza y el crecimiento de la libertad. Creen también que el hijo nacido del amor fuerte y natural de un hombre y de una mujer, aunque ese amor sea efímero, produce seres de mayor belleza física que el matrimonio comercialmente respetable o que el de dos pobres esclavos víctimas del sistema mercantil. Dicen que el placer engendra placer. ¿Qué os parece?

—Completamente de acuerdo.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Bien —dijo el anciano después de haber cambiado de postura en su sillón—; continuad preguntando, Huésped; he empleado mucho tiempo en contestar a vuestra primera pregunta.

—Necesito una o dos aclaraciones acerca de vuestra idea de la educación, aunque ya sé por Dick que dejáis ir a vuestros hijos a su cuenta y riesgo, no enseñándoles nada. En suma, que habéis perfeccionado de tal manera la educación que no tenéis sistema ninguno.

—Entonces no lo habéis comprendido bien. Comprendo, naturalmente, vuestro punto de vista acerca de la educación, que es el de los tiempos pasados, cuando *la lucha por la vida* —ésa era la fórmula, o sea, la lucha por la ración de esclavos en una parte y del privilegio de los dueños de esclavos en otra— reducía la *educación* para la mayor parte de las gentes a una mezquina dosis de conocimientos inexactos, a algo que debían ingerir los principiantes en el arte de vivir, quisieran o no, tuviesen o no hambre, a una materia digerida y triturada tantas veces que se transmitía de individuo a individuo, sin ninguna utilidad práctica.

Interrumpí con una carcajada la creciente vehemencia del viejo, y le dije:

—Después de todo, vos habéis recibido instrucción, y no es el caso para que os irritéis tanto.

—Verdad, verdad —repuso, sonriendo—, reprimís mi mal carácter y os lo agradezco. Es que siempre me imagino vivir en la época de la que hablamos y por ello me dejo llevar de la cólera. Pero tratemos fríamente el asunto. Esperabais ver que se obligaba a los niños a

frecuentar la *escuela* a la edad convenida, cualesquiera que fuesen sus gustos y sus facultades, para ser en ella sometidos, con menosprecio de los hechos, a un programa de *instrucción* también convenido. Pero, amigo mío, ¿no veis que semejante manera de proceder implica una ignorancia completa del *desarrollo* físico y moral? Nadie podría salir sin daño de semejante engranaje, a menos de poseer un poderoso espíritu de rebelión. Felizmente, la mayor parte de los niños de todas las épocas han tenido ese espíritu; sin eso no habríamos llegado a la situación presente. Ahora veamos a dónde conduce todo esto. En los tiempos antiguos todo ello era el resultado de la pobreza. En el siglo diecinueve, la sociedad era tan escuálidamente pobre a consecuencia del engaño organizado sobre que se basaba, que la verdadera educación para todos tenía la categoría de un imposible. Toda la teoría de la llamada educación consistía en considerar como una necesidad el hacer entrar unos conocimientos en la mente del niño, acompañados de unos verbalismos tenidos por inútiles, y si no, no había instrucción; no había otro remedio, pues a esto conducía la pobreza. Todo esto ha concluido, ya no estamos oprimidos, y la cultura se encuentra al alcance de cuantos quieran buscarla. Y como en esto —y en todo— hemos llegado a ser ricos, podemos dejar tiempo al crecimiento.

—Sí —dije—, pero supongamos que el niño, que el joven, que el hombre no siente necesidad de instruirse, ni se desarrolla en el sentido que deseáis; suponed, por ejemplo, que es enemigo de estudiar aritmética y matemáticas; naturalmente, cuando sea adulto no podréis obligarle, ni podéis obligarle antes, pero ¿no deberíais hacerlo?

—Está bien —contestó—. A vos se os obligó a aprender aritmética y matemáticas, ¿no es verdad?

—Un poco.

—¿Y qué edad tenéis ahora?

—Unos cincuenta y seis años.

—¿Y qué sabéis de aritmética y de matemáticas?

—Siento decir que absolutamente nada.

Hammond rió dulcemente, pero no hizo ningún otro comentario acerca de mi confesión, y yo abandoné el tema de la educación, en vista de que no hallaríamos la manera de entendernos.

Reflexioné un momento y le dije:

—Hace poco me habéis hablado de habitaciones domésticas, y esto semeja un poco a los viejos usos. Yo hubiera creído que vivíais más en común.

—En *falansterio*, ¿no es verdad? Vivimos como nos agrada, y en general nos agrada vivir con ciertos compañeros de casa a cuyo trato nos hemos habituado. Acordaos de que la pobreza ha desaparecido y que los *falansterios* de Fourier y otras cosas parecidas, muy naturales en su tiempo, no eran sino un lugar de refugio contra la indigencia. Semejantes maneras de vivir no han podido ser concebidas más que por gentes rodeadas de la peor forma de pobreza. Pero al mismo tiempo comprenderéis que si bien las casas distintas son la norma entre nosotros, y que en cada una se varía de costumbres, ninguna puerta está cerrada a las personas de buen carácter que se avienen a vivir como los demás compañeros de la casa, bien entendido que sería irracional que cada uno entrase en las casas queriendo imponer a los demás sus costumbres o sus deseos, cuando puede vivir como le plazca e ir donde le agrade. Pero no quiero ser extenso en este punto; puesto que vais a remontar el río con Dick, veréis por vos mismo cómo se arreglan las cosas.

Después de un momento pregunté:

—¿Qué habéis hecho de las grandes ciudades? Londres que... por lo que he leído, era la moderna Babilonia de la civilización, parece haber desaparecido.

—Puede ser. O quizá se pareciese a la antigua Babilonia esta moderna Babilonia del siglo diecinueve. Pero poco importa. Después de todo, hay bastante población entre este sitio y Hammersmith, y aún no habéis visto la parte más densa de la ciudad.

—Decidme: ¿qué ha sido de la parte oriental?

—Hubo un tiempo en que si hubieseis montado un buen caballo y partido al trote desde mi puerta, al cabo de hora y media de correr en línea recta aún os encontraríais en pleno Londres, y la mayor parte de sus edificios eran cuchitriles, esto es, lugares de tortura para hombres y mujeres, o peor, casas de prostitución, donde se vivía en un envilecimiento tal que la tortura parecía un hecho ordinario y natural de la vida.

—Lo sé, lo sé —interrumpí impaciente—; el pasado era lo que era; decidme algo de lo que es ahora¹⁰³. ¿No queda nada de aquello?

—Nada. Sólo queda un recuerdo, y me alegro. Una vez al año, el primero de mayo, celebramos una fiesta solemne en los lugares orientales de Londres para conmemorar la «destrucción de miseria», como suele decirse. Ese día tenemos música, danza, alegres juegos y un banquete en el emplazamiento de uno de los más inmundos cuchitriles, del cual conservamos un tradicional recuerdo. En semejante ocasión es costumbre que las bellas jóvenes canten viejos cantos revolucionarios y repitan los lamentos de dolores —en un tiempo sin esperanza— en el mismo sitio donde cotidianamente se perpetró el asesinato de una clase durante tantos años. Para un hombre como yo, que tan diligentemente ha estudiado el pasado, es conmovedor el espectáculo de una joven elegantemente vestida y coronada de flores de los campos vecinos, entre tanta gente feliz,

sobre aquel Tártaro, honrado en otros tiempos con el nombre de casa, donde hombres y mujeres se apilaban como sardinas en barril, y vivían una vida que sólo podían soportar por su nivel inferior en la humanidad, es conmovedor, digo, oír terribles palabras de amenaza en aquellos dulces labios, inconscientes de su verdadero significado; oír, por ejemplo, la tremenda *canción de la camisa* de Hood, y pensar que ni quien canta, ni quienes oyen entienden nada de el dolor que refleja, pensar que hay una tragedia oculta para todos... ¡Reflexionad en esto, si podéis, y pensad cuán gloriosa ha llegado a ser la vida!

—Es verdad —dije—, y es difícil que yo pueda pensar en eso.

Miré el brillo de sus ojos, la vida fresca que palpitaba en su cara, y me maravillé de que un hombre de su edad pudiera tomar con tanto interés la felicidad del mundo, y aun todo aquello que no se refiriese a la próxima comida.

—Decidme qué ha ocurrido en el oriente de Bloomsbury.

—Hay pocas casas porque ésa es la parte exterior de la antigua City, pero en la City tenemos una población bastante numerosa. Nuestros antepasados, en los primeros tiempos de la demolición de cuchitriles, no tuvieron prisa para derribar aquellos barrios de la City que en el siglo diecinueve eran llamados comerciales y que después fueron conocidos con el nombre de *Barrio de los usureros*. Aquellas casas, aunque fuesen horriblemente malas, en cierto sentido, eran amplias y estaban limpias y bien construidas porque no servían de habitaciones, sino de tiendas y almacenes donde se engañaba al prójimo. Los pobres las tomaron como habitación cuando se demolieron los cuchitriles y las habitaron hasta que se pudo hacer algo mejor. Aquellas construcciones fueron tan gradualmente demolidas, que el pueblo se acostumbró a vivir amontonado, y por esto este sitio es el más populoso de Londres y aun de la isla. Por otra parte es un sitio bello, donde la arquitectura encuentra

espléndidos motivos, más espléndidos que en los demás lugares. Otro sitio abarrotado —que así puede denominarse— se encuentra en la calle llamada Aldgate, nombre que no os será desconocido. Por lo demás, las casas se diría que están en el campo, como veréis cuando lleguéis al Lea, donde pescaba el viejo Isaac Walton,⁹ cerca del lugar llamado Oíd Ford y Stratford,¹⁰ nombres de los cuales no habréis oído hablar, aunque los romanos dieron una vuelta por ellos.

¡Oír hablar! —pensaba yo—. ¡Qué cosa más extraña! Yo había visto la destrucción de los últimos amenos y fértiles campos del Lea, oía hablar de ellos cuando volvían a ser amenos.

Hammond prosiguió:

—Cuando venís de lo bajo del Támesis encontráis los Docks, que son obra del siglo diecinueve, todavía utilizados, pero no tan atestados como en aquel tiempo, porque ahora evitamos todo lo posible la centralización, y desde hace muchos años hemos renunciado alegremente a la pretensión de ser el mercado del mundo. Alrededor de los Docks hay pocas casas en las que de continuo no habitan muchas ¹⁰⁵ personas; quiero decir que la gente va y viene porque aquel terreno es muy bajo y pantanoso para que sea una morada agradable. Después de los Docks, al oriente, la campiña, en tiempos un tanto palustre, con excepción de unos cuantos jardines, es ahora una sucesión de pastos con pocas habitaciones fijas y algunas cabañas y barracas para los hombres que cuidan el ganado. Sin embargo, ese sitio poblado de hombres y de bestias, alegrado por techos de rosadas tejas o de verde heno, no es tan feo, ni mucho menos, para dar un paseo, montado en un caballo, las tardes otoñales, mirando el ir y venir de los barcos por el río, desde el monte Shooter's y el collado de Kentish y todo el gran mar de

9 Autor de un tratado de pesca muy celebrado.

10 Población donde nació Shakespeare.

verdura del pantano de Essex, bajo la inmensa bóveda del cielo y el esplendor del sol que envía torrentes de luz. Hay un sitio llamado Canning's Town, y más allá está Silvertown, donde los campos se muestran en toda su belleza. Todo esto era, sin duda, una sucesión de cuchitriles. ¡Y qué cuchitriles!

Aquellos nombres, sin saber por qué, herían mis oídos, así que pregunté:

—Y la parte meridional del río, ¿cómo está?

—La encontraréis parecida a la campiña de los alrededores de Hammersmith. Al Norte, en la risueña campiña, hay una ciudad llamada Hampstead, que linda con

Londres; más abajo, al nordeste, se ve un extremo del bosque que habéis atravesado.

Sonreí y le dije:

—Basta de lo que fue Londres. Habladme ahora de otras ciudades de la región.

—Aquellos lugares grandes y tétricos que, como sabemos, eran centros manufactureros, desaparecieron lo mismo que aquel desierto de cal y de ladrillo que se llamaba Londres; sólo que todo lo que no eran más que centros de manufactura para alimentar el mercado del fraude han dejado menos vestigios que Londres de su existencia.

Naturalmente, la gran transformación en el uso de la fuerza mecánica facilitó las cosas, y hubieran dejado de ser centros aunque nuestras costumbres no hubiesen cambiado tan radicalmente. De cualquier modo, aquellos *distritos manufactureros* —como los llamaban— eran tan horribles que ningún sacrificio para librarse de

ellos podía considerarse caro. Ahora, cuando se necesita algún mineral, se saca y se manda en seguida a su destino, evitando todo lo posible la suciedad y la confusión en la vida de los ciudadanos. Leyendo la condición de aquellos distritos en el siglo diecinueve se creería que allí se atormentaba, se embrutecía y se degradaba a los hombres con propósito deliberado, pero no era así. Como el falso sistema de educación del que hemos hablado antes, éste era un hecho derivado de la terrible pobreza de aquellos tiempos. Los pobres estaban obligados a soportarlo todo, y aún se pretendía que lo hiciesen de buen grado. Ahora las cosas se hacen racionalmente y midiendo la producción por las necesidades.

Confieso que no me dolió cortar con una pregunta la glorificación de su época que estaba haciendo.

—¿Qué ha sido de las ciudades menores? Supongo que las habréis destruido en seguida.

—No —respondió—, no ha sido así. Por el contrario, se ha demolido poco y se ha edificado mucho en las ciudades pequeñas. Sus arrabales, cuando los ¹⁰⁷tenían, han ido a confundirse con el campo, obteniéndose así amplitud en el centro de ellas, pero las ciudades se conservan con sus calles, plazas y mercados. Esas pequeñas ciudades pueden darnos hoy idea de lo que eran las ciudades en el mundo antiguo. Dicho en el mejor de los sentidos.

—Tomad como ejemplo Oxford —le dije.

—Yo creo que Oxford debía ser bella aún en el siglo diecinueve. Ahora es muy interesante, porque conserva gran cantidad de edificios *precomerciales* y es de veras hermosa. Pero hay otras muchas no menos bonitas.

—¿Puedo preguntaros, así, de pasada, si es todavía un sitio para instruirse?

—¿Todavía...? —preguntó, sonriendo—. Ahora es cuando ha vuelto a sus mejores tradiciones; por ahí podéis calcular cuán diverso es de lo que fue en el siglo diecinueve. Ahora es verdaderamente la sede del saber; es decir, del arte de la ciencia que ha sucedido a la cultura comercial del pasado. Habéis de saber que en el siglo diecinueve, Oxford y su hermana menor Cambridge se hicieron decididamente mercantiles. Estos lugares —principalmente Oxford— fueron la cuna de una clase especial de parásitos llamados *doctos*, los cuales no sólo tenían el cinismo propio de las clases llamadas *educadas*, sino que fingían un cinismo aún más exagerado para hacerse creer los más cultos y los más sabios. Las clases medias ricas (que nada tenían que ver con las clases trabajadoras) trataban a tales gentes con la misma despectiva tolerancia que los barones de la Edad Media trataban a sus bufones; aunque, a decir verdad, los doctos no eran tan placenteros como los bufones, que despreciaban a la misma sociedad que se reía de ellos, que los trataba con desdén y que los pagaba, que era lo que ellos querían.

«¡Dios mío! —pensé—. Cómo derriba la historia los juicios contemporáneos. Aunque, sin duda, el juicio que había oído no se refería más que a la parte peor de los “doctos”.»

—Por lo demás, debo admitir que no todos eran vanos, aunque todos eran indistintamente *comerciales* —dijo, como respondiendo a mi pensamiento.

—¿Y cómo podían ser mejores que la época que los producía?

—Es verdad; pero en vanidad sobrepujaban a su época.

—¿De veras?

—Me lleváis de un argumento a otro —añadió, cambiando conmigo una sonrisa—. Permitidme al menos que os diga que eran una mezquina continuación del Oxford de la bárbara Edad Media.

—Puede afirmarse que sí.

—En absoluto. Recordad que cuanto he dicho es verdad, en general. Pero seguid preguntando.

—Hemos hablado de Londres, de los distritos manufactureros, de las ciudades secundarias; hablemos ahora de las aldeas.

—Debéis saber que hacia final del siglo diecinueve las aldeas fueron casi todas destruidas o se convirtieron en agregados de los distritos manufactureros, cuando no se convirtieron en distritos manufactureros menores. Las casas fueron abandonadas hasta caer en ruinas, los árboles fueron arrancados por amor al dinero que daba la venta de su madera, el arte de edificar se hizo horrible no y tosco hasta lo indecible. El trabajo escaseó y bajaron los salarios. Todas las pequeñas industrias, que eran al mismo tiempo el placer de las gentes del campo, desaparecieron. Los productos de los campos que pasaban por las manos de los agricultores no llegaban jamás a sus bocas. Una miseria increíble, una estrechez sin límites reinaban en los campos, los cuales, a pesar de la agricultura rudimentaria y atrasada de ¹⁰⁹aquellos tiempos, eran ubérrimos y magnificentes. ¿Habéis oído algo de todo esto?

—Sí, lo he oído. ¿Y qué pasó después?

—El cambio que ocurrió en la primera época fue extrañamente rápido. Las gentes afluían a las aldeas campestres y, por decirlo así, se arrojaban a la tierra como la fiera sobre su presa. En un abrir y cerrar de ojos las aldeas de Inglaterra fueron más populosas que lo habían sido en los siglos medievales; la población crecía y crecía con rapidez. Esta invasión del campo fue cosa embarazosa al principio, y habría producido la miseria si el pueblo hubiese sido aún esclavo del monopolio de clases. Pero con la mudanza de condiciones, las cosas se arreglaron pronto: la gente comprendió las tareas a que estaba llamada y renunció a emplearse en ocupaciones que no le

interesaban. La ciudad invadió el campo, pero los invasores, como los guerreros primitivos, cedieron a la acción del ambiente y a su vez se trocaron en campesinos y, siendo cada vez más numerosos, atraieron a sus hábitos a la gente ciudadana. Si bien la diferencia entre la ciudad y el campo desapareció poco a poco, el mundo campesino se sintió vivificado con el pensamiento, la actividad y la educación ciudadanas, que hicieron la vida feliz y sosegada a la par que activa, de la cual habéis podido ver algo. Vuelvo a repetir que hubo muchos errores, pero con el tiempo los hemos enmendado. Cuando yo era niño había bastante que corregir. Las ideas poco maduras de la primera mitad del siglo veinte, cuando los hombres estaban aún oprimidos con el temor de la pobreza y no sabían apreciar bastante los goces de la vida cotidiana, ocasionaban la ruina de muchas bellezas externas que había dejado la edad comercial, y debo decir que los hombres se rehicieron muy lentamente de los daños que ellos mismos se proporcionaban después de su liberación. Aunque lentamente la curación vino, y a medida que veáis más cosas nuestras os convenceréis de que somos felices y de que vivimos rodeados de bellezas, sin temor de afeminarnos, que tenemos muchas cosas que hacer y de que las hacemos con alegría. ¿Qué más podríamos desear en la vida?

Aquí se interrumpió como si buscase palabras adecuadas a su pensamiento. Después siguió:

—Tal es nuestro estado presente. Inglaterra era en tiempos un país de tierras incultas, de bosques y de pantanos, con ciudades esparcidas aquí y allá, que para el ejército feudal representaban fortaleza, para el pueblo mercados y para los artífices lugares de asambleas o municipios. Después se transformó en el país de los grandes y sucios oficios y de las más sucias trapacerías del comercio, circundado de tierras mal cultivadas, enfermo por la pobreza, despreciado por los patronos de las fábricas; ahora es un jardín que nada destruye ni nada turba, con sus habitaciones, sus edificios públicos, sus laboratorios esparcidos por los campos; todo ordenado,

limpio, bello. Y sería demasiada vergüenza para nosotros que consintiéramos la producción de mercancías en vasta escala, que acaso traería consigo un fantasma de palidez y de miseria.

—Visto así, vuestro cambio es excelente, y puesto que he de ver vuestras aldeas, decidme algo como preparación.

—¿Habéis visto pintada alguna representación de las aldeas antes de fines del siglo diecinueve? Pues no veréis nada que se le parezca.

—He visto, ciertamente, algo semejante a esas pinturas.

—Pues bien —dijo Hammond—; nuestras aldeas son infinitamente mejores que aquellas que tenían su iglesia y su Casa Municipal como edificios principales. No veréis en ellos ningún indicio de pobreza, ninguna *pintoresca* ruina, que, a decir verdad, sólo servían para que ciertos artistas ocultaran su incapacidad arquitectónica. Semejantes cosas no nos agradan, aun cuando no indicaran miseria, que sí lo hacen. Como los medievales, gustamos de lo que es correcto, nítido, bien ordenado y brillante, lo cual es propio de cuantos tienen talento arquitectónico y se sienten ¹¹¹capaces de satisfacer sus deseos, y que teniendo que luchar con la naturaleza no quieren reducirla a una apariencia sin sentido.

—Además de las aldeas, ¿hay casas de campo? —pregunté.

—Sí, muchas. Excepto en los pantanos, en las selvas y en las colinas de arena, como Hindhead y Surry, es difícil encontrar un sitio donde no haya casas, y donde escasean son más amplias hasta parecer antiguos colegios, mejor que habitaciones ordinarias. Se construyen así para la comodidad general, con objeto de que puedan contener muchas personas, porque aunque todos los habitantes del campo no son agricultores, casi todos ayudan en el tiempo oportuno. En todas estas grandes casas se hace una vida placentera, especialmente porque algunas de las gentes más estudiosas de

nuestra época viven en ellas, y se encuentra una gran variedad de ideas y de costumbres que hacen brillante su sociedad.

—Me sorprende cuanto decís, y de ello deduzco que la campiña debe de estar muy poblada.

—Sin duda. Por lo demás, la población viene a ser la misma que a finales del siglo diecinueve, sólo que la hemos esparcido, y eso es todo. También hemos poblado otras campiñas a medida que lo hemos necesitado.

—Hay algo que no concuerda con la palabra *jardín* que usáis —dije—. Habéis hablado de pantanos y de selvas y yo he visto el principio del bosque de Middlesex y Essex. Decidme, ¿por qué dejáis tales cosas en un jardín? ¿No lo mancillan acaso?

—Amigo mío, nos agradan estos trozos de naturaleza salvaje, y cuando los tenemos los dejamos; aparte de que los bosques nos dan la madera que necesitamos y que necesitarán nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. En cuanto a la campiña convertida en jardín, he oído decir que antes en los jardines se fingían bosquecillos y rocas, y aun cuando a mí no me gusta lo artificial, os aseguro que nuestros jardines merecen ser vistos. Id al Norte este verano y observad el Cumberland y Westmoreland, y encontraréis dehesas que no os parecerán feas, como decís, tan feas como aquella tierra a la que se obligaba a dar fruto fuera de la estación. Mirad, mirad los prados de Ingleborough y de Pen-y-gwent, y decidme después si derrochamos tontamente la tierra, porque no la cubrimos de fábricas y de cosas que no servirían a nadie, como ocurría en el siglo diecinueve.

—Trataré de ir —contesté.

—Y no os será difícil —respondió.

EL GOBIERNO

Ahora —dije— ha llegado el momento de interrogaros acerca de cuestiones a las cuales creo que me daréis respuestas ávidas y que serán un tanto escabrosas; hace un rato que había previsto que debía hacer esas preguntas, y allá van. ¿Qué clase de gobierno tenéis? ¿Ha triunfado al fin el republicanismo, o vivís bajo una dictadura que muchos profetizaban en el siglo diecinueve como la última fase de la democracia? Verdaderamente, esta última hipótesis me parece absurda, desde el instante en que he visto el Parlamento convertido en mercado de estiércol. En el caso contrario, ¿dónde habéis instalado el Parlamento actual?

El viejo contestó a mi sonrisa con una cordial carcajada, y me respondió:

—¡Bah! El estiércol no es la peor especie de corrupción, porque de ella puede nacer la fertilidad, en tanto que de la otra clase de mercancía que encerraban aquéllos muros sólo nacía la esterilidad. Querido Huésped, permitidme que os diga que nuestro Parlamento sería difícil de instalar en un solo sitio, porque el pueblo entero es nuestro Parlamento.

—No comprendo.

—Lo creo. Y ahora preparaos a maravillaros, porque voy a deciros que no tenemos nada de lo que vosotros, los nacidos en otro planeta, llamaríais *Gobierno*.

—No me sorprende tanto como creéis, porque tengo algún conocimiento de lo que son los gobiernos. Pero, decidme, ¿cómo habéis llegado a este estado?

—Es cierto que nuestros asuntos nos obligan a adoptar medidas, acerca de las cuales me podéis preguntar, y es asimismo verdad que no todo el mundo está de acuerdo en los detalles de esas medidas; pero no es menos verdad que no necesitamos de un complicado sistema de gobierno, con ejército, marina y policía para obligar a cada uno a someterse a la voluntad de la mayoría de sus *iguales*, lo mismo que no se siente la necesidad de un mecanismo que haga entender a cada uno que su cabeza y un muro de piedra no pueden ocupar un mismo sitio en un mismo momento. ¿Queréis más explicaciones?

—Sí, sí, os lo ruego.

El viejo Hammond se instaló cómodamente en su sillón con un aspecto tan satisfecho que me alarmó, haciéndome temer una larga disertación científica; suspiré y esperé.

—Yo creo que sabéis bien cuál era la naturaleza del gobierno en los malos tiempos antiguos.

—Es de suponer que lo sepa.

—¿Quién era el Gobierno? ¿Lo era el Parlamento? ¿Lo era una parte de él?

—No.

—¿No era el Parlamento, de una parte, algo así como un Comité de vigilancia encargado de que los intereses de las clases superiores no sufrieran daños, y al propio tiempo una especie de máscara para engañar al pueblo, haciéndole creer que tenía una parte en la administración de los negocios?

—La historia parece demostrarlo.

—¿Y hasta qué punto administraba el pueblo sus negocios?

—Creo, por lo que he oído, que alguna vez obligaba al Parlamento a dar leyes, esto es, a legalizar hechos ya realizados.

—¿No hacía nada más?

—Creo que no. Lo que sé es que si el pueblo hacía alguna tentativa para tomar en sus manos la *causa*, la causa de sus quejas, la ley intervenía diciendo: esto es sedición, revolución u otras cosas, y asesinaba y torturaba a los jefes de semejantes tentativas.

—Entonces, si el Parlamento no era el Gobierno, ni lo era el pueblo, ¿quién era el Gobierno?

—¿Podéis decírmelo?

—Creo que no nos equivocaremos mucho diciendo que el Gobierno era el poder judicial apoyado por el poder ejecutivo, valiéndose los dos de la fuerza bruta que el engañado pueblo le suministraba, y que utilizaba para su servicio exclusivo, quiero decir, el ejército, la armada y la policía.

—Todo hombre juicioso reconocerá que tenéis razón.

—Y los Tribunales, ¿eran realmente sitios donde se administrase justicia según las ideas de la época? ¿Tenían los pobres modo de defender su persona y su propiedad?

—Es un hecho notorio que los ricos consideraban un litigio como una verdadera calamidad, aun en el caso de salir vencedores... y que se consideraba como un milagro de equidad y de generosidad que un pobre escapase de la prisión y de la ruina total cuando caía en las garras de la ley.

—Parece, pues, hijo mío, que el Gobierno, con los Tribunales de justicia y con la policía —verdadero gobierno del siglo diecinueve—, no era una grata maravilla ni aun para los hombres de aquel tiempo, sometidos a un régimen de clases que proclamaba la desigualdad y la pobreza como una ley divina y como un lazo que mantenía unido al mundo.

—Así parece.

—Y ahora que todo ha cambiado, cuando el *derecho de propiedad* —que autorizaba a un hombre a crisar los puños sobre un montón de mercancías, diciendo a los demás «¡esto no os pertenece!»— ha desaparecido, hasta el punto de que nadie entiende tales absurdos, ¿pensáis que pueda subsistir un gobierno?

—Es imposible.

—Sí, felizmente. Mas, aparte de la protección de los ricos contra los pobres, del fuerte contra el débil, ¿qué otro objeto tenía el Gobierno?

—Se decía que su oficio era defender a los ciudadanos contra los ataques de otros pueblos.

—Se decía, pero ¿podía esperarse que nadie lo creyera? Por ejemplo, ¿ha defendido el Gobierno inglés al ciudadano de Inglaterra contra el Gobierno francés?

—Así se decía.

—Entonces, si los franceses hubiesen invadido a Inglaterra y la hubieran conquistado, no habrían permitido a los obreros ingleses vivir bien.

Reí de buena gana y contesté:

—Por lo que puedo entender, diré que los patronos ingleses de trabajadores ingleses sacaban todo el provecho posible de sus obreros, llegando a escatimarles hasta los medios de subsistencia.

—Y si los franceses hubiesen conquistado a Inglaterra, ¿no se los habrían escatimado más todavía?

—No lo creo, porque en tal caso los obreros ingleses habrían muerto de hambre, y entonces la conquista hubiese arruinado a los franceses, al igual que si los caballos y los ganados ingleses hubieran muerto por falta de alimentación. De suerte que los obreros ingleses no habrían empeorado con la conquista porque los patronos franceses no podían sacar de ellos más que los ingleses.

—Es verdad, y hemos de reconocer que la pretensión del gobierno de proteger a las gentes pobres —es decir, útiles— contra los habitantes de los otros países, no conducía a nada. Pero esto era natural, porque ya hemos visto que la función del Gobierno consistía en proteger a los ricos contra los pobres. ¿Y acaso no defendía el Gobierno a los hombres ricos contra las demás naciones?

117

—No recuerdo haber oído decir que los ricos tuviesen necesidad de esa defensa; porque se decía que aun cuando dos naciones estuviesen en guerra, los ricos de ambos países seguían comerciando entre sí, y aun rendían armas para matar a sus propios compatriotas.

—En suma, la consecuencia es la siguiente: que el llamado *Gobierno* protector de la propiedad con sus Tribunales de justicia destruía la riqueza, y que lo mismo significaba la defensa de un país contra otro por medio de la guerra o por medio de su amenaza.

—No puedo negarlo.

—Entonces, ¿el Gobierno existía en realidad para destruir la riqueza?

—Así parece, y sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Que había muchas gentes ricas en aquel tiempo.

—¿Y no veis las consecuencias de este hecho?

—Creo verlas, pero explicádmelas.

—Si el Gobierno no hacía más que destruir riqueza, el país debía ser pobre. ¿No es cierto?

—Naturalmente.

—Pero a pesar de tanta pobreza, las personas en favor de las cuales funcionaba el Gobierno querían ser ricas a toda costa.

—Precisamente.

—¿Y qué debe ocurrir en un país pobre donde unos cuantos exigen riqueza a expensas de los demás?

—Una pobreza inaudita para los demás. ¿Entonces toda esta miseria estaba causada por el destructor Gobierno de que hemos hablado?

—No; decir eso sería ser inexacto. El Gobierno mismo no era más que el resultado necesario de la tiranía insaciable, sin límites de aquellos tiempos; era el mecanismo de la tiranía. Ahora la tiranía ha concluido y no hay necesidad de semejante mecanismo; no podríamos servirnos de él, puesto que somos libres. Luego, en el sentido que dais a la palabra nosotros no tenemos Gobierno. ¿Comprendéis ahora?

—Sí; pero aún he de preguntaros cómo vosotros, hombres libres, reguláis los asuntos.

—Con mucho gusto; preguntad.

SISTEMA DE VIDA

Pues bien —dije—. ¿Podéis darme noticias del orden que, según me habéis dicho, sucedió al gobierno entre vosotros?

—Ciudadano —respondió—: aunque hemos simplificado mucho nuestra vida quitando de ella los enojos del convencionalismo y todas las vergonzosas necesidades que causaban tantas penas a nuestros progenitores, es tan compleja que no puedo describirla minuciosamente; lo mejor es que la estudiéis viviendo entre nosotros. Más fácilmente puedo deciros lo que no hacemos que lo que hacemos.

—¿Pues?

—Es el mejor modo de entendernos. Hace cerca de ciento cincuenta años que vivimos así, y es tradición o hábito entre nosotros el proceder siempre del modo más práctico. Nos es fácil vivir sin molestarnos mutuamente, y aunque nos sería fácil hacerlo, ello nos causaría mayor fastidio que abstenernos; ésta es, en suma, la base de nuestra vida, de la sociedad presente.

—Mientras que en los tiempos antiguos —dije— era muy difícil vivir sin litigar y sin molestar. ¿No es esto lo que queráis, mostrándome el reverso de la medalla de vuestras buenas instituciones?

—Sí —respondió—. Tan difícil era, que a los que se conducían rectamente con sus semejantes se los celebraba como santos y como héroes, y merecían grande reverencia.

—¿Durante su vida?

—No, después de muertos.

—Pero, volviendo a los tiempos presentes, no querréis decir que todos cumplen las reglas de la fraternidad. ¿No es así?

—No quiero decir eso. Pero cuando hay transgresiones, todos, tanto los perjudicados como los demás, les dan su justo valor, considerándolas como errores de amigo y no como actos habitualmente perpetrados por individuos forzados a ser enemigos de la sociedad.

—Veo que queréis decir que no tenéis delincuentes.

—¿Cómo podría haberlos desde el momento que no existe una clase de privilegiados que haga surgir enemigos del Estado por medio de la injusticia?

—Creo entender, por algo que me habéis dicho hace poco, que la ley civil ha sido abolida. ¿No es¹ verdad?

—Fue abolida por sí misma, amigo mío. Como os he explicado, los Tribunales de justicia eran instituciones defensoras de la propiedad privada, porque nadie ha pretendido que la fuerza bruta hiciera equitativas las relaciones entre los hombres. Ahora bien, abolida la propiedad privada, todas las leyes y todos los crímenes legales a ella inherentes tuvieron, naturalmente, fin. La máxima: «No robarás» fue traducida así: «Debes trabajar para ser feliz». ¿Y es necesario imponer esto por la fuerza?

—Bien, lo comprendo. Estoy de acuerdo con vosotros; pero ¿cómo os las componéis con los delitos de violencia cuando se verifican (y no habéis excluido su posibilidad)? ¿No es necesaria una ley penal?

—En el sentido que la entendéis no tenemos ninguna ley penal. Examinemos la cuestión más intrínsecamente y veamos dónde se originan los delitos de violencia. En los tiempos pasados, la mayor parte de esos delitos se derivaban de las leyes de la propiedad privada, las cuales vedaban la satisfacción de las necesidades naturales a todos los hombres, excepto a unos cuantos privilegiados. Todo esto, que era causa de violentos delitos, ha desaparecido. También muchos actos violentos se debían a una perversión artificial, a las pasiones sensuales, a los celos y miserias semejantes; pero mirando fríamente veréis que en el fondo de este género de pasiones predominaba la idea (una idea hecha ley) de que la mujer fuese una propiedad del hombre ya como marido, ya como padre o hermano, ya en otra forma. Esta idea se ha desvanecido naturalmente al mismo tiempo que la propiedad privada, como se han desvanecido las ideas relativas a la *perdición* de las mujeres que satisfacían sus deseos naturales en una forma ilegal, porque aun este convencionalismo era una consecuencia de la propiedad privada.

Otra fuente de delitos y de violencias era la tiranía de la familia, que fue objeto de tantas novelas y de tantas historias en el pasado; pero también ésta se derivaba de la propiedad privada.

Naturalmente, todo esto ha concluido desde que la familia dejó de ser un lazo coercitivo, ya sea legal o social, y se convirtió en recíproca simpatía y en mutuo afecto, y cada cual, hombre o mujer, es libre de hacer lo que quiere. Además, nuestros principios de honradez y de pública estimación son muy diferentes de los antiguos. Por ejemplo, el éxito que se basaba en desacreditar a los semejantes desapareció para siempre.

Hoy cada cual es libre de cultivar su especial tendencia hasta donde le parece, y todos le animan a hacerlo. Así hemos destruido la envidia, torvo sentimiento, que los poetas, con mucha razón, habían unido al odio; y con ella han desaparecido el dolor y la ira que la acompañaban, y que en los hombres ardientes y apasionados, es

decir, de naturaleza altiva y enérgica, degeneraban a menudo en violencia.

—Así que —dije— ahora retiráis vuestra afirmación, diciendo que entre vosotros no hay violencia.

—No, no la retiro. Como os decía, a veces hay violencia fruto de la ira. Un hombre golpea a otro, que devuelve los golpes y, en la peor hipótesis, la riña termina en homicidio. Pero en tal caso nosotros, sus semejantes, ¿vamos a agravar la situación del superviviente? ¿Hemos de suponer que el género humano sea tan ruin que deba vengar al muerto, cuando sabemos que si éste sólo hubiera sido herido, él mismo hubiese acabado por perdonar a quien le causó daño? ¿Acaso la muerte del homicida va a dar la vida al muerto o a curar el dolor que ocasionó su pérdida?

—Sí, pero reflexionad; ¿no os parece que la seguridad de la sociedad debe garantizarse con algún castigo?

—¡Eh, ciudadano, habéis puesto el dedo en la llaga! Ese castigo de que los hombres hablaban con tanta ¹²³ *sabiduría* y ponían en práctica tan estultamente, no era más que la expresión de su miedo. Y era lógico que tuviesen miedo porque *ellos*, los legisladores de la sociedad, vivían como una banda armada en un país hostil. Pero nosotros, que vivimos entre amigos, no necesitamos ni teme ni castigar. Indudablemente, que si nosotros, por temor de una herida ocasional o de un raro homicidio, estableciéramos solemne y legalmente una sanción penal, seríamos una sociedad de feroces cobardes. ¿No os parece, ciudadano?

—Opino lo mismo, considerando la cosa desde vuestro punto de vista.

—Además, debéis saber que cuando se comete alguna violencia confiamos en una posible expiación del culpable, que aun él mismo

desea. Pero, pensad bien si es posible que la sociedad considere como una expiación la destrucción o la severa pena infligida a un individuo que por un momento se dejó arrebatado por la ira. Esto constituiría una nueva ofensa a la sociedad.

—Pero suponed —repliqué— que haya un hombre habitualmente violento y que mate una persona al año.

—Ése es un hecho desconocido. En una sociedad donde no hay ningún castigo que evitar ni ninguna ley que vencer, el remordimiento sigue naturalmente a la transgresión.

—¿Y cómo os arregláis para los actos menores de violencia? —pregunté—. Porque hasta ahora sólo hemos hablado de las grandes tragedias.

—Si el transgresor no es un enfermo o un loco (en cuyo caso debe estar vigilado siempre, hasta que se cure de su enfermedad o locura), es indudable que el dolor y la humillación deben seguir al daño dentro de sí, y así se lo hará entender la sociedad si él no lo comprende; y si expía su falta tras una declaración de arrepentimiento, ¿os parece difícil que la sociedad diga: os perdono?

—¿Y eso os parece bastante?

—Sí; es cuanto podemos hacer. Si, en cambio, torturásemos a aquel hombre, sus remordimientos se trocarían en cólera y la humillación que en otro caso le probaría la injusticia que cometió desaparecería ante el deseo de vengarse de la injusticia que le hacemos sufrir. Además, habiendo soportado una pena legal podría considerarse en libertad para delinquir de nuevo. ¿Habríamos de cometer semejante locura? Recordad que Cristo condenó la pena legal diciendo: «Anda, y no peques más». Aparte de que en una sociedad de iguales nadie querría ser carcelero ni verdugo, aunque sean muchos los enfermos y los médicos.

—Así que consideraréis el delito como un espasmo nervioso con el cual nada tiene que ver un código penal.

—Exactamente. Y porque, como os he dicho, somos gente sana, esos males no nos afligen con frecuencia.

—Pero aunque no tenéis leyes civiles, ni leyes penales, ¿tendréis leyes mercantiles, es decir, reglas para el cambio de productos? Porque ese cambio es necesario, aunque no exista la propiedad.

—Materialmente no tenemos nada de lo que se llamaría cambio individual, como habéis podido ver esta mañana adquiriendo unos objetos; pero, naturalmente, hay reglas para los mercados, que varían según las necesidades y que son dadas por el uso general; pero, como todos de acuerdo las aprueban y nadie hace objeciones contra ellas, no se tomó providencia alguna para imponerlas, y por eso no se llaman leyes. En la ley, sea civil, sea criminal, la ejecución sigue al juicio, y es preciso que alguno padezca. Cuando veis al juez en el estrado, no podéis por menos de percibir a través de él, cual si fuera de cristal, el esbirro que aprisiona y el soldado que mata. Semejantes locuras no harían¹²⁵ muy plácidos nuestros mercados, ¿verdad?

—Sin duda que ése sería un modo de convertir el mercado en un campo de batalla, en el cual los hombres estarían expuestos a las balas y a las bayonetas como en un combate. En vez de esto, por lo que he visto, el comercio entre vosotros, sea en grande, sea en pequeño, se reduce a una ocupación placentera.

—Ciertamente, ciudadano —respondió—. Además, aunque casi todos nosotros seríamos desdichados si no pudiésemos trabajar y crear con nuestras manos objetos bellos en abundancia, hay muchas personas cuyo mayor deleite es administrar y ordenar las cosas, evitando las averías y cuidando de que no se rompan demasiado pronto. Tales personas están satisfechas con su ocupación, tanto

más cuanto que la desempeñan en el sistema presente, no como aquellos calculadores llamados *comerciantes*, que se adjudicaban una parte de lo que se quitaba a la gente útil. ¿Tenéis algo más que preguntarme ahora?

LA POLÍTICA

¿Cómo reguláis la política? —pregunté.

Hammond, sonriendo:

—Habéis tenido suerte preguntándome a mí, porque otro os habría rogado que os explicaseis mejor, y al final no os hubierais entendido. En suma, creo ser la única persona de Inglaterra en situación de comprenderos, y por esto responderé brevemente a vuestra pregunta diciéndoos que la política no es cuestión para nosotros, simplemente porque no hay política. Y si escribís algún libro acerca de nuestra conversación, haced de esto un capítulo aparte, según el modelo de las Serpientes de Islandia del antiguo Horrebow.

—Así lo haré —respondí. ¹²⁷

CÓMO SE REGULAN LOS ASUNTOS

¿Cómo reguláis —pregunté— vuestras relaciones con los países extranjeros?

—No quiero fingir ignorancia de lo que queréis decir, y os contesto sin más rodeos que todo el sistema de rivalidades, todas las querellas entre naciones, que por tanto entran en el gobierno del mundo de la civilización, han concluido con la desigualdad entre hombres.

—¿Pero de ese modo no habréis hecho más monótono el mundo?

—¿Por qué?

—Pues acabando con la variedad de naciones.

—¡Locura! —exclamó con cierta rudeza—. ¡Pasad el mar y veréis! Encontraréis infinitas diferencias, en los panoramas, en los edificios, en los alimentos, en las diversiones, en todo. Hombres y mujeres de aspecto diverso; de ideas diferentes y mayor variedad de costumbres que en el período comercial. ¿Cómo podría agrandar la variedad y disiparse la monotonía, obligando a algunas familias o tribus heterogéneas y discordes entre sí a vivir en ciertos grupos artificiales y mecánicos llamados naciones, estimulando su patriotismo o mejor sus insensatos y envidiosos prejuicios?

—En verdad que no sé cómo.

—Es natural —contestó jocosamente—. Sin ahondar mucho podéis comprender que habiéndonos liberado de tantas locuras nos es fácil sacar buen partido de las diferencias de sangre de la raza humana, sin perjudicar a nadie. Todos tenemos un mismo anhelo:

sacar todo el partido posible de nuestra vida. Además, debo haceros observar que todos los disgustos y contiendas ocurren difícilmente entre gente de diferentes razas.

—Bien, pero ¿podéis afirmar que no existen diferencias de opinión en una misma comunidad?

—¡En absoluto! —respondió bruscamente—. Yo sostengo que las diferencias de opinión respecto a las cosas reales y substanciales no son necesarias: aquellas diferencias que cristalizan a los hombres en partidos permanentemente hostiles, arrastrados por las diversas teorías, cual si se tratara de la creación del mundo o del progreso de los tiempos, no existen entre nosotros. ¿No es esto lo que entendéis por política?

—¡Hum! No estoy muy seguro.

—Comprendo, ciudadano. No se hacía más que fingir aquella seria diferencia de opiniones, porque si realmente hubiese existido no se hubieran podido tratar los negocios de la vida, ni tener relaciones sociales, ni comer, ni divertirse¹²⁹, ni aun engañar al prójimo de común acuerdo, y todos los hombres serían camorristas. El objeto de los líderes de la política consistía en lograr que el público, por medio de lisonjas o de amenazas, pagase los gastos de una vida de lujo y de francachelas para una camarilla de ambiciosos, y la *seria* diferencia de opiniones, cual otros actos de la vida, servía de maravilla para este propósito. ¿Y qué tiene que ver con nosotros todo esto?

—Nada, creo; pero temo... Me he dicho, si el contraste político no era una necesaria manifestación de la naturaleza humana.

—¡De la naturaleza humana! —gritó con ímpetu aquel viejo niño—. ¿Qué naturaleza humana? ¿La de los pobres, la de los esclavos, la de los dueños de esclavos, la de los hombres ricos y libres? ¿Cuál? Vamos; decidlo.

—Bien —contesté—. Supongo que habrá diferencias según las condiciones que determinarán la acción de las gentes en cada caso.

—Eso sí, y la experiencia lo demuestra. Entre nosotros, las divergencias se derivan de los negocios y de su modalidad, y no pueden dividir a los hombres de un modo permanente. Por lo demás, a primera vista se sabe generalmente qué opinión sobre un asunto dado es la más justa. Es cuestión de hechos, no de silogismos. Por ejemplo, no es fácil fundar un partido político para resolver si la recolección del heno en éste sembrado o en aquel otro ha de comenzar esta semana o la próxima, cuando todos están de acuerdo en que ha de ser después de la próxima, y cuando, todos también, pueden acercarse al campo para ver si las plantas están o no lo bastante maduras.

Vosotros, en estas divergencias, grandes o pequeñas, os informaríais del sentir de la mayoría, ¿no es cierto? En aquellas cosas que son simplemente personales, que no refluyen en el bienestar de la comunidad, como vestir, comer, beber, escribir y demás, no puede haber diferencias de opinión y cada uno hace lo que le parece; pero cuando se trata de una cuestión de interés general, de algo que importa a toda la comunidad, de hacer o no hacer una cosa que a todos importa, es necesario ceder por la mayoría, a menos que la minoría no se revuelva y muestre por la fuerza que es la verdadera y efectiva mayoría. Mas en una sociedad de hombres libres e iguales es poco probable que esto ocurra, porque aquí la mayoría aparente es la verdadera, y los demás, como he indicado, lo saben bien y no quieren por mero capricho hacer obstruccionismo, especialmente cuando han podido exponer en el momento oportuno su punto de vista.

—¿Y cómo os arregláis en este caso?

—Os lo diré. Tomemos uno de nuestros grupos sociales, es decir, un municipio, un barrio, una parroquia (nombres que conservamos,

aunque en el presente difieran poco entre sí, mientras que en el pasado diferían mucho). En un *distrito*, si así queréis llamarlo, algunos ciudadanos piensan que se debe hacer o deshacerse tal o cual cosa, como un palacio cívico, la demolición de una casa incómoda, un puente de piedra que substituya a un feo y antiguo puente de hierro (lo que viene a ser hacer y deshacer). En la primera reunión o *parlamento*, como decimos sirviéndonos de un lenguaje anterior a la burocracia, un ciudadano propone el cambio; si todos están de acuerdo, se acabó la discusión y no falta más que resolver respecto de los detalles de ejecución. Lo mismo ocurre si nadie apoya al proponente o *le secunda*, como suele decirse; el motivo desaparece, al menos por el momento, aunque esto no suele ocurrir, porque el proponente, antes de llevar el asunto a la asamblea, ha discutido con personas inteligentes.

Supongamos que el proyecto sea propuesto y apoyado y que algunos ciudadanos disientan por creer que el feo puente puede servir aún, y no hay por qué tomarse el trabajo de construir uno nuevo: no se procede a votar y se deja el asunto para otra asamblea. En este tiempo, los argumentos de una y de otra parte se divulgan, e incluso algunos de ellos se imprimen y se ilustran para que todos tengan conocimiento exacto de lo que se trata, y cuando se convoca de nuevo la asamblea hay una discusión regular, seguida de una votación. Si las opiniones se equilibran, se deja el asunto para ser discutido de nuevo, si la diferencia es grande se pregunta a la minoría si quiere ceder a la opinión general, lo que casi siempre ocurre. Pero si aún rehúsa la minoría, se discute el asunto por tercera vez y entonces cede, si no se ha acrecido visiblemente. Puedo aseguraros que siempre se logra convencer a la minoría, no porque su manera de ver sea injusta, sino porque no puede persuadir ni obligar a la mayoría.

—Bien, ¿y qué ocurre cuando las opiniones se compensan?

—En principio, y según las reglas, la discusión se prolonga, y si la

mayoría es exigua, debe someterse al *statu quo*. Pero debo haceros observar que en la práctica rarísima vez obliga la minoría a la adopción de esta providencia.

—¿Pero sabéis que todo eso es algo que se asemeja mucho a la democracia? ¡Y pensar que se la creía moribunda hace muchos años!

Los ojos del viejo niño brillaron.

—Admito —dijo— que nuestros métodos tienen inconvenientes; pero, ¿qué vamos a hacer? No podemos evitar que alguno se moleste porque no sea aceptado su criterio; es indiscutible que no se puede hacer a todos este favor. ¿Qué hacer, pues?

—No lo sé.

—Los sustitutos de nuestro método que yo concibo son los siguientes: primero, que deberíamos elegir o formar una clase de personas superiores capaces de juzgar en todo evento sin consultar a los demás, lo que sería constituir algo que se llamaba en tiempos *aristocracia intelectual*; segundo, que para garantizar el libre arbitrio volviésemos a la propiedad privada, con relativos esclavos y patronos. ¿Qué opináis de estos dos expedientes?

—Hay un tercero —dije—: que cada cual sea independiente de los demás, y si así es, aboliría la tiranía de la sociedad.

Me miró fijamente un rato y después rompió a reír con una cordial carcajada, y confieso que tuve que acompañarle. Después hizo un signo de asentimiento y me dijo:

—Sí, sí, de acuerdo, y eso es lo que hacemos nosotros.

—Sí —repliqué—, de ese modo no se hace presión sobre la minoría, porque (tomando como ejemplo el puente) nadie está

obligado a contribuir con su trabajo cuando se mostró opuesto a su construcción. Al menos, éste es mi parecer.

—La observación es sagaz —dijo sonriendo—, si se tiene en cuenta que la formula un hombre venido de otro planeta. Si un miembro de la minoría se siente ofendido, puede desquitarse negándose a contribuir a la construcción del puente; sólo que, querido ciudadano, esto no es un bálsamo para la herida que la *tiránica mayoría* le ha ocasionado. Siendo, como es, todo trabajo benéfico o dañoso para los miembros de la sociedad, todos los hombres encuentran ventajas con la construcción del puente, si la construcción es necesaria, y todos sufren daños si no lo es, lo mismo si ayudan a construirlo que si no ayudan y, aparte de gozar trabajando, no le queda otra satisfacción al disidente que poder decir: «Yo ya lo había dicho», si la construcción es un error, y si no lo es, ¡a callar! Nuestro comunismo es una terrible forma de tiranía, ¿no es cierto? Las gentes solían espantarse de tanta infelicidad en los tiempos pasados, en aquellos tiempos en que las personas contentas y nutridas asistían al espectáculo de millares de miserables que morían de hambre, mientras que nosotros vivimos contentos y bien *cebados* bajo el *yugo de la tiranía*, de una tiranía que, a decir verdad, no es visible con ningún microscopio. No temáis, amigo mío, no queremos proporcionaros disgustos dando a nuestra felicidad, a nuestra paz y a nuestra abundancia feos nombres cuyo significado hemos desmentido hasta ahora.

Quedó pensativo un momento y después me dijo:

—¿Tenéis más que preguntarme, querido huésped? Mientras conversamos se pasa la mañana.

SOBRE LA FALTA DE ESTÍMULO PARA EL TRABAJO EN UNA SOCIEDAD COMUNISTA

Sí —dije—, mas espero ver regresar de un momento a otro a Dick y a Clara. ¿Tendré tiempo para preguntaros una o dos cosas antes de que vuelvan?

—Preguntad sin temor, querido ciudadano —respondió el viejo Hammond—. Cuanto más me preguntéis, mayor será mi agrado. Además, si vuelven cuando estemos hablando, que se sienten tranquilamente y finjan escucharme hasta que concluya. Esto no les disgustará, con la alegría de estar el uno al lado del otro. Sonreí, como era natural, y dije:

—Está bien. Quise decir que aun en el caso de que volvieran, continuaría preguntando, ~~sin~~ cuidarme de ellos. Ahora, otra pregunta: ¿cómo lograréis que la gente trabaje, si no hay recompensa para el trabajo, y, sobre todo, cómo lograréis que se trabaje con energía?

—¿Ninguna recompensa para el trabajo? —repitió Hammond gravemente—. La recompensa del trabajo es la *vida*; ¿os parece poco?

—¿Pero no hay recompensa para los trabajos bien hechos? —¡Oh, una recompensa infinita! La recompensa de la creación, la gracia de Dios, que dirían en otros tiempos.

Si queréis una recompensa para el placer de crear —y la perfección del trabajo no es otra cosa—, llegaríamos a pedir recompensas para la procreación de hijos.

—Lo comprendo; pero en el siglo diecinueve os habrían dicho que el procrear es un deseo natural y que no trabajar es también un deseo natural.

—Sí, sí, conozco esa antigua estupidez, completamente falsa, y para nosotros vacía de sentido. Fourier, de quien todo el mundo se mofaba, entendía mejor la cuestión.

—¿Por qué no tiene esto sentido para vosotros?

—Porque esto supone que todo trabajo es sufrimiento, y nosotros estamos lejos de concebir semejante absurdo, como habréis podido observar. Tanto, que va cundiendo en nosotros el temor, por la abundancia de la riqueza, de que un día llegue a faltar el trabajo. El trabajo es un placer para nosotros, un placer que tememos perder, no una pena.

—Ya lo había notado y pensaba haberos preguntado acerca de este punto. En tanto, ¿qué entendéis por *gusto* del trabajo?

—Esto: hoy todo trabajo es agradable, ya porque la esperanza de conseguir honores y de contribuir a la riqueza general causen una excitación grata, aun cuando el trabajo no sea alegre, ya porque trabajar sea una placentera costumbre, como ocurre en lo que llamaríais trabajo mecánico, ya, en fin —y la mayor parte del trabajo es de este género—, porque el trabajo por sí mismo proporciona un verdadero placer a los sentidos, es decir, que es tarea de artistas.

—Comprendo. Y ahora, decidme cómo habéis llegado a situación tan feliz, porque, hablando con franqueza, esa mudanza de la condición del viejo mundo me parece más grande y más importante que todas las demás innovaciones de que me habéis hablado, referentes a la criminalidad, a la política, a la propiedad y al matrimonio.

—Tenéis razón —dijo—. Y aún podríais añadir que este cambio ha hecho posibles los demás. ¿Cuál era el objeto de la revolución? Sin duda, hacer felices a la gente. Y cuando la revolución trajo el cambio preconcebido, ¿cómo podría impedirse la contrarrevolución? Procurando el bienestar del pueblo. ¡Y habíamos de esperar del dolor la paz y la estabilidad! Más razonable hubiera sido querer recoger uvas en los espinos e higos en los cardos. Y la felicidad es imposible sin el placer en el trabajo cotidiano.

—Evidentemente —dije, pareciéndome que el viejo tomaba aires de predicador—. Pero contestadme, ¿cómo os habéis conseguido alcanzar esta felicidad?

—Está dicho en pocas palabras. Por la ausencia de toda obligación artificial, por la libertad para todo hombre de que haga lo que mejor sepa hacer, juntamente con el conocimiento de los productos del trabajo que realmente necesitamos. Y debo confesar lo que este conocimiento fue conquistado lenta y trabajosamente.

—Continuad —dije—, dadme toda clase de detalles, porque es éste asunto que me interesa extraordinariamente.

—Sí, voy a hacerlo; mas para ello es preciso que os moleste hablando un poco del pasado. Para mi explicación es necesario el contraste. ¿Os causaré enojo?

—No —le respondí.

—Es evidente —dijo, moviéndose en su sillón y como preparándose para un largo discurso—, según cuanto hemos oído y leído, que en la última época de la civilización los hombres se movían en un círculo vicioso en lo que a la producción de bienes se refiere. Habían logrado una maravillosa facilidad de producción y para sacar de ella el mayor partido posible habían creado poco a poco (o más bien dejado que se creara) un complicado sistema de compraventa,

que se llamaba *el mercado universal*, y este mercado, una vez funcionando, les obligaba a fabricar cada vez más productos, siempre más, fuesen o no necesarios.

Así, sin poder eximirse de crear las cosas precisas, para la satisfacción de necesidades reales, creaban multitud de objetos inútiles, o sólo convencionalmente necesarios, los cuales, bajo el imperio de la ley del *mercado universal*, adquirirían igual importancia que los objetos necesarios. De este modo se cargaban con una mole inmensa de trabajo, únicamente por sustentar su mísero sistema.

—Sí, ¿y después?

—Después, como los hombres se vieron obligados a arrastrar este horrible fardo de la producción inútil, les fue imposible considerar el trabajo y sus resultados desde otro punto de vista que éste: el esfuerzo incesante para emplear en cada artículo la menor suma posible de trabajo, al mismo tiempo que para fabricar el mayor número posible de esos artículos. Todo se sacrificaba a esta *producción barata*. La felicidad del obrero en el trabajo, su más elemental bienestar, su comida, sus vestidos, su habitación, su salud, su tiempo, sus recreos, su educación, su vida, en suma, no pesaba ni un grano de arena en la balanza al lado de esta espantosa necesidad de «producir barato» objetos que no merecían la pena. Sí, y se cuenta (y hay que creerlo porque son verídicos y concluyentes los testimonios, aunque hoy muchos no los crean) que aun los hombres ricos, los dueños de los pobres diablos de que acabo de hablaros, vivían en medio de espectáculos, ruidos, olores y fealdades de los que huye con horror la naturaleza humana, todo para sostener sus riquezas y esta aberración suprema. De hecho, la comunidad entera estaba en las fauces de ese monstruo voraz llamado *producción barata*, monstruo engendrado por el *mercado universal*.

—¡Ay! —dije—. ¿Y qué ocurrió? Tanta habilidad, tanta facilidad para producir, ¿no lograron al cabo dominar aquel caos de miseria?

¿No pudieron los trabajadores conquistar el mercado y poner término a aquel horrible trabajo superfluo?

Sonrió amargamente.

—¿Lo intentaron siquiera? —dijo—. No estoy seguro. Sabed que, según un viejo refrán, «el escarabajo se acostumbra a vivir en la basura», y les resultara agradable o no, aquellas gentes vivían en la basura.

Su manera de juzgar la vida del siglo diecinueve me disgustó un poco, y le objeté tímidamente:

—Pero ¿y la economía de trabajo por las máquinas?

—¡Eh! ¿Qué estáis diciendo? ¡La economía de trabajo por las máquinas! Ciertamente es que fueron hechas para ahorrar trabajo (o, más claro, fuerza humana), porque se quería economizar tiempo para emplearlo o, mejor, derrocharlo en otras producciones, probablemente inútiles. Amigo mío, todas sus invenciones para ahorrar trabajo conducían únicamente a aumentar el trabajo. La voracidad del mercado universal crecía al par que el trabajo encargado de alimentarle. Los países comprendidos en el círculo de la *civilización*, es decir, de la miseria organizada, rebosaban en abortos del mercado y se recurría a la astucia y a la violencia sin freno para abrir aquellos países que estaban fuera del círculo. Este procedimiento de *apertura* es verdaderamente extraño para cualquiera que lea las profesiones de fe de los hombres de aquel período sin penetrar en su modo de proceder, y nos muestra en su peor aspecto el gran vicio del siglo diecinueve, la hipocresía y el engaño, para evitar la responsabilidad de una ferocidad real. Cuando el mercado universal civilizado quería un país que hasta entonces había escapado de sus garras, pronto encontraba un pretexto, por leve que fuese, para lanzarse sobre él: la abolición de una esclavitud diferente de la comercial y menos cruel, la introducción de una

religión en la que no creían sus mismos patrocinadores, la liberación de algún malvado o de algún loco homicida al cual sus mismas tropelías le habían ocasionado molestias entre los indígenas del país *bárbaro*, todo, en suma, era bueno para lograr el objetivo. Encontrado el *motivo*, se buscaba un aventurero osado, ignorante, sin sentimientos y sin principios (lo que no era difícil encontrar en los tiempos de la competencia), se le compraba y se le enviaba a fundar un mercado, rompiendo con las tradiciones del país subyugado, y destruyendo la felicidad y el bienestar de sus habitantes, a los que obligaba a recibir productos que hasta entonces no habían necesitado, apoderándose *en cambio* (ésta era la palabra) de sus productos naturales. De este modo creaba en aquel pueblo *nuevas necesidades*, para subvenir a las cuales (para obtener de los nuevos amos el derecho de vivir, mejor dicho) aquellos desgraciados hablan de someterse a la esclavitud de un duro trabajo, único modo de poder adquirir los inútiles objetos de la civilización. ¡Ahí! —exclamó, señalando el Museo—. He leído ahí dentro muchos libros y papeles que cuentan historias muy extraordinarias respecto de la manera cómo la civilización (o miseria organizada) trataba a la *no civilización*, desde los tiempos en que el

Gobierno británico enviaba deliberadamente mantas contaminadas de viruela a las tribus incómodas y peligrosas hasta la época en que África fue devastada por un hombre llamado Stanley, quien...

—Perdonad —dije—, pero como veis, el tiempo pasa y deseo llevar mis preguntas por el camino más corto posible. Quisiera que me dijeseis cuál era la calidad de los productos fabricados para el mercado universal. Aquellas gentes, tan hábiles para producir, supongo que fabricarían bien.

—¡La calidad! —dijo el viejo en tono burlón y un tanto disgustado por haberse visto interrumpido en su narración histórica—. ¿Cómo podían reparar mentes en una *pequeñez* como la calidad de las

mercancías? Las mejores estaban a muy bajo nivel y las malas eran casi un simulacro de los objetos buscados, y nadie las hubiera aceptado de haberse podido proporcionar otras. Una especie de broma de aquellos tiempos era que los objetos se fabricaban para venderse y no para ser usados, broma que, como llegado de otro planeta, comprenderéis mejor que nuestra gente.

—¿Cómo! ¿No hacían nada bien?

—Sí, había una cosa que hacían perfectamente bien, que eran las máquinas destinadas a la fabricación de objetos, máquinas a las que podía llamarse *productos perfectos*, admirablemente apropiadas para su uso. De manera que puede decirse que toda la pericia del siglo diecinueve se empleaba en la fabricación de máquinas, maravillas de inventiva, de habilidad y de hacienda, utilizadas para la producción desmesurada de objetos inútiles y despreciables. En realidad, los dueños de las máquinas no consideraban los productos que fabricaban como objetos útiles, sino únicamente como medios de enriquecerse. El único signo de la utilidad de los productos era que tuvieran compradores; inteligentes o estúpidos, poco importaba.

—¿Y toleraban todo eso las gentes?

—Lo toleraron por algún tiempo.

—¿Y después?

—Después vino una subversión general —dijo el viejo sonriendo—, y el siglo diecinueve se encontró como un hombre que hubiera perdido su ropa estando bañándose y se viera obligado a andar desnudo por la ciudad.

—Sois muy duro con el desdichado siglo diecinueve.

—Naturalmente. ¡Lo conozco tanto!

Se mantuvo en silencio durante unos instantes y después prosiguió:

—En nuestra familia hay tradiciones, verdaderas historias más bien, de ese siglo: mi abuelo fue una de las víctimas. Si conocéis alguno de aquel período comprenderéis cuanto sufriría si os digo que era un verdadero artista, un hombre de genio y un revolucionario.

—Creo comprender algo. Y a lo que parece, habéis cambiado todo el sistema.

—Por completo. Los productos que fabricamos lo son en virtud de las necesidades; se trabaja para los demás como se trabajaría para uno mismo, y no para un mercado abstracto del que nada se sabe, así como no se produce sin orden ni concierto. Como ya no hay compraventa, sería locura fabricar objetos que no fuesen necesarios, porque nadie está *obligado* a adquirirlos. Así, todo lo que se fabrica es bueno y adecuado al uso a que se destina. Nada se hace que sea inservible y además no hay productos *inferiores*. Como os he indicado, nos hemos dado cuenta de nuestras necesidades, y como nada nos obliga a producir cosas inútiles, tenemos tiempo y modo de tomar el trabajo como un placer. Todo trabajo que realizado a mano es enojoso, lo hacemos con máquinas muy perfeccionadas, y se hace sin máquinas el que puede ser agradablemente realizado a mano. Por otra parte, no es difícil que cada individuo encuentre la tarea que conviene a su gusto y a sus aptitudes, así que nadie se ve sacrificado a las necesidades de otros. Al mismo tiempo, cuando reconocemos que algún trabajo es desagradable y penoso, lo abandonamos, renunciando a los objetos que con él se producían. Como comprenderéis, el trabajo en estas condiciones es un ejercicio del cuerpo y del espíritu más o menos agradable, de manera que en vez de esquivarlo, todo el mundo lo busca, y las gentes van

aumentando su destreza de generación en generación, siendo tan fácil el trabajo que parece que se trabaja menos cuando en realidad se trabaja más. Esto me parece que explica el temor al que aludí antes de una escasez de trabajo, temor que habréis notado y que desde hace veinte años va en aumento.

—Pero ¿creéis, en efecto, que exista semejante peligro?

—No, no creo en él, y os diré por qué. La inclinación de cada uno a hacer más agradable su trabajo eleva el ideal de perfección (que nadie quiere producir objetos que no le honren) y suscita una reflexión más madura antes de producir, y hay tan considerable número de cosas que pueden considerarse como obras de arte, que esto sólo emplea una multitud de gentes. Además, si el arte es inagotable, también lo es la ciencia, y aunque ésta no sea la única ocupación inocente digna de los hombres inteligentes (como se creía en otros tiempos), hay muchas personas que la prefieren a todo, incitadas precisamente por sus dificultades. Por otra parte, a medida que el trabajo se va haciendo cada vez más placentero, creo que será posible volver a aquellos trabajos que produzcan objetos útiles y que hubimos de abandonar porque no había entonces manera de realizarlos de un modo agradable. Por lo demás, creo que sólo en ciertas partes de Europa más adelantadas que el resto del mundo oiríais hablar de posible escasez de trabajo. Aquellas regiones que fueron en tiempos colonias de la Gran Bretaña, particularmente América, y de ella la parte que se llamó *Estados Unidos*, son hoy, y serán por mucho tiempo, fuente de trabajo. Estos países, y principalmente América del Norte, sufrieron tan terriblemente en el último período de la civilización y llegaron a ser un habitáculo tan horrendo, que aún hoy mismo están un poco lejos de ser sitios donde la vida sea todo lo agradable que debe. Puede decirse que desde hace más de un siglo los pueblos de América Septentrional no han hecho más que transformar en habitación un fétido y polvoriento amasijo. ¡Hay aún tanto que hacer! ¡Es tan grande el país!

—Bien —dije—. Me alegra saber que tenéis semejante perspectiva de felicidad delante de vosotros. Pero he de haceros algunas otras preguntas, y ya acabo por hoy.

COMIDA EN LA SALA DEL MERCADO DE BLOOMSBURY

Mientras decía esto oí pasos tras de la puerta, se levantó el picaporte y entraron los dos amantes. Tenían un aspecto tan bello, que no se experimentaba sentimiento alguno de vergüenza asistiendo a su mal celado enamoramiento, y parecía al verlos que el mundo entero debería celebrar su cariño.

El viejo Hammond los miró como el artista que ha acabado su cuadro y lo contempla, encontrándolo tal cual lo había concebido. Parecía satisfecho y les dijo:

—Sentaos, jóvenes, y no metáis ruido. Nuestro huésped tiene aún algo que preguntarme.

—Lo supongo —dijo Dick—. No lleváis juntos más que tres horas y media, y no se puede creer que la historia de dos siglos pueda ser narrada en tan poco tiempo. Aparte de que, supongo que habréis peregrinado en los reinos de la geografía y de la mecánica.

—Hablando de ruidos, querido abuelo —dijo Clara—, pronto vendrá uno a turbaros; el de la campana de la comida, que será para nuestro huésped una alegre melodía, porque ha desayunado temprano y, probablemente, habrá realizado ayer una jornada muy fatigosa.

—Ya que lo decís —contesté—, comienzo a creerlo, sólo que me he alimentado de maravillas y... me alimento ahora de verlas —añadí, observando su sonrisa, su graciosa sonrisa.

Pero en ese mismo momento, de alguna esbelta torre llegó a

nosotros el ritmo de una campana de plata, dulce y límpido son que penetró en mis oídos como el canto de un ruiseñor en primavera, despertando en mi mente remembranzas de los buenos y de los malos tiempos, ahora endulzados por un placer purísimo.

—Tregua para las preguntas antes de la comida —dijo Clara, y cogiéndome de la mano como habría hecho con un niño afectuoso, me condujo fuera de la habitación y bajamos la escalera hasta el vestíbulo, dejando que los dos Hammond nos siguieran a su antojo.

Llegamos al mercado, donde ya habíamos estado, en medio de una fila no muy numerosa de personas elegantemente¹¹ vestidas. Penetramos en los soportales y nos encontramos frente a una puerta maravillosamente taraceada y tallada, donde una garbosa muchacha de negros cabellos daba a cada uno de nosotros un bello ramo de flores estivales.

De allí pasamos a una sala mucho mayor que la de la Casa de los Huéspedes de Hammersmith y de una arquitectura más complicada y aún más bella. No pude menos de mirar las pinturas murales, porque, a decir verdad, me parecía una inconveniencia tener siempre mi vista clavada en Clara aunque, ciertamente, mereciese la pena de ser observada. Con una ojeada vi que el motivo de las pinturas estaba inspirado en los caprichosos mitos y fantasmas del mundo viejo de antaño, de ese mundo sólo conocido en mínima parte por media docena de personas de aquel país. Cuando los dos Hammond se hubieron sentado junto a mí y a Clara, dije al viejo mostrándole el friso.

—¡Me extraña ver aquí este motivo!

11 «Elegantemente» como vertiría un persa, no como una señora ricamente ataviada para una visita matutina. Más bien debería decir *graciosamente vestidas*.

—¿Por qué? —respondió—. No sé por qué os sorprendéis; todos conocen esas historias, y los motivos son graciosos, placenteros y no muy trágicos para un sitio donde la gente suele divertirse.

Sonreí y dije:

—Lo que menos esperaba era encontrar aquí un recuerdo de los *Siete Cisnes*, del *Rey de la Montaña de oro* y de *Enrique el Leal*, en suma, las plácidas y curiosas fantasías que Jacob Grimm pone en la infancia del mundo, y que aún duraban en su tiempo. Creí que no acudiríais a semejantes *niñerías* en la edad presente.

El viejo sonrió y nada dijo, mas Dick, ruborizándose un poco, exclamó:

—¿Qué queréis decir, Huésped? A mí me parecen muy bellas, no ya las pinturas, sino las historias. Cuando éramos niños nos parecía que todo eso vivía en cualquier rincón del bosque, o en la corriente del río. Cada casa de campo era para nosotros la mansión del Rey de las Hadas. ¿Te acuerdas, Clara?

—Sí —respondió. Y me pareció que una leve nube turbaba su rostro.

Estaba a punto de hablarla con este motivo, cuando vino a nosotros sonriente la bella despensera, murmurando dulcemente como las cañas del río y trayéndonos la comida que, como el desayuno, estaba condimentada y servida de un modo exquisito, revelador del cuidado con que la habían preparado. No se encontraba en ella exceso ni en la cantidad, ni en el aderezo, y aunque excelente y sin tacha, se veía claramente que aquello no era un banquete, sino la comida ordinaria. La cristalería, los platos y los cubiertos de plata, a mí, avezado en el estudio del arte medieval, me parecieron bellísimos, pero confieso que algún galán del siglo diecinueve los habría encontrado toscos y mal acabados. La vajilla

era de loza ordinaria barnizada y muy bien ornamentada; de porcelana no había sino algún antiguo objeto oriental. La cristalería, elegante, nítida y de varias formas, era más esbelta y al propio tiempo más sólida que los artículos comerciales del siglo diecinueve. El mobiliario y la decoración de la sala, como la misma mesa, eran bellos y estaban bien ornamentados, sin aquella pesadez que dan a los muebles comerciales los ebanistas y tapiceros de nuestro tiempo. Además no existían ni rastro de lo que en el siglo actual se llama *confort*, que consiste en un incómodo amontonamiento de objetos. Así que, prescindiendo de la alegría que sentía, jamás comí con tanto gusto.

Cuando acabamos de comer, mientras permanecíamos sentados teniendo ante nosotros una botella de excelente Burdeos, Clara reanudó su apenas iniciado discurso acerca de las pinturas, cual si se resintiera de aquella turbación. Abrió los ojos, las miró y dijo:

—¿Cómo se explica que mientras nosotros tomamos con tanto interés la vida presente, cuando se trata de escribir un poema o de pintar, rara vez los poetas y los pintores toman como asunto la vida moderna, y si lo hacen, es tratando de hacerla distinta de como es? ¿No podemos describirnos a nosotros mismos? ¿Cómo se explica que la pintura y la poesía nos hagan tan interesantes los horribles tiempos pasados?

El viejo Hammond rió y dijo:

—Siempre fue así y siempre así será; el hecho tiene explicación. Es cierto que en el siglo diecinueve, tan poco artístico a pesar de hablarse en él tanto de arte, regía la teoría de que las artes imaginativas deberían representar la vida contemporánea; pero en la práctica nadie se atenía a ella, y cuando el autor pretendía hacerlo ponía todo su empeño (como ha hecho notar Clara) en enmascarar, idealizar y exagerar la vida moderna, hasta hacerla tan extraña que, por raro que parezca, se la habría podido comparar a la vida del

tiempo de los Faraones.

—Sí —agregó Dick—. Sin duda es natural que nos agraden las cosas extrañas, lo mismo que cuando éramos niños decíamos ser este personaje o el otro y encontrarnos en tal o cual sitio. Y esto es precisamente lo que se hace en las pinturas y en los poemas. ¿Por qué no ha de ser así?

—Has dado en el clavo, Dick —dijo Hammond—. La parte más infantil de nosotros es la que produce las obras de imaginación. Cuando se es niño, los días pasan tan lentamente que parece que quedará tiempo para todo.

Suspiró y después añadió, sonriendo:

—Alegrémonos por haber evocado la memoria de nuestra infancia. Yo bebo por el día en que estamos.

—De segunda infancia —dije en voz baja, pero me turbé por mi impertinencia, aun esperando que Hammond no me hubiese oído.

Me oyó, sin embargo, y volviéndose hacia mí, siempre sonriente, me dijo:

—Sí, ¿por qué no? Y espero que dure mucho tiempo y también que el período de vida futura de la humanidad nos conduzca a una tercera infancia, si no estamos ya en ella. En tanto, amigo mío, sabed que somos bastante felices, individual y colectivamente, para que nos preocupe lo que ha de suceder.

—Además —dijo Clara—, yo por mi parte espero que se nos encontrará dignos de ser pintados y descritos.

Dick le respondió en un lenguaje de enamorado imposible de transcribir y permanecimos en silencio por algún tiempo.

CÓMO SE REALIZÓ EL CAMBIO

Al cabo, Dick rompió el silencio diciendo:

—Huésped, perdonad esta pereza después de la comida. Ahora decidnos qué os agradaría hacer. ¿Queréis que enganchemos a *Gris* y emprendamos al trote el regreso a Hammersmith? ¿Queréis que vayamos a oír cantar a unas galesas en una sala cercana? ¿Queréis venir conmigo a la City a ver unos edificios verdaderamente hermosos...? Pero más vale que vos lo elijáis.

—Yo soy extranjero —respondí—, y por ello os dejo hacerlo a vosotros.

A decir verdad, yo no sentía en aquel momento necesidad de moverme. Además me parecía que aquel viejo, tan conocedor del pasado, fuese para mí como una costra que me hiciera sentir menos el frío de aquel mundo novísimo, de aquel mundo en que me encontraba, para decirlo así, desnudo de mi pensamiento habitual y de todas mis costumbres. Por esto, por esa especie de simpatía recíproca,¹⁵⁰ no sentía necesidad de separarme de él. Y él mismo vino en mi ayuda diciendo:

—Poco a poco, Dick. Hay aquí alguien que debe ser consultado antes que el Huésped, y ése soy yo, que no quiero privarme de su grata compañía, tanto más cuanto que sé que ha de hacerme algunas preguntas. Idos vosotros a oír a las galesas, pero traednos antes otra botella a este rincón. A la vuelta conducirás a tu amigo hacia occidente; te ruego que no vuelvas muy pronto, ¿eh?

Dick se inclinó sonriendo y bien pronto estuvimos solos el viejo y yo en la gran sala. Brillaba el sol y se reflejaba en el rosado vino de nuestros altos y bellos vasos. Hammond dijo:

—¿Hay alguna cosa en nuestro modo de vida que no os expliquéis

después de lo que os he dicho y de lo que habéis oído?

—Para mí, lo más inexplicable es el paso a este sistema de vida.

—Se concibe. ¡Fue tan grande el cambio! Será difícil contaros toda la historia; acaso imposible: saber, descontento, tristeza, desaliento, ruina, miseria, desesperación, tales fueron las fases de sufrimiento por que atravesaron cuantos trabajaron en el cambio, cuantos sabían ver más lejos que los demás. Y al mismo tiempo está fuera de duda que la mayoría de los hombres asistían inconscientemente al desarrollo de los sucesos, que encontraban tan naturales como la salida y la puesta del sol.

—Decidme una cosa, si sabéis: el cambio, *la revolución*, como se la llamaba, ¿se produjo pacíficamente?

—¿Pacíficamente? —repitió—. ¿Era posible la paz en aquella masa caótica de pobres desdichados del siglo diecinueve? Fue la guerra desde una punta a otra, guerra áspera hasta que surgió la paz y el bienestar.

—¿Queréis decir la guerra con las armas, o las huelgas y *lock outs*,¹² con su séquito de hambre?

—Las dos cosas. La historia del terrible período de transición entre la esclavitud comercial y la libertad puede resumirse así: cuando surgió la esperanza de realizar para todos los hombres una condición de vida comunista, el poderío de la clase media, tirana de aquella sociedad, era tan enorme y tan aplastante que tal esperanza parecía un sueño aun a aquellos mismos que la habían concebido, casi diré

¹² *Lock outs* es el cierre de fábricas o talleres realizados por los patronos, dejando de este modo sin trabajo a sus obreros, imponiéndoles, para ser admitidos de nuevo, alguna condición. Este término no tiene equivalente en nuestro idioma. (*N. del T.*)

que a pesar de su razón y de su sentido. Tanto, que algunos de los más clarividentes, llamados entonces *socialistas*, aunque estuviesen convencidos y declarasen abierta y públicamente que la única condición social razonable era el comunismo (tal cual la veis aquí), retrocedían en la tarea de predicar la realización de tan feliz ensueño. Mirando atrás podemos ver que la gran causa eficiente del cambio era una aspiración hacia la libertad y la igualdad, de la misma naturaleza, si os parece, que la *irracional* pasión del enamorado, una especie de náuseas que hacían aborrecer la vida solitaria y sin objetivo del hombre acomodado y educado de aquel tiempo. Todo esto, querido amigo, son hoy para nosotros frases sin sentido; hasta tal punto estamos alejados del horrible estado que significan.

Aquellos hombres tan conscientes de este sentimiento no tenían, sin embargo, fe en él como medio de producir el cambio anhelado. Y no hay que extrañarse de ello, porque allá donde mirasen no veían sino una masa enorme de desdichados, harto oprimidos por el egoísmo de la miseria para concebir otra idea de ser liberados de la esclavitud en la que vivían que la lejana esperanza de trepar desde la clase oprimida a la clase opresora.

Por esto, aun sabiendo que la única aspiración posible de quienes quisieran mejorar el mundo se basaba en una condición de igualdad general, en su impaciencia desesperada llegaban a convencerse de que si hubieran podido, no importa por qué medio, modificar el mecanismo de la producción, la administración de la propiedad, para que las *clases inferiores* (tal era la horrible frase) se sintieran aliviadas en su esclavitud, habría sido posible un mejoramiento gradual, en cuyo término estaba la igualdad *práctica* (esta voz *práctica* era muy usada). En efecto, si los ricos se hubieran visto obligados a pagar mucho para mantener a los pobres en una condición humana, la riqueza individual habría dejado de ser una ventaja, desapareciendo entonces. ¿Me seguís?

—Algo —contesté.

—Bien, puesto que me entendéis, vais a ver que si todo esto era razonable en teoría, en la práctica era una equivocación.

—¿Por qué?

—Pero ¿no lo veis? Porque eso implicaría la construcción de un mecanismo por los mismos que no sabrían para qué debía de servir. A medida que las masas hubiesen seguido este método de mejoramiento, parte de ellas habrían logrado más abundantes raciones de esclavos, y si realmente no hubieran estado estimuladas esas clases por la pasión de la libertad y de la igualdad, ¿qué hubiese ocurrido? Creo esto: que una parte de la clase trabajadora habría mejorado su condición hasta aproximarla con la riqueza media, y debajo de esta clase se hubiera creado otra de míseros esclavos, con una esclavitud más dura y desesperada que la primitiva.

—¿Y cómo se evitó eso?

—Indudablemente, por el instinto de libertad de que hemos hablado. Es verdad que la clase de los esclavos no podía concebir la felicidad de una vida libre y, sin embargo, llegó a comprender (rápidamente por cierto) que estando oprimida por los patronos podían pasarse sin ellos, aunque algunos de esos esclavos no supiesen cómo. Si no atisbaban la felicidad y la paz del hombre libre, por lo menos entreveían la guerra, y una vaga esperanza les decía que de ella saldría la paz.

—¿Podréis decirme más concretamente lo que ocurrió?
—pregunté, porque me pareció muy vago lo que decía.

—Sí, lo haré. El mecanismo social para uso de gentes que no sabían lo que querían, llamado *socialismo de Estado*, fue adoptado en parte, bien que fragmentariamente. Pero la cosa no fue sencilla, porque a cada paso se encontraba a la resistencia de los capitalistas, lo que era natural, pues se tendía a la desaparición del régimen

comercial sin sustituirse por nada eficaz. De ahí resultó una confusión que fue en aumento, creciendo los sufrimientos de la clase obrera y el descontento general. Por mucho tiempo siguieron así las cosas. El poderío de las clases superiores disminuyó en la medida que decreció su facultad de usar arbitrariamente de su riqueza y no tuvieron como en el pasado el campo libre para su prepotencia, obteniendo los socialistas de Estado cierta justificación. Mas, por otra parte, las clases trabajadoras estaban mal organizadas y su pobreza crecía a pesar de las concesiones, reales y positivas a la larga, que habían arrancado a los patronos. De este modo, las cosas se compensaban, los patronos no podían reducir a sus esclavos a una completa sujeción, aun reprimiendo fácilmente sus débiles rebeliones parciales; los obreros arrancaban a sus patronos mejoras, reales o imaginarias, para su situación, pero no podían lograr la liberación. Al cabo sobrevino el estallido. Mas para que entendáis bien esto es preciso que comprendáis que se habían realizado grandes progresos entre los obreros, aunque hubiesen ganado poco en el sentido de la vida material, como he dicho.

—¿Y en qué sentido podían realizar progresos sino en el de la vida material? —pregunté, en tono cándido.

—En el sentido de adquirir capacidad para instaurar un estado de cosas que sustentase a todos de una manera fácil. Tras un largo período de desastres y de errores habían aprendido a unirse. Los obreros tenían una organización completa para su lucha con los patronos, lucha que durante medio siglo fue considerada como una de las contingencias inevitables del sistema de trabajo y de producción. Esta unión revestía la forma de una federación de todos o de casi todos los que percibían un salario, y por ella pudieron los trabajadores hacer que los patronos mejorasen su condición. Aunque hubiesen tomado parte en las revueltas que se producían, sobre todo en los primeros tiempos de la organización, esto no constituía de un modo especial su táctica, y en la época de la que hablo tenían tal fuerza que la simple amenaza de una huelga era

bastante para obtener alguna concesión secundaria, porque se había abandonado el absurdo sistema de las antiguas sociedades de resistencia de hacer que se declarara en huelga una parte de los trabajadores de una industria, a quienes auxiliaban los que seguían en el trabajo. En esa época tenían una enorme reserva de dinero para sostener las huelgas y podían, si querían, parar por bastante tiempo toda una industria.

—¿Pero no había peligro de que se cometieran abusos con ese dinero, de que se especulase con los fondos públicos?

—Todo eso ocurrió, y me avergüenzo de deciros que más que peligros hubo realidades, hasta tal punto que alguna que otra vez se quebrantó y bamboleó la organización. Mas en la época de la que os hablo las cosas habían tomado un cariz tan amenazador e inminente y, al menos para los obreros, la necesidad de acción en la tormenta que se acercaba precipitadamente era tan clara, que la situación despertó en la gente razonable una gravedad profunda y una resolución que desechaba cuanto tenía interés secundario. Para cualquiera que pensara, todo estaba preñado de un cambio próximo. Tal ambiente era desastroso para los traidores y para los egoístas que, poco a poco, fueron eliminados, yendo a sumarse con el bando enemigo.

—Habladme de las mejoras —dije—. ¿En qué consistían? ¿De qué naturaleza eran?

—Algunas de ellas, las de importancia más práctica, referentes a la subsistencia de los hombres, fueron concedidas por los patronos, merced a los medios coercitivos adoptados por los obreros, siendo estas nuevas condiciones puras costumbres sin fuerza alguna de ley, pero una vez establecidas, los patronos no trataban de quitarlas por temor a la fuerza de las sociedades de resistencia. Otras fueron dadas por impulso del *socialismo de Estado* y pueden resumirse fácilmente las más importantes. A fines del siglo diecinueve se

produjo un movimiento para obligar a los patronos a emplear a los obreros durante un menor número de horas de trabajo; movimiento que creció tanto y tan intensamente que los patronos tuvieron que ceder. Mas, naturalmente, si no se aumentaba el precio de la hora de trabajo, este movimiento habría sido inútil y los patronos la hubieran rebajado de no encontrar la resistencia de los trabajadores. Así, después de una larga lucha, se dictó otra ley que fijaba un límite mínimo para el salario en las industrias más importantes, a la que hubo que añadir otra fijando un precio máximo a los artículos considerados como necesarios para la vida del obrero.

—Pero eso era volver a la tasa de los pobres, de los antiguos romanos, y a la distribución de raciones al proletariado —dije, sonriendo.

—Muchos lo decían en aquella época —respondió lacónicamente el viejo—, y era cosa sabida que el socialismo de Estado conducía a ese pantano, y hubiera ocurrido eso de haber llegado ese socialismo a todo su desarrollo, pero no fue así. Sin embargo, el socialismo de Estado llegó aún más allá de esas cuestiones de mínimo y de máximo que, dicho sea de pasada, hemos de declarar que eran necesarias. El Gobierno se vio obligado a responder al clamor de la clase patronal, que veía próxima la destrucción del comercio, destrucción tan deseable como la del cólera. Entonces tuvo que adoptar una medida hostil a los patronos estableciendo talleres nacionales para la producción de géneros de primera necesidad y mercados para su venta. El conjunto de estas medidas produjo algún efecto y eran, en fin de cuentas, algo así como las disposiciones del gobernador de una plaza sitiada. Naturalmente, la clase patronal, al dictarse estas medidas, creyó que se acercaba el fin del mundo. No era esto ciertamente un absurdo. La expansión de las teorías comunistas y el funcionamiento parcial del socialismo de Estado habían perturbado y casi paralizado el sistema comercial en el que el viejo mundo había vivido tan febrilmente; un sistema que había sido para unos cuantos fuente de placeres, y había proporcionado a los más una existencia

miserable. Los *malos tiempos* se sucedieron en progresión creciente y fueron verdaderamente horribles para los esclavos del salario; el año mil novecientos cincuenta y dos fue uno de los peores de la época; los obreros sufrieron atrozmente, los talleres del Estado, parciales e insuficientes, fueron objeto de indignas especulaciones y decayeron, y una enorme parte de la población hubo de subsistir de la caridad pública.

Los obreros asociados consideraron la situación con una mezcla de esperanza y de ansiedad. Ya habían formulado el conjunto de sus reivindicaciones, que renovaron mediante el voto unánime de todas sus sociedades federadas, e insistieron para que se pusieran en ejecución. La medida consistía en poner los recursos naturales del país al mismo tiempo que las máquinas en manos de las organizaciones obreras, reduciendo a las clases capitalistas a la condición de pensionados, dependientes de la benevolencia de los obreros.

Esta *resolución*, como se la llamaba, fue objeto de gran publicidad en los periódicos, y los patronos la recibieron como lo que era, como una declaración de guerra, comenzando a preparar la resistencia al *comunismo feroz y estúpido de la época*, según decían. Y como desde muchos puntos de vista continuaban siendo todopoderosos o parecían serlo, confiaron aún en la fuerza bruta para recoger algo de lo que habían perdido, o quizá todo. Se decía que la gran falta de los gobiernos consistía en no haber resistido desde el principio, y los liberales y radicales (parte de las clases directoras cuyas tendencias eran más democráticas) eran censurados por haber conducido al mundo a aquel callejón sin salida con su inoportuna pedantería y su ridículo sentimentalismo; un tal Gladstone o Gladstein (a juzgar por el nombre de origen escandinavo), notable hombre político del siglo diecinueve, era, más en particular, objeto de esta reprobación. No tengo necesidad de indicaros cuan absurdo era todo esto. Pero una tragedia horrible se ocultaba detrás de los gestos y gruñidos del partido reaccionario. Ya es hora de reprimir la insaciable avidez de

las clases bajas, hay que dar una lección al pueblo. Frases sacramentales que corrían de boca en boca, y que eran más siniestras que nunca.

El viejo se detuvo un momento, mirando fijamente mi rostro atónito, y luego siguió:

—Ya sé, querido Huésped, que he pronunciado frases y palabras que entre nosotros comprenderían pocas personas sin largas y laboriosas explicaciones, que quizá no bastaran. Y puesto que no os habéis dormido y os hablo como a un ser de otro planeta, me atrevo a preguntaros si me habéis seguido.

—¡Oh, sí! —respondí—. Os entiendo muy bien y os ruego que continuéis. La mayor parte de cuanto me habéis dicho era un hecho ordinario para nosotros cuando... cuando...

—Ya —dijo gravemente—, cuando habitabais en el otro planeta. Bien, hablemos ahora del estallido.

—Por un motivo relativamente poco importante, los directores de los obreros convocaron una reunión en la plaza de Trafalgar (sitio donde muchos años antes había habido choques con motivo del derecho de reunión). La guardia cívica de los burgueses (llamada policía) atacó a la reunión con bastones herrados, según su costumbre, resultando muchos heridos en la contienda; cinco murieron, o bien pisoteados, o bien a causa de los golpes; la reunión fue disuelta y se encarceló a centenares de obreros. Lo mismo había ocurrido días antes en otra reunión celebrada en Manchester, lugar ya desaparecido. Así comenzaba la lección. Todo el país entró en ebullición ante actos semejantes, y el pueblo se concertó para celebrar una gran reunión de protesta contra la autoridad. Se congregó una enorme multitud en la plaza de Trafalgar y en las calles inmediatas (ya sabéis que entonces todo aquello estaba muy poblado), multitud demasiado grande para que la policía pudiese

luchar con ella. Hubo, en efecto, enfrentamientos; tres o cuatro hombres del pueblo cayeron muertos, muriendo hasta doce polizontes y salvándose los demás como pudieron. Aquello era una señal de triunfo para el pueblo. Al día siguiente Londres (recordad cómo era en aquella época) cayó en un estado de extrema agitación, y muchos ricos huyeron al campo. El Gobierno concentró las tropas, pero no se atrevió a utilizarlas, y la policía no podía ir a parte alguna sin suscitar tumultos o amenazas de tumulto. Pero en Manchester, ya por no ser las gentes tan valerosas como en Londres, bien por estar menos exasperadas, algunos agitadores populares fueron arrestados. En Londres se creó un consejo de directores del movimiento obrero reunido por la Federación Colectivista, tomando el antiguo nombre revolucionario de Comité de Salud Pública, pero como no disponía de un cuerpo de hombres armados y disciplinados, no tomó medida alguna agresiva y se limitó a fijar en los muros proclamas dirigidas a los obreros, exhortándolos a no dejarse avasallar. Además convocaba una nueva reunión en la plaza de Trafalgar para quince días después de la escaramuza.

Entre tanto, la ciudad no se tranquilizaba y los negocios habían cesado. Los periódicos, que entonces, como en el pasado, estaban casi por entero en manos de los patronos, pedían a gritos medidas represivas; los ciudadanos ricos se afiliaron en un cuerpo de policía suplementario y fueron armados con bastones. La mayoría eran jóvenes vigorosos y fuertes, que ardían en deseos de combatir, mas el Gobierno no se atrevía a utilizarlos y se contentaba con lograr plenos poderes del Parlamento para ahogar toda rebelión y para concentrar en Londres cuantas tropas pudiera. Así transcurrió la semana siguiente a la reunión, y otra casi tan numerosa se celebró al siguiente domingo, que se deslizó tranquilamente y sin oposición alguna, por lo que el pueblo cantó de nuevo victoria. Pero el lunes siguiente el pueblo recordó que tenía hambre. En los días previos, grupos de hombres habían desfilado por las calles pidiendo (o exigiendo, si queréis) dinero para comprar alimentos, dinero que los ricos daban por temor y también por compasión. Las autoridades de

las Parroquias (no tengo tiempo de explicaros el significado de esta voz) dieron de buen o de mal grado las provisiones que pudieron a los vagabundos, y el Gobierno, por medio de las escuálidas factorías nacionales, alimentó asimismo a un número considerable de hambrientos. Además, varios almacenes de provisiones y panaderías fueron vaciados casi sin resistencia. Hasta ahí todo iba bien. Pero el lunes, el Comité de Salud Pública, temiendo un saqueo general desordenado, y alentado por las vacilaciones del Gobierno, envió una delegación provista de carruajes y de otros elementos para desocupar los almacenes de comestibles del centro de la ciudad, dejando en garantía pagarés; y en aquella parte de la ciudad donde los obreros eran más fuertes ocuparon las panaderías e hicieron que en ellas algunos hombres trabajasen para el pueblo, y todo ello casi sin oposición, acudiendo la policía al saqueo de los almacenes para poner orden, como si se tratara de un incendio.

Este último hecho inquietó de tal manera a los reaccionarios que resolvieron obligar al Gobierno a actuar. Al día siguiente alentaron el furor de las gentes aterradas, amenazaron al pueblo, al Gobierno y a todo el mundo si no se restablecía inmediatamente el orden. Una delegación de gentes del alto comercio se presentó al Gobierno diciéndole que si no detenía inmediatamente al Comité de Salud Pública, ellos mismos reclutarían un cuerpo de hombres armados para caer sobre aquellos incendiarios. Acompañados de los directores de periódicos importantes celebraron una entrevista con los jefes del Gobierno y con dos o tres de los militares más insignes de la nación. La delegación salió de esta entrevista —según declaración de un testigo ocular— sonriente y satisfecha, sin hablar una palabra del ejército antipopular que antes pensaba crear. Después del mediodía, los miembros de la delegación y sus familias se ausentaron de Londres, trasladándose al campo.

A la siguiente mañana, el Gobierno proclamó el estado de sitio en Londres, cosa frecuente en otros países del Continente, pero desconocida en Inglaterra en aquella época. El general más joven y

más capaz, que había ganado su reputación en las frecuentes y espantosas guerras que entonces se sostenían, fue nombrado comandante general del distrito puesto en estado de sitio. Los periódicos deliraron de alegría y se vio en la primera fila de los reaccionarios más ardientes a hombres que en los tiempos ordinarios habían ocultado sus opiniones a cuantos les rodeaban y que ahora preveían el aplastamiento definitivo de los socialistas y aun de las tendencias democráticas que, en su opinión, habían sido tratadas con demasiada indulgencia en los últimos sesenta años.

El general capaz no adoptó aparentemente medida alguna, y como sólo le censuran unos cuantos periódicos de escasa importancia, los hombres reflexivos supusieron que se tramaba algo. En cuanto al Comité de Salud Pública, cualquiera que fuese la idea que sus miembros tuviesen de la situación, había ido muy lejos para retroceder, y aun algunos imaginaban que el Gobierno seguiría inactivo. Continuaba, pues, organizando tranquilamente la distribución de víveres, que venían a ser una gota de agua en el mar; y, en respuesta al estado de sitio, armó cuantos hombres pudo en los barrios donde tenía fuerza, pero sin intentar disciplinarlos ni organizados, pensando acaso que no habría oportunidad de hacer de ellos diestros soldados hasta que se lograra algo de reposo. El general capaz, sus soldados y la policía parecían no reparar en todo esto, y durante el resto de la semana hubo completa tranquilidad en Londres, bien que hubiese desórdenes en bastantes provincias, reprimidos sin gran dificultad por las autoridades. Los más graves trastornos ocurrieron en Glasgow y en Bristol.

Llegó el domingo señalado para la reunión y grandes multitudes se trasladaron a la plaza de Trafalgar, formando manifestaciones, en medio de las cuales iban los miembros del Comité y las bandas de hombres armados de cualquier manera. Las calles estaban pacíficas y tranquilas, aunque en ellas se agolpaban los curiosos para presenciar el paso de las manifestaciones. En la plaza de Trafalgar no había ningún cuerpo de policía, y el pueblo se instaló tranquilamente,

comenzando la reunión. Los hombres armados rodearon en parte la tribuna principal, distribuyéndose otros entre la muchedumbre, cuya inmensísima mayoría carecía de armas.

Muchos creían que todo pasaría pacíficamente, pero los miembros del Comité tenían noticias de que se intentaría algo, aunque como estas noticias eran rumores vagos no sabían qué podría ser. Pronto lo supieron. En efecto, antes de que las calles que desembocaban en la plaza se llenaran de gente, un cuerpo de soldados invadió el ángulo noroeste y tomó posiciones a lo largo de las casas que estaban en el lado oeste de la plaza. Un murmullo acogió los rojos uniformes, y los hombres armados permanecieron indecisos, pues la invasión de los soldados había apretado aún más a la multitud y no había medio de abrirse camino a través de ella, y además se carecía de organización. Apenas se hubieron dado cuenta de la invasión de estos soldados cuando desembocó una nueva columna, tomando posiciones en el lado meridional cerca del Parlamento, que hoy es mercado de abonos. Entonces pudo observarse la maniobra, y se vio que se había caído en una trampa y que no podía esperarse más que los acontecimientos. La multitud, estrechamente apretada, no podía moverse y llegó al paroxismo del terror. Unos cuantos de los hombres armados lograron abrirse camino, y otros se encaramaron en el pedestal del monumento que allí había entonces, pudiendo así hacer frente a los dos muros de fuego que rodeaban al pueblo. Los hombres y las mujeres (que había muchas) allí presentes creyeron que se acercaba el fin del mundo; tan distinto les parecía aquel día del anterior:

«Tan pronto como los soldados estuvieron formados en batalla —según dice un testigo ocular—, un oficial, cubierto de oro y montado en un caballo caracoleante, se adelantó hasta las multitudes en el extremo sur, sacó un pliego de papel y leyó algo que muy pocos oyeron, aunque supimos que era una orden de retirarnos a la primera intimación, pues de no hacerlo se dispararía sobre nosotros.

»La multitud tomó aquello como una provocación y lanzó un rugido amenazador, y hubo un momento de relativo silencio hasta que el oficial entró en filas. Yo me encontraba —dice el testigo citado— cerca de los límites de la multitud y no lejos de los soldados, y vi tres pequeñas máquinas situadas delante de las filas, en las que reconocí los cañones mecánicos, y grité con toda mi alma: «¡A tierra todo el mundo, que van a disparar!» Pero tan estrecha estaba la multitud que nadie pudo hacerlo. Oí una orden terminante y pensé en dónde estaría cuando pasara un minuto, y después... después me pareció que se abría la tierra y que el infierno mismo, saliendo de sus entrañas, venía sobre nosotros. Es imposible describir aquella escena. En la multitud se habían abierto surcos profundos, los muertos y los moribundos cubrían el suelo, los gemidos, los gritos de dolor y de horror llenaban el aire. Parecía que no hubiese en el mundo más que muerte y sangre. Aquellos de los hombres armados que aún tenían vida gritaban salvajemente y disparaban sin orden sobre los soldados, algunos de los cuales cayeron, y vi a los oficiales recorriendo las filas para incitar a la tropa a contestar; pero los soldados acogieron las órdenes en silencio y mostraron las culatas de sus fusiles. Solamente un sargento corrió hacia un cañón, pero un joven oficial, de alta estatura le cogió por el cuello haciéndole volver a las filas. Los soldados permanecieron inmóviles, en tanto que la muchedumbre, casi enteramente desarmada, pues los hombres que lo estaban habían caído, corría fuera de la plaza.

»Me han contado después que en el frente oeste ocurrió lo mismo, disparando también los soldados y produciendo estragos tremendos. Cómo me encontré fuera de la plaza, no lo sé; caminaba sintiendo que me faltaba el suelo y lleno de rabia, terror y desesperación!»

—Esto dice un testigo ocular —añadió el viejo—. El número de los asesinados del pueblo en esta matanza de un minuto fue enorme, y aunque no es fácil saberlo, se calcula en dos mil. Los soldados tuvieron seis muertos y doce heridos.

Yo escuchaba temblando de emoción. Los ojos del viejo brillaban, y su rostro se coloreaba cuando relataba lo que yo había a menudo pensado que habría de ocurrir. Me extrañó, con todo, que se excitara tanto, y dije:

—¡Eso es espantoso! Supongo que aquella matanza acabaría entonces con la revolución.

—¡No, no! —gritó Hammond—. Aquello fue el comienzo.

Llenó mi vaso y el suyo y se levantó exclamando:

—¡Bebamos a la memoria de los que allí murieron, porque sería largo de contar lo mucho que les debemos!

Bebimos, se sentó de nuevo y prosiguió:

—El asesinato de la plaza de Trafalgar dió comienzo a la guerra civil, que al principio y como todos los movimientos históricos análogos fue lenta, no comprendiendo las gentes cuán honda era la crisis en la que tomaban parte.

Por horrible que fuera la matanza, por grande y abrumador que fuese el primer espanto, el pueblo reflexionó y más se dejó dominar de la cólera que del terror, a pesar de la organización militar y del estado de sitio, que el joven y capaz general aplicaba sin restricciones. Además, si las clases directoras temblaron de horror y de espanto cuando la noticia de lo ocurrido se supo, el Gobierno y sus mantenedores y partidarios pensaron que no había más remedio que llegar hasta el fin. Por otra parte, los periódicos capitalistas, aun los más reaccionarios, con sólo dos excepciones, espantados también, se limitaron a dar cuenta de lo ocurrido, sin añadir ningún comentario. Una de estas excepciones fue un diario llamado liberal (ése era el color del Gobierno): después de un preámbulo declarando su inalterable simpatía por la causa del trabajo, indicaba

la conveniencia de que en las épocas de tumultos revolucionarios los gobiernos fuesen justos y severos, y que, sin duda alguna, el mejor medio de mostrarse misericordioso con los pobres insensatos que atacan los fundamentos de la sociedad (de la sociedad que los había hecho insensatos y pobres) era fusilarlos, para impedir que otros los imitasen y fuesen también fusilados. En suma, alababan la conducta enérgica del Gobierno, considerándola como el colmo de la prudencia y de la piedad, regocijándose por la inauguración de una era de democracia racional, libre de las manías tiránicas del socialismo.

La otra excepción era un periódico que pasaba, y con razón, por uno de los más violentos adversarios de la democracia. Su director, lleno de coraje, habló en su nombre y no en nombre del periódico. En pocas palabras, sencillas y preñadas de indignación, preguntó qué valía una sociedad que había de defenderse asesinando a ciudadanos inermes, y conjuraba al Gobierno a levantar el estado de sitio y a someter a un proceso por asesinato al general y a los oficiales que habían hecho fuego sobre el pueblo. Fue más allá, declarando que cualquiera que fuese su opinión respecto de las doctrinas socialistas, él, por su parte, hacía suya la causa del pueblo hasta que el Gobierno hubiese expiado su atrocidad mostrando que estaba dispuesto a escuchar las reclamaciones de hombres que sabían lo que querían, y a quienes una sociedad decrepita obligaba a avanzar no importa por qué medio.

Naturalmente, este director fue arrestado por la autoridad militar, pero su valeroso artículo era del dominio público, y produjo grandioso efecto, tan grande que el Gobierno, después de algunas vacilaciones, levantó el estado de sitio, aunque reforzando la organización militar y haciéndola más rigurosa. Tres miembros del Comité de Salud Pública habían sido asesinados en la plaza de Trafalgar, y todos los demás volvieron al antiguo sitio de reunión, esperando con calma los acontecimientos. El lunes por la mañana se les prendió y hubiesen sido fusilados por el general, que era una

máquina militar, si el Gobierno no hubiera retrocedido ante la responsabilidad de matar a unos hombres sin haberlos juzgado. Se discutió si debería juzgarlos un tribunal especial, lo que equivalía a condenarlos, pero el Gobierno tan pronto ardía en cólera, como se helaba de temor, y los presos fueron sometidos al procedimiento ordinario. Aquí recibió el Gobierno otro golpe serio, porque a pesar del resumen del juez, que invitaba sin preámbulos al jurado a declarar culpables a los presos, el jurado los declaró no culpables y añadió a su veredicto una denuncia espontánea condenando el acto de la soldadesca por inconsiderado, desgraciado e innecesario, según la extraña fraseología de aquel tiempo. El Comité se constituyó de nuevo y desde ese momento fue para el pueblo un punto de apoyo contra el Parlamento. El Gobierno, atacado por todas partes, fingió consentir en las reclamaciones del pueblo, en tanto que entre los jefes de los partidos adversarios en las batallas del Parlamento se organizaba un complot para llevar a cabo un golpe de Estado. La parte pacífica del público se regocijó, creyendo que había pasado el peligro de una guerra civil. La victoria del pueblo fue celebrada con imponentes reuniones en los parques y en otros sitios, en recuerdo de las víctimas de la gran matanza.

Pero las medidas adoptadas en favor de los trabajadores, aunque estimadas por las clases superiores como ruinosamente revolucionarias, no eran bastante radicales para alimentar al pueblo y darle unas condiciones de vida decorosas, y hubo que ampliarlas con decretos no escritos y que, por tanto, no se apoyaban en la ley. Aunque el Gobierno y el Parlamento tenían los tribunales, el Ejército y la sociedad detrás de ellos, el Comité de Salud Pública llegó a ser una fuerza real en el país y representó a las clases trabajadoras. Desde la liberación de sus miembros realizó grandes progresos. Sus antiguos miembros tenían una muy mediocre capacidad administrativa, aunque, con excepción de un insignificante número de traidores y egoístas, eran hombres honrados, valerosos y dotados algunos de un notable talento. Pero los tiempos reclamaban una acción inmediata y los hombres capaces de dirigirla se presentaron,

al mismo tiempo que el país se cubría con una red de asociaciones de trabajadores cuyo único objeto era encauzar la comunidad hacia el comunismo, y como de hecho asumieron la dirección de la guerra del trabajo, fueron bien pronto el intermediario y el portavoz de las clases trabajadoras, encontrándose los explotadores de la industria impotentes ante esta combinación; y a menos que su Comité, es decir, el Parlamento, no quisiera tener el valor de comenzar de nuevo la guerra civil fusilando a derecha e izquierda, se verían obligados a pagar salarios cada vez más elevados por jornadas cada vez más cortas. Además tenían un aliado, que era la inminente subversión de todo el sistema basado en el mercado universal y en su aprovisionamiento, lo que parecía tan evidente a todos, que las mismas clases medias, que habían censurado al gobierno por las grandes matanzas, se volvieron en su contra casi en masa, exhortándolo a velar y poner término a la tiranía de los jefes socialistas.

Alentado de esta manera, el complot reaccionario estalló, probablemente, antes de estar maduro; pero esta vez el pueblo y sus directores estaban sobre aviso, y antes de que los reaccionarios se moviesen, adoptaron cuantas medidas juzgaron necesarias.

El Gobierno liberal (evidentemente previo convenio) fue derrotado por los conservadores, aunque éstos constituían una débil minoría. Los representantes del pueblo en la Cámara comprendieron lo que esto quería decir, y después de haber combatido hasta el último extremo, protestaron y abandonaron la Cámara de los Comunes, yendo en masa al Comité de Salud Pública; entonces fue cuando comenzó más enconada la guerra civil.

Sin embargo, el primer acto no fue precisamente un combate. El nuevo gobierno tory, resuelto a obrar, no se atrevió a proclamar otra vez el estado de sitio y mandó un cuerpo de soldados y de policías para que prendiera en masa al Comité de Salud Pública. Sus miembros no resistieron lo más mínimo, aunque les hubiera sido

fácil, pues contaban con un cuerpo organizado de hombres resueltos a todo. Pero, estaban decididos a ensayar desde luego, un arma que les parecía más formidable que la batalla en las calles. Los miembros del Comité fueron tranquilamente a la cárcel, si bien dejando fuera su alma y la organización. En efecto, no dependían de un centro minuciosamente organizado con toda clase de frenos y de contrafrenos, sino de una masa inmensa de gentes que simpatizaban por completo con el movimiento, personas unidas en pequeños centros, con instrucciones sencillas. Estas instrucciones fueron ejecutadas.

A la mañana siguiente, cuando los jefes de la reacción se regocijaban pensando en el efecto que produciría el relato del golpe en los periódicos, no se publicó periódico alguno, y sólo al mediodía aparecieron unas cuantas hojas volantes, de igual tamaño y estructura que las antiguas gacetas del siglo XVII, hojas compuestas por polizontes, soldados, administradores y escritores, que cayeron gota a gota en las calles. Se las tomaba y leía con avidez, pero en aquellos momentos la parte más interesante de su información era ya sabida, pues nadie ignoraba que había comenzado la huelga general. La locomotora no corría por los rieles, el telégrafo no funcionaba; la carne, el pescado y las legumbres, traídas al mercado, allí estaban bien embaladas y pudriéndose en los fardos. Los millares de familias de clase media, cuya alimentación dependía del trabajo diario del obrero, hicieron esfuerzos sobrehumanos por medio de sus miembros más enérgicos, para cubrir las necesidades del día, y los que lograron comer miraron con menos espanto el porvenir y aún experimentaron cierta satisfacción por haberse bastado a sí mismos y a los suyos; verdadero presagio de los tiempos en que todo trabajo había de ser agradable.

Así transcurrió el primer día, y por la tarde el Gobierno estaba desorientado. No tenía más que un recurso para concluir con todo movimiento popular: la fuerza bruta, pero no había nadie contra quien utilizar el Ejército y la policía; ningún grupo en armas se

presentaba por las calles, y las oficinas de la Federación de Trabajadores se habían transformado (al menos en la apariencia) en centros de distribución de socorros a los obreros ociosos. Nadie se atrevió a prender a los hombres ocupados en semejante tarea, tanto menos cuanto que aquella misma tarde muchas personas muy respetables acudieron en busca de socorro a esas oficinas, debiendo su cena a la caridad de los revolucionarios. El Gobierno reunió los soldados aquí y allá, no moviéndose aquella noche, con la certeza de que al día siguiente algún manifiesto de los rebeldes, como ya se los llamaba, vendría a darle la ocasión de adoptar alguna línea de conducta. Pero se equivocó. Los periódicos diarios abandonaron la lucha al día siguiente y sólo uno violentamente reaccionario, llamado Daily Telegraph, intentó publicarse, echando en cara a los rebeldes, con frases escogidas, su locura y su ingratitude al desgarrar el seno de la madre común, de la nación inglesa, en provecho de unos cuantos agitadores bien pagados por los imbéciles a quienes engañaban. Por otra parte, los periódicos socialistas (se publicaban tres en Londres, representando tres diferentes escuelas) aparecieron hermosamente impresos en bellos caracteres y rebosando en originales todas sus columnas. Fueron comprados ávidamente por el público que, al igual del Gobierno, esperaba encontrar en ellos el dichoso manifiesto. Pero no encontraron ni siquiera una palabra referente a la gran cuestión. Parecía que sus directores hubiesen rebuscado en carpetas y cajones artículos que cuarenta años antes hubieran encajado en el epígrafe Propaganda doctrinal. La mayor parte de los artículos eran luminosas y admirables exposiciones de las doctrinas y métodos del socialismo, escritas en estilo sereno, sin asomo de cólera, ni de despecho, ni de acrimonia, y provocaron en el público una frescura primaveral en medio de la fatiga y del terror de aquellos días. Aunque a los perspicaces no se les pasó que esta maniobra no era sino un desafío y un indicio de hostilidad invencible hacia los jefes de la sociedad contemporánea, los artículos produjeron un efecto educativo. Además, otra educación de distinto género accionaba irremisiblemente en el público y probablemente esclarecía los entendimientos.

Los miembros del Gobierno estaban aterrados por este acto de boycott respecto de él (palabra que en la jerga de la época expresaba esta especie de abstenciones). Las disposiciones eran incoherentes y disparatadas en grado sumo: tan pronto pensaban en ceder hasta maquinan otro complot, como en prender en masa a todos los comités obreros, como en ordenar al joven y capaz general que buscase un pretexto para una nueva matanza. Pero cuando recordaban que los soldados en la batalla de la plaza de Trafalgar se habían desmoralizado con la carnicería que hicieron, hasta el punto de negarse a disparar por segunda vez, les faltaba el horrible valor de ordenar un nuevo asesinato.

Al mismo tiempo los prisioneros, conducidos por segunda vez al tribunal entre una fortísima escolta de soldados, fueron aplazados para juicio a otra audiencia. La huelga continuó durante aquel día. Los Comités de trabajadores se extendieron y socorrieron a muchísima gente, porque habían organizado la producción de considerables cantidades de alimentos por medio de los hombres de que disponían, y gente bien acomodada se había visto obligada a pedirles socorro. Se produjo otro hecho curioso jóvenes de las clases superiores se organizaron en banda armada y fueron tranquilamente a merodear por las calles, cogiendo cuantos comestibles y bebidas encontraron en las tiendas que asaltaban. Esta correría la realizaron en la calle Oxford, calle enorme, llena entonces de tiendas de toda clase. El Gobierno, que en aquel momento experimentaba un acceso de debilidad, creyó que aquella era una excelente ocasión de mostrar su imparcialidad en el sostenimiento del orden, y mandó prender a aquellos jóvenes y ricos hambrientos; pero éstos, con una valerosa resistencia, desbandaron a la policía y lograron escapar, salvo tres de ellos. El Gobierno no alcanzó la reputación de imparcial que esperaba lograr con aquel acto, porque olvidó que no aparecía los periódicos; así, el relato de la escaramuza se extendió mucho, pero en forma de una desfigurada totalmente, pues se presentó como una tentativa de gente hambrienta que venía del Este, y todos encontraron muy natural que el Gobierno hubiera intervenido.

Aquella noche los prisioneros rebeldes fueron visitados en sus celdas por personas muy amables y simpáticas que les hicieron observar que el camino por ellos emprendido conducía al suicidio, y que los medios extremos perjudicaban a la causa del pueblo. Uno de los presos contaba: «Fue una verdadera alegría para nosotros, cuando salimos de la prisión, al recordar las respuestas que dimos a los enviados del Gobierno, que vinieron a visitarnos separadamente, a los individuos refinados e inteligentes que trajeron la consigna de lisonjearnos con la más insinuante blandura. Uno rió, otro contó al enviado las más extravagantes historias, el tercero guardó un impenetrable silencio, el cuarto envió en mala hora al alto espía, intimándole a guardar silencio..., y todo esto fue lo que pudo obtener de nosotros el Gobierno».

Así transcurrió el segundo día de la huelga general. Era evidente, para cuantos sabían reflexionar, que al tercer día sería la crisis, porque la incertidumbre y el mal disimulado terror eran insoportables.

Las masas directoras y las masas medias no políticas que habían sido siempre su sostén, se encontraron como un rebaño sin pastor; literalmente no sabían qué hacer. Una sola cosa pensaban que podía hacerse: forzar a los rebeldes a intentar algo. Así, al día siguiente, tercero de la huelga, cuando los miembros del Comité de Salud Pública fueron llevados delante del juez, se vieron tratados con tanta cortesía, que más que acusados parecían enviados o embajadores. En suma, el juez había recibido órdenes y sin más trámites que un breve y estúpido discurso, que parecía escrito irónicamente por Dickens, puso en libertad a los presos, que se trasladaron al local donde se reunían, y celebraron sesión acto seguido. Ya era hora, porque en este tercer día la masa había entrado verdaderamente en formación. Había, naturalmente, trabajadores que carecían de organización y hombres que estaban habituados a marchar como sus amos les ordenaban o más bien como les empujaba la organización de la que sus amos formaban parte. Sin embargo, este sistema se

hundía, y destruida la presión del amo, parecía que estos pobres no tenían otro estímulo que las simples necesidades e instintos animales, siendo la consecuencia de todo un retroceso. Acaso hubiera ocurrido esto si, en primer lugar, la levadura socialista no hubiese penetrado profundamente en las masas, y después sin el contacto con los verdaderos socialistas, muchos de los cuales, la mayor parte, eran miembros de las organizaciones obreras.

Si algo parecido hubiese ocurrido años antes, cuando se consideraba a los patronos como los jefes naturales del pueblo, y aun el hombre más pobre y más ignorante descansaba en ellos como en un apoyo, para ser despojado, la disolución de la sociedad habría sido inminente. Pero la larga serie de años, durante los cuales los obreros habían aprendido a valerse sin amos y a despreciarlos, abolió su confianza en ellos, y empezaban a fiarse (no sin peligro, como ciertos sucesos probaron) de los directores extralegales que la situación había creado, y aunque la mayor parte de éstos fuesen figuras decorativas, su nombre y su reputación fueron útiles en esta época de crisis como agentes moderadores. La noticia de la liberación del Comité dio al Gobierno algún respiro, porque fue acogida con alegría por los trabajadores, y también por las gentes acomodadas, que vieron un dique para la ruina que temían y que atribuían en su mayor parte al miedo del Gobierno, en lo cual, y mirando al presente, quizá no andaban equivocados.

—¿Qué queréis decir? —pregunté—. ¿Qué podía hacer el Gobierno? Con frecuencia he pensado que ante semejante crisis todo gobierno estaría impotente.

El viejo Hammond respondió:

—Naturalmente, yo no dudo de que a la larga las cosas habrían tomado el mismo carácter; pero si el Gobierno hubiese movido a su Ejército cual un verdadero ejército, estratégicamente, como habría hecho un general, considerando al pueblo como un enemigo

declarado al que se podía atacar y dispersar allí donde se lo encontrara, probablemente habría alcanzado la victoria por el momento.

—¿Pero hubiesen marchado los soldados contra el pueblo en tales condiciones?

—Por lo que he oído, creo que lo habrían hecho si hubiesen encontrado frente a ellos hombres armados, por poco y mal organizados que estuviesen. Antes de la matanza de la plaza de Trafalgar podía contarse, según todas las apariencias, con que los soldados colectivamente dispararían sobre la multitud inerme, aunque muchos estuviesen ya imbuidos en las ideas socialistas. La razón era que temían el uso, por los hombres desarmados, de un poderoso explosivo llamado dinamita, del que los obreros hablaban mucho la víspera de los sucesos, aunque se vio que era un inocente ardid de guerra. Naturalmente, los oficiales del Ejército avivaron este temor cuanto les fue posible, de suerte que los soldados creían que aquel día se les llevaba a un desesperado combate contra hombres que, en realidad, estaban armados con armas tanto más terribles cuanto que estaban ocultas. Pero después de la matanza, siempre fue dudoso que las tropas regulares dispararan sobre las turbas desarmadas o semiarmadas.

—¿Las tropas regulares? —pregunté—. ¿Luego había otros combatientes contra el pueblo?

—Sí. Vamos a llegar ahí en seguida.

—Perfectamente. Más vale que continuéis vuestra historia sin interrupción, porque el tiempo pasa.

Hammond prosiguió:

—El Gobierno no perdió el tiempo y parlamentó con el Comité de

Salud Pública, porque en realidad no podía hacer otra cosa más que conjurar el peligro presente. Envió un embajador debidamente acreditado a tratar con aquellos hombres que habían conquistado una especie de soberanía sobre el espíritu del pueblo, en tanto que el gobierno sólo era soberano de los cuerpos. Es inútil entrar en los detalles del armisticio (porque hubo armisticio) pactado entre las altas partes contratantes; el Gobierno del Imperio de la Gran Bretaña y un puñado de braceros (como despreciativamente se les llamaba), entre los cuales había algunos hombres muy capaces y muy rectos, bien que, como he dicho, los más hábiles no fueron entonces los jefes reconocidos. El resultado fue que hechas las reclamaciones concretas del pueblo hubieron de ser aceptadas. Hoy podemos ver que la mayor parte de aquellas reivindicaciones no merecían la pena de ser formuladas ni de ser combatidas, pero en aquella época se las consideró importantes, y lo eran, al menos como instrumento de revolución contra aquel miserable sistema de vida que comenzaba a hundirse. Una reivindicación, sin embargo, era de grandísima importancia inmediata, y el Gobierno hizo lo posible por rechazarla, pero como no trataba con imbéciles, tuvo que ceder. Consistía en la demanda de reconocimiento y en la constitución regular del Comité de Salud Pública y de todas las asociaciones que representaba. Esto significaba, desde luego, dos cosas: primero, amnistía para los rebeldes grandes y chicos que sin una tentativa de guerra civil no podían ser molestados; segundo, continuación de la revolución organizada. El Gobierno sólo pudo alcanzar una cosa: una palabra. El espantoso título revolucionario desapareció, y el cuerpo obrero, con todas sus derivaciones, adoptó el respetable título de Consejo de Conciliación y sus Sucursales. Con este título dirigió al pueblo en la guerra civil que iba a estallar muy pronto.

—¡Oh! —exclamé sorprendido—. ¿A pesar de todo, llegó la guerra?

—Sí. Y todo esto no fue sino un reconocimiento de beligerancia que la hizo posible en el sentido ordinario de la guerra. La lucha salió

del período de matanzas por una parte y de la paciencia y de las huelgas por otra.

—¿Y podéis decirme cómo fue conducida la guerra?

—Sí, tenemos numerosos testimonios de este particular y en pocas palabras puedo hacer una síntesis. Como os he dicho, los simples soldados no inspiraban confianza a los reaccionarios pero, en cambio, los oficiales estaban en general dispuestos a todo, porque en su mayor parte eran los hombres más estúpidos de la nación. Aunque el Gobierno no hiciese nada, muchos elementos de las clases altas y medias estaban dispuestos a organizar una contrarrevolución, porque encontraban absolutamente insoportable el comunismo que levantaba la cabeza. Bandas de jóvenes parecidos a los merodeadores de que os he hablado con motivo de la huelga general, se armaron y ejercitaron, buscando toda ocasión de venir a las manos con el pueblo en la vía pública. El Gobierno no auxilió a esas bandas, pero tampoco las reprimió, esperando los acontecimientos. Estos Amigos del Orden —así se llamaban— lograron algunos triunfos, lo que les enardeció, y como consiguieron el auxilio de muchos oficiales del Ejército regular, pronto poseyeron toda clase de elementos de guerra. Una parte de su táctica consistía en guarnecer las grandes fábricas, y el lugar llamado Manchester, del que os he hablado, fue ocupado enteramente por ellos. Estalló al cabo en todo el país una especie de guerra irregular con diferente suerte, y al fin el gobierno, que había fingido ignorar la existencia de la lucha o que la había considerado como una serie de tumultos, se declaró definitivamente partidario de los Amigos del Orden, y añadió a esas bandas cuanto pudo del Ejército regular, realizando un esfuerzo desesperado para aplastar a los rebeldes, como se los llamaba de nuevo, y como se llamaban ellos mismos.

Era demasiado tarde. Toda idea de una paz basada en transacciones desapareció de ambas partes. La conclusión que se veía claramente no podía ser más que o una absoluta esclavitud para

todos, excepto para los privilegiados, o un sistema de vida fundamentado en la libertad y el comunismo. A la indolencia, a la desconfianza y —si puedo usar de esta palabra— a la bajeza del siglo anterior, había sucedido el heroísmo ardoroso e impaciente de un agitado período revolucionario. Yo no diré que el pueblo en aquella época previera nuestra vida actual, pero su instinto algo atisbaba de ella y muchos veían que más allá de la lucha desesperada del momento estaba la paz, hacia la cual conducía esa misma lucha. Los hombres de aquellos tiempos partidarios de la libertad no creo que fuesen desgraciados, aunque se atormentaban con temores y esperanzas, con dudas angustiosas, por un contraste de deberes difíciles de conciliar.

—¿Pero cómo dirigían la guerra los revolucionarios? ¿Qué elementos de triunfo tenían de su parte?

Hice esta pregunta porque quería traer al viejo al relato concreto de la historia, separándole de los comentarios y glosas a las que era tan aficionado.

—No faltaron organizadores —me dijo—. En aquellos tiempos, los hombres de alguna fuerza intelectual abandonaban los cuidados de la vida, y el mismo conflicto daba mayor desarrollo a su talento. Por lo que he oído y leído, dudo mucho que en aquella guerra, aparentemente espantosa, se hubiera desarrollado entre los obreros el talento necesario para administrar. De todos modos, existía ese talento, y bien pronto los rebeldes tuvieron jefes tan buenos o mejores que los reaccionarios. En cuanto al material para su ejército no fue un problema, porque el instinto revolucionario era tan poderoso en el ejército regular que, si no la mayor, la mejor parte de los soldados se pasó al pueblo. Pero el principal elemento de su éxito fue que allá donde los obreros no estaban obligados por la fuerza, trabajaban sólo para los rebeldes y no para los reaccionarios. Estos no podían lograr trabajo alguno fuera de las regiones donde eran todopoderosos y aun en éstas, inquietados siempre por continuadas

rebeliones, y en todos los casos y en todas partes no conseguían nada sino a regañadientes y hecho con hostilidad y malevolencia. De manera que no sólo habían de luchar con la resistencia armada que encontraban, sino que los no combatientes de su partido estaban rodeados por el odio de mil pequeños enemigos que les causaban infinitas tribulaciones y molestias, al punto de hacerles odiosa la vida. No pocos murieron y algunos se suicidaron. Naturalmente, muchos de ellos que tomaron parte en la lucha encontraron cierto consuelo y alivio a su miseria en las asperezas del combate. Por fin, muchos millares cedieron, sometiéndose a los rebeldes, y como el número de éstos iba creciendo siempre, resultó al cabo evidente para todo el mundo que la causa, antes desesperada, triunfaba, y que la causa de la esclavitud y del privilegio pasaba a ser la desesperada.

EL ALBA DE LA NUEVA VIDA

Bien —dije—, ya acabaron vuestras penas; pero ¿se encontró satisfecho el pueblo con el orden de cosas instaurado?

—¿El pueblo? Es cierto que todos, como los antiguos ricos, se alegraron de la paz cuando descubrieron lo que tenían que descubrir: que, después de todo, no se vivía tan mal. En cuanto a los que habían sido pobres, realizaron progresos aún durante la guerra, y su condición mejoró en los dos años que duró la lucha. La gran dificultad estaba en que los antiguos pobres tenían un concepto muy limitado de los placeres de la vida y no sabían pedir todavía todo cuanto podía dar el nuevo orden de cosas. La necesidad de rehacer la riqueza destruida durante la guerra obligó a los hombres a trabajar casi tanto como antes de la revolución, lo que acaso, más que un mal, fue un bien. Todos los historiadores están de acuerdo en que jamás guerra alguna fue tan destructora de productos y de instrumentos para producir, como esta guerra civil. —Me extraña este hecho —dije.

—¿De veras? No veo por qué.

—Pues la cosa es clara, porque el partido del orden debía considerar la riqueza como cosa suya, de la cual ni una sola parte iría a parar en manos de los esclavos en caso de triunfo, y porque además los rebeldes peleaban por la posesión de esa riqueza, y yo hubiera creído que, sobre todo cuando peleaban con buen éxito, tendrían cuidado de destruir lo menos posible de aquello que iba a ser suyo.

—Sin embargo, ocurrió lo que os he dicho. Cuando el partido del

orden se rehízo del espanto, o cuando vio claramente que, hiciera lo que quisiese, iba a la ruina, luchó con gran encono, cuidándose no más que de hacer todo el daño posible a los enemigos que habían destruido las dulzuras de su vida. En cuanto a los rebeldes, ya os he dicho que el desencadenamiento de esta guerra les hizo poco cuidadosos con las miserables riquezas que poseían, de las cuales en otros tiempos no habían llegado a ellos sino migajas. La consigna era: ¡húndase todo en el país excepto los hombres válidos, para no recaer en la esclavitud!

Calló, reflexionó un momento y después prosiguió:

—Cuando la lucha estuvo verdaderamente entablada, se notó cuán pocas cosas de algún valor había en el viejo mundo de la esclavitud y de la desigualdad. ¿Comprendéis lo que esto quiere decir? En la época en la cual pensáis, y que tan bien pareéis conocer, no había ni aun el impulso de la esperanza y se recorría el camino con la tarda andadura de una muía de noria, obligada a caminar sólo por el yugo y el látigo, y en la época de combate todo fue esperanza; los rebeldes se sintieron bastante fuertes para rehacer el mundo de sus cenizas. ¡Y lo hicieron! —exclamó el viejo con los ojos flameantes bajo los espesos párpados—. Sus adversarios aprendieron algo —¡y ya era tiempo!— de la realidad de la vida y de sus dolores, que ellos y su clase no conocían; en suma, los combatientes, el trabajador y el individuo de las clases poseedoras, los dos...

—¡Los dos —interrumpí vivamente— destruyeron el mercantilismo!

—¡Sí, sí, sí, eso es! Y no habría podido ser destruido de otro modo, salvo, quizá, por la caída gradual de la sociedad entera en la barbarie, pero sin las esperanzas y sin los goces de este estado. Sin duda, el remedio más violento y más corto fue el mejor.

—Cierto —dije.

—Sí —continuó el viejo—, se hizo renacer al mundo, ¿y cómo se habría logrado esto sin una tragedia? Además, pensad que el carácter de la época nueva, de nuestra época, debía la alegría de vivir al mundo, al amor a esta epidermis del planeta en que vivimos, parecido al que siente el amante por el cuerpo hermoso de su amada; éste era, repito, el nuevo espíritu de los tiempos. Las demás tendencias, con excepción de ésta, estaban agotadas: el espíritu crítico que no conocía límites, y la indagación curiosa, e infinita, de la acción y del pensamiento humano, eran la preocupación de los antiguos griegos, que más bien lo tomaban como un medio que como un fin; esto desapareció sin dejar rastro en la llamada ciencia del siglo diecinueve que —debéis saberlo—, en general, era un accesorio del sistema comercial, y con frecuencia una dependencia de la policía de ese sistema. A pesar de todas las apariencias, aquella ciencia era tímida y limitada porque no creía en sí misma. Era un producto y, al mismo tiempo, un consuelo de la desgracia de aquellos tiempos en que tan amarga era hasta la vida de los ricos, de aquella infelicidad que el gran cambio había destruido. Más parecido a nuestro concepto de la vida era el espíritu de la Edad Media, porque entonces el cielo y una vida futura eran verdades tan evidentes para aquellos hombres que constituían parte de su vida en la tierra, a la que amaban y embellecían por este mismo hecho, a pesar de las doctrinas ascéticas y de un credo formal que les ordenaban despreciar los bienes mundanos.

Pero, cual otras, esta creencia en el cielo y en el infierno como moradas de su vida futura ha desaparecido, y hoy no tenemos más que una fe: los actos y las palabras; la fe en la no interrumpida conexión de la vida de los hombres, y añadimos, por decirlo así, cada día de esta vida general a la pequeña provisión de días dados a nuestra experiencia individual, y por ello somos felices. ¿Os maravilla esto? En los tiempos pasados, es cierto, se decía a los hombres que amasen al prójimo, que profesasen la religión de la humanidad, etc.

Mas reflexionad que por poca elevación de espíritu y exquisitez de sentimientos que hubiese tenido un hombre entregado a esta idea, el aspecto material de los individuos que formaban la masa a la que debía amar, bastaba para inspirarle repulsión, y sólo podía evitar este sentimiento concibiendo por abstracción una humanidad convencional, con pocas relaciones con el estado presente y pasado de la raza humana, que se aparecía a sus ojos dividida en dos categorías: mentirosos y ciegos tiranos en un lado, esclavos apáticos y groseros en otro. Pero ¿qué dificultad hay hoy en profesar la religión de la humanidad, cuando los hombres y las mujeres que la componen son libres, felices, enérgicos, bellos casi siempre y rodeados de bellezas que ellos mismos crean? ¿Ahora que la misma naturaleza humana mejora en vez de empeorar con el contacto de la humanidad? ¡He aquí lo que nos fue reservado para nuestro mundo!

—Todo eso parece verdad —dije—, o mejor dicho, lo es, si lo que he visto con mis ojos es un cuadro de vuestro sistema de vida. ¿Podéis decirme algo de los progresos que siguieron a los días de lucha?

—Más fácil me sería contaros muchas cosas que a vos tener tiempo para escucharlas; pero os indicaré una de las principales dificultades que se presentaron. Cuando los hombres empezaron a tranquilizarse después de la guerra, y cuando el trabajo hubo tapado las brechas abiertas por la guerra en las riquezas, se produjo tal desilusión entre nosotros, que parecía que iban a realizarse las profecías de los reaccionarios de los tiempos pasados, y que un vulgar nivel de bienestar utilitario sería por el momento el término de nuestras aspiraciones y de nuestra victoria. Perdido el estímulo de la competencia, la producción necesaria para la comunidad no se había resentido de daño alguno; pero ¿qué ocurría para que los hombres se hicieran indolentes? Sin embargo, este sombrío nublado no hizo más que amenazarnos y se disipó. Por lo que os he dicho, adivinaréis cuál fue el remedio de semejante desgracia, recordando que muchas de las cosas que se producían antes —géneros para

esclavos e inutilidades para los ricos— fueron abolidas. El remedio fue, en resumen, la producción de lo que antes se llamaba arte, pero que hoy no tiene nombre entre nosotros porque ha llegado a ser una parte esencial del trabajo humano.

—¿Cómo? ¿Acaso los hombres tenían tiempo y ocasión de cultivar las bellas artes en medio de la lucha desesperada por la vida y por la libertad que me habéis narrado?

—No debéis suponer que el arte nuevo surgiese del antiguo, aunque, por extraño que parezca, la guerra civil fue menos destructora con las cosas del arte que con las demás, y lo que existía de arte antiguo revivió maravillosamente durante la lucha, sobre todo en lo que respecta a la música y la poesía. El arte o trabajo placentero —como querréis llamarlo— nació casi espontáneamente, por una especie de instinto en los hombres, que ya no estaban obligados a realizar desesperadamente un trabajo penoso y horrible, superior a sus fuerzas, instinto que les llevó a perfeccionar más y más los productos hasta hacerlos excelentes: al cabo de poco tiempo, un deseo de belleza pareció despertarse en el espíritu de los hombres, que ornamentaron, diestra o groseramente, los objetos que fabricaban, trabajo que se fue perfeccionando y que creció. Esta corriente fue facilitada por la supresión de la suciedad en el trabajo, a la que nuestros antepasados se habían habituado, y por la vida en el campo, llena de delicias y nada estúpida, que entonces comenzaba a extenderse, como ya os he dicho. Así comenzamos poco a poco a encontrar placer en nuestro trabajo, después adquirimos conciencia de ese placer y hoy lo cultivamos. Entonces la partida estaba ganada y fuimos dichosos. ¡Que sea así por los siglos de los siglos!

El viejo se sumergió en una profunda meditación, con ligeras señales de melancolía pintadas en su rostro, y no quise turbarle. Al poco dijo:

—Bien, querido Huésped, Clara y Dick vuelven para acompañaros y

yo he acabado de hablar. Creo que no estáis descontento de mi cháchara. El día está tocando a su fin y daréis un buen paseo al volver a Hammersmith.

LA VUELTA A HAMMERSMITH

Nada dije, porque no me sentía dispuesto a contestar a tan serio discurso con un vulgar cumplido, y me hubiera agradado seguir hablando con aquel viejo que, por lo menos, comprendía en parte mi modo de considerar la vida, mientras que con los jóvenes, a pesar de su cortesía, me sentía verdaderamente como si hubiera caído de otro planeta. Me resigné y sonreí amistosamente a la joven pareja. Dick, devolviéndome la sonrisa, dijo:

—Bueno, Huésped, me alegro de veros, y estoy satisfecho porque ni vos, ni mi abuelo habéis partido para otro mundo. Mientras escuchaba a las galesas, casi pensaba que ibais a evaporaros para nosotros, y me parecía ver a mi abuelo sentado en esta sala mirando al vacío y enterándose de que había hablado a las paredes.

Me sentí un poco turbado con su modo de hablar, porque inmediatamente se presentó ante mí la imagen de la sórdida lucha por la existencia, la asquerosa y miserable tragedia de la vida, que tan poco tiempo hacía había dejado detrás de mí, y tuve como una visión de todos los ardientes anhelos de paz y de reposo que habían sido mi sueño en el pasado, en aquel pasado que me inspiraba tanta repugnancia con sólo pensar en volver a él.

El viejo rió alegremente y dijo:

—No temas, Dick. No he hablado en el vacío, y te aseguro que tampoco he hablado sólo para nuestro amigo. ¿Quién sabe si he hablado para todo un pueblo? ¡Quizá! Tal vez nuestro huésped volverá algún día al lugar de donde procede, y llevando nuestro mensaje será útil a aquellas gentes y, por consecuencia, a nosotros.

Dick me pareció un tanto aturdido y después dijo:

—Bien, abuelo, no atino a comprender por completo lo que decís pero, después de todo, el huésped no nos dejará porque, como veis, es un hombre que hace pensar en cosas desaparecidas. Después de lo que he hablado con él, creo que entenderé mejor a Dickens.

—Sí —añadió Clara—, y yo creo que en pocos meses lograremos rejuvenecerle. ¡Qué alegría tendré cuando vea su rostro limpio de arrugas! ¿No creéis que será más joven cuando lleve un mes entre nosotros?

El viejo meneó la cabeza, me miró intensamente, pero no respondió, y los tres permanecimos en silencio. Después Clara dijo súbitamente:

—Abuelo, esto no me gusta. Cierto no sé qué me turba, y presiento que ha de ocurrir algo siniestro. Habéis hablado al huésped de todas las miserias del pasado, trasladándoos a aquellos desdichados tiempos, y me parece que aún hay en el aire un recuerdo de ellos; se siente aquí como un ardiente deseo de alcanzar algo inaccesible.

El viejo, mirándola y sonriendo bondadosamente, replicó:

—Así es, hija mía; pero idos a vivir un poco en el presente y pronto se borrarán estas impresiones.

Después se volvió a mí y me dijo:

—¿Recordáis, Huésped, algo parecido en el país de donde venís?

Los enamorados se habían separado de nosotros y hablaban entre sí sin cuidarse de nuestra presencia, y yo contesté al viejo, bajando la voz:

—Sí, lo recuerdo. Era yo un niño feliz en un fulgurante día de vacaciones y podía tener cuanto deseaba.

—Precisamente —añadió—. ¡Y pensar que hace poco me recordabais que vivía en la segunda infancia del mundo! ¡Oh!, encontraréis muy bello este mundo y os alegraréis de habitar en él... por algún tiempo.

De nuevo me desagradó su poco velada amenaza, y ya comenzaba a turbarme pensando en cómo me encontraba entre aquellas extrañas gentes, cuando el viejo dijo alegremente y en alta voz:

—Ahora, hijos míos, conducid al huésped y tratadlo bien; asunto vuestro es borrar las arrugas de su rostro y devolver la paz a su corazón; ¡no es tan feliz como lo sois vosotros! ¡Adiós, Huésped! —y al decir esto me estrechó calurosamente la mano.

—¡Adiós! —respondí—. Os agradezco cuanto me habéis dicho. Volveré a veros apenas me sea posible regresar a Londres. ¿Me lo permitiréis?

—¡Oh, sí! ¡Volved... si podéis!

—Eso no será posible por algún tiempo —respondió Dick con su alegre tono—, porque cuando hayamos despachado la recolección del heno en lo alto del río, estaremos en el campo entre esa recolección y la del trigo, para enseñar al huésped cómo viven nuestros amigos de la campiña del Norte. Después, terminada la recolección del trigo donde trabajaremos mucho, espero llevarle al Wiltshire para que se vigorice viviendo al aire libre, y creo que se volverá fuerte y resistente como el hierro.

—Yo también iré, ¿no es verdad, Dick? —preguntó Clara, poniéndole su bella mano en el hombro.

—¡No faltaba más! —dijo Dick con ardor—. Y haremos que te acuestes todas las noches bien cansada. ¡Qué hermosa vas a estar, Clara, con la piel del cuello y de las manos bronceada y el cuerpo cubierto de vestidos blancos como la flor de la albeña! Entonces, querida, todas las huellas de disgusto se borrarán de tu mente. Quizá baste para ello con nuestra semana de siega.

La moza se ruborizó levemente, no de vergüenza, sino de placer, y el viejo dijo riendo:

—Huésped, veo que estaréis a vuestras anchas, porque no hay cuidado de que estos dos os molesten; tienen tanto que pensar en ellos, que estoy seguro de que os dejarán en completa libertad; después de todo, me parece que éste es el mejor acto de benevolencia para con un huésped. ¡Oh! Y no tengáis miedo de estorbar; precisamente lo que los dos pájaros de un nido necesitan es un amigo a quien dirigirse para mitigar los éxtasis del amor con la calma de la amistad. Además, Dick, y sobre todo Clara, desean hablar de vez en cuando y, como sabéis, los enamorados no hablan más que cuando disputan, de ordinario balbucean. Adiós, Huésped, que seáis feliz.

Clara se acercó al viejo, le echó los brazos al cuello, le besó con toda su alma y le dijo:

—Sois un viejo muy querido y podéis reiros de mí lo que os dé la gana. Pronto nos veremos. Estad seguro de que haremos feliz al huésped, aunque haya algo de verdad en lo que habéis dicho.

Yo le estreché de nuevo la mano, salimos de la sala, después de los soportales y en la calle encontramos a Gris que esperaba. Y estaba bien vigilado, porque un niño de seis años lo sujetaba de las riendas y lo miraba con mucha gravedad, y a su lado había una mocita de unos catorce años con una hermanita de tres en los brazos y más allá otro mozo de unos siete años. Todos estaban muy ocupados en

comer cerezas y en acariciar y dar palmadas al caballo, que recibía agradecido las caricias. Cuando llegó Dick, Gris enderezó las orejas y los pequeños dejaron el caballo para ir a hacer carantoñas a Clara. Montamos en el coche y en seguida emprendimos la marcha.

Gris trotaba lentamente bajo los bellos árboles de las calles de Londres, y el aire fresco de la tarde nos traía oleadas de gratos aromas. Nos vimos obligados a marchar despacio porque las calles estaban llenas de gentes que tomaban el fresco. Viendo tantas personas, tuve ocasión de observar su aspecto, y debo confesar que mi gusto, adecuado a las lobregueces del color gris y tostado del siglo XIX, más bien se inclinaba a vituperar que a alabar la vivacidad y esplendor de las tintas de los vestidos, y me arriesgué a manifestar a Clara esta impresión. Me pareció sorprendida más que indignada y me respondió:

—Bien, bien, ¿qué queréis decir? No puede decirse que estén haciendo algún trabajo sucio; han salido a divertirse en esta hermosa tarde y no hay nada que pueda manchar su ropa. ¡Qué idea! ¿No os parece hermoso el efecto general? Ved, de ningún modo es demasiado brillante.

Así era, en efecto, porque muchos tenían ropajes de vivos colores, pero serios, y la armonía de las tintas, perfectamente conservadas, resultaba bastante agradable.

—Tenéis razón —dije—. Pero ¿cómo puede cada uno procurarse esos trajes tan costosos? Mirad aquel hombre de mediana edad vestido de gris oscuro; por lo que veo desde aquí, su traje es de lana de tejido finísimo, cubierto de recamados de seda.

—También podría ponerse un traje viejo, si le agradara, dado que no sería desagradable a los demás.

—Perdón, pero ¿cómo pueden tener semejantes trajes?

Apenas hube hablado caí en la cuenta de que había vuelto a mi antiguo error, viendo que Dick se encogía de hombros y reía. Nada dijo y me dejó entregado a la tierna piedad de Clara, que respondió:

—No sé qué contestaros. Es evidente que podemos vestir así, porque de otro modo no lo haríamos. A nadie se le obliga cuando hace trajes a que tenga sólo en cuenta la comodidad personal, pero no nos limitamos a esa comodidad. ¿Os parece que hay algún mal en ello? ¿Creéis acaso que pasamos hambre por vestir buena ropa, o que hacemos mal embelleciendo las cubiertas de nuestros hermosos cuerpos? La piel del gamo y de la nutria son bellas por el cuerpo que cubren. ¿Qué tenéis que decir?

Me incliné ante aquella tempestad y balbuceé algunas palabras. A decir verdad, no debí pensar que gente tan cultivadora de la arquitectura habría de despreciar el adorno de sí misma, tanto más cuanto que la forma del ropaje, abstracción hecha de los colores, era bella y razonable, porque cubría y adornaba a la persona sin ahogarla ni hacerla ridícula.

Clara se tranquilizó pronto y, mientras trotábamos hacia el bosque del que antes habíamos hablado, dijo a Dick:

—Oye, Dick; ahora que el abuelo ya ha visto a nuestro huésped con su extraño traje, creo que deberíamos proporcionarle algo más decente antes de emprender mañana nuestro viaje. En caso contrario, tendríamos que responder a las preguntas de todo género que se nos harían respecto de él y de su procedencia. Además —añadió sonriendo maliciosamente—, cuando se haya puesto un hermoso traje no andaré tan ligero en criticar nuestra puerilidad y nuestra pérdida de tiempo en hacernos los unos agradables a los otros.

—Bueno, Clara, tienes razón. Tendrás cuanto..., es decir, tendrá cuanto necesite. Mañana antes de que se levante iré a buscar algo.

OTRA VEZ EN LA CASA DE LOS HUÉSPEDES DE HAMMERSMITH

Hablando y marchando en aquella balsámica tarde, llegamos al fin a Hammersmith, donde fuimos muy bien recibidos por nuestros amigos. Boffin, que llevaba un traje distinto, me dio la bienvenida con ceremoniosa cortesía; el tejedor quería que yo charlara repitiéndole cuanto el viejo Hammond me había dicho; pero una amonestación de Dick le contuvo, poniéndole alegre y risueño; Ana me estrechó la mano, y me dijo con tanta bondad que esperaba que hubiera pasado una jornada placentera, que sufrí una especie de angustia cuando nuestras manos se separaron. A decir verdad, me agradaba más que Clara, la cual parecía un poco reservada, en tanto que Ana era franca en extremo y sin el menor esfuerzo encontraba un placer sencillo en todo cuanto la rodeaba.

Aquella noche hubo una pequeña fiesta, un poco en mi honor y otro poco, lo supongo, aunque nadie dijo palabra, por la reunión de Clara y Ricardo. El vino era excelente, la sala estaba llena de olorosas flores, y después de la cena hubo música, siendo Ana, a mi entender, quien sobrepujó a todos en la dulzura del canto, en la limpieza de la voz, en la expresión y en la interpretación musical, y por fin nos pusimos a contar cuentos sentados en círculo, sin otra luz que aquella luna estival que se proyectaba a través del lindo reticulado de las ventanas, como en aquellos lejanos tiempos en que los libros eran escasos y raro el arte de la lectura.

Y ciertamente aquí encaja hacer notar que aunque nuestros amigos hablaban con frecuencia de libros, como se ha observado, no eran grandes lectores, dado su refinamiento y el poco tiempo de que

disponían. Así, cuando Dick hablaba de un libro lo hacía como si hubiera realizado una tarea ardua; casi, casi, decía así: «¡Sí, sí, yo mismo lo he leído!»

Aquella velada pasó demasiado rápidamente para mí, ya que por primera vez en mi vida había gozado durante toda una jornada con el encanto de todas las cosas vistas, sin ningún pensamiento molesto, sin el temor de una próxima ruina que antes me había invadido cuando contemplaba las bellas concepciones del arte antiguo, confundidas con las bellezas de la naturaleza presente, ambas obras de la tradición de largos siglos, que han inducido al hombre a producir arte. Allí había medio de gozar de todo, sin pensar íntimamente en el horrible trabajo y en la injusticia a que daba origen mi reposo, sin pensar en la ignorancia y en el estancamiento de tantas vidas que me daban el modo de realizar mis agudas apreciaciones históricas, sin pensar en la tiranía y en la lucha llena de temores donde estaba inspirada la novela, y era el temor del mañana, el pensar dónde despertaría. Pero fui a la cama, logré desechar toda inquietud sintiéndome feliz, y a los pocos minutos caí en un sueño sin sueños.

EN EL RÍO

Cuando desperté hacía una hermosa mañana de refulgente sol. Salté del lecho, un poco bajo el dominio de la aprensión de la noche precedente, la cual se desvaneció cuando miré las paredes de la habitación y vi las figuras pálidas, pero delicadamente coloreadas pintadas al fresco con versos al pie. Me puse rápidamente el vestido azul turquí que me habían proporcionado, y lo encontré tan bello que me ruboricé de alegría.

Me sentía invadido por aquella sensación de placer que se experimenta al despertar en un día de fiesta, que no recordaba haber gustado desde cuando era niño y volvía a mi casa a pasar las vacaciones estivales.

Parecía que fuese muy temprano, y esperaba encontrar vacía la sala, que estaba al final del corredor contiguo a mi cuarto, pero de pronto vi a Ana, que dejó su escoba y vino a darme un beso limpio de todo significado impuro, amorosa caricia que la hizo ruborizar, no de vergüenza, sino de placer, por el acto gentil que realizaba. Después se inclinó, recogió la escoba y siguió limpiando, rogándome con una señal que permaneciera alejado de ella y que mirara. La escena era bastante distraída, porque con ella había otras cinco jóvenes que la ayudaban, y sus graciosas figuras en el ágil trabajo eran dignas de ser vistas, y su alegre gorjeo de risas y de palabras, mientras desplegaban todo un sistema científico de barrido, merecía ser oído. Cuando Ana pasó al otro extremo de la sala me dijo estas palabras:

—Huésped, me alegro de que os hayáis levantado tan temprano, aunque no habríamos querido perturbaros. El Támesis está

encantador a las seis y media en estas mañanas de junio, y porque sería un pecado que perdiérais tan hermoso espectáculo, os daré una taza de leche y un poco de pan al aire libre y después iréis a la lancha. Clara y Dick ya deben estar preparados. Esperad un momento a que barra este trozo.

Al poco rato dejó de nuevo la escoba, vino hacia mí, y cogiéndome de la mano me llevó al terrado ribero del río. Allí, en una mesita situada bajo unas ramas, mi leche y mi pan tomaban el aspecto de la más suculenta colación que pudiera desearse. Mientras la tomaba, Ana se sentó en mi mesa para hacerme compañía. A los pocos minutos, Clara y Dick vinieron a buscarme; la primera, ataviada con un ligero vestido bordado en seda, que mi vista, poco acostumbrada, encontró demasiado chillón y vistoso.

Dick estaba asimismo muy bien vestido de franela blanca recamada con excelente gusto. Clara cogió su vestido, y mientras me saludaba, me dijo mostrándomelo y sonriendo:

—¡Mirad, Huésped! Hoy no estamos menos bellos que algunas de las personas a quienes criticabais ayer tarde; así, ni el brillante día, ni las pintadas flores, sentirán vergüenza. ¡Ahora, censuradnos!

—No —respondí—. Me parecéis una pareja hija de la estación, y no podría censuraros sin censurar a quien os engendró.

—Sabréis —dijo Dick— que hoy es un día especial, aunque todos los días son especiales en este tiempo. La recolección del heno es más atractiva que la del grano a causa del tiempo, y si no habéis trabajado en un campo de heno en un hermoso día, no podéis imaginaros el encanto que esto encierra. Las mujeres tienen un aspecto tan espléndido en esta correría —añadió tímidamente—, que creo que, después de todo, hacemos bien en ser sobrios en la decoración.

—¿Y las mujeres realizan ese trabajo con trajes de seda?
—pregunté.

Dick iba a responderme tranquilamente, pero Clara, tapándole la boca con su mano, dijo:

—No, no, Dick, no hay que darle muchas noticias, o acabaremos por creer que tú eres el abuelo. Déjale que vea por sí mismo; de todos modos, no tendrá que esperar mucho.

—Sí —dijo Ana—, no le hagáis una descripción demasiado bella del cuadro o sufrirá un desencanto al descorrerse la cortina, y no quiero que se desilusione. Pero ya es tiempo de que partáis si queréis gozar de la marea y del sol matutino. ¡Adiós, Huésped!

Volvió a besarme tan franca y amistosamente que me dieron ganas de renunciar al viaje, mas pronto vencí a aquel sentimiento, pensando que una mujer tan bella y tan buena debería tener un amante de su misma edad. Descendimos por las gradas y entramos en el barco, bien adornado, ligero y tan proporcionado que nos contenía con holgura a nosotros y a nuestra ropa. En aquel mismo momento vinieron a saludarnos Boffin y Roberto el tejedor. El primero había dejado su espléndido vestido y traía uno adecuado a su trabajo, cubriendo su cabeza un sombrero de ala ancha que se quitó gravemente para saludarnos, con la parsimonia y dignidad de la antigua cortesía española. Al fin, Dick lanzó el barco a la corriente con una vigorosa remadura, y Hammersmith, con sus majestuosos árboles y sus lindas casas, empezó a borrarse de nuestros ojos.

Mientras navegábamos no pude por menos de contrastar el cuadro de la recolección del heno que me había sido anunciado con el del pasado que estaba en mi memoria, apareciéndome especialmente la imagen de las mujeres dedicadas a ese trabajo. Vi una fila de pobres mujeres flacas, débiles, con los pechos secos, sin gracia en las formas ni en el rostro, vestidas con trajes remendados y

miseros, cubiertas con horribles y deformados sombreros de largas alas; las vi manejando el rastrillo con movimientos forzados y mecánicos. ¡Cuántas y cuántas veces esta visión me había amargado los encantos de un día de junio! ¡Cuántas veces había experimentado deseos ardientes de ver los campos de heno poblados de hombres y de mujeres dignos de aquella fecundidad remuneradora de la naturaleza estival, con la riqueza de sus panoramas, con la delicia de sus sonidos y de sus aromas! ¡Y ahora que el mundo era más viejo y más sabio estaba a punto de ver fielmente realizadas mis esperanzas!

HAMPTON COURT Y UN ADMIRADOR DEL PASADO

Caminábamos. Dick remaba ágilmente, sin fatiga; Clara, sentada junto a mí, admiraba su masculina belleza y su rostro sinceramente benévolo, y aún creo que no pensaba en otra cosa. Conforme íbamos remontando el río me parecía menor la diferencia entre el Támesis de ahora y aquel del que yo tenía algunas remembranzas, porque lejos de la horrible vulgaridad artificial de las villas de acomodados, banqueros y gente por el estilo, que antaño manchaban la belleza de sus riberas, ahora cubiertas de frondosos árboles, también el Támesis era infinitamente bello. Cuando bajábamos entre la suave verdura artificial, sentí que volvía a los días de mi juventud, y me pareció realizar una de aquellas excursiones acuáticas que tanto placer me proporcionaban cuando era feliz y no sospechaba que el mal se ocultase por doquier.

Por fin llegamos a un lugar a la orilla izquierda del río donde se veía una bellísima aldehuela con algunas casas antiguas que llegaban hasta el borde mismo del agua, en la que sobrenadaba un esquife. Aquí y allá se veían casas y prados rodeados por filas de olmos y franjas de sauces; en la derecha estaba el camino de remolque y más allá se destacaban árboles enormes y seculares, que formaban el ornamento de un gran parque. En el extremo de aquel lugar, los árboles se separaban del agua formando un camino que conducía a una ciudad de nítidas y bellas casas, viejas algunas, nuevas otras, circundadas por vallas y muros de ladrillo rojo, parte de un estilo nuevo, parte del estilo de la corte de Guillermo el Holandés, pero todo muy bien armonizado con el fulgor del sol y con la belleza de los contornos en que serpenteaban las azuladas aguas del río. Entre las espléndidas construcciones modernas aquella masa antigua tenía un encanto extraño. Una gran oleada de perfumes, de los que

sobresalía el cedro, llegó hasta nosotros desde jardines ocultos a vuestra vista. Clara, sin moverse de su sitio, dijo:

—¡Oh, querido Dick! ¿No podríamos quedarnos hoy en Hampton Court? Pasearíamos con nuestro huésped por el Parque y le enseñaríamos aquellas simpáticas construcciones antiguas. Lo que no me sé explicar es porqué habiendo vivido tan cerca de Hampton Court, no me has traído aquí más veces.

Dick dejó de mover los remos por un momento y contestó:

—Comprendo, comprendo, Clara; hoy tienes pereza. Yo no pensaba haber descansado hasta Shepperton para pasar allí la noche. Hagamos una cosa: vayamos a comer a Hampton Court y pongámonos después en camino hasta las cinco.

—Bien —replicó Clara—, como quieras, pero hubiera deseado que el huésped pasase unas cuantas horas en el Parque.

—¡El Parque! ¡Pero si todo el Támesis es un parque en esta estación! En cuanto a mí, preferiría estar bajo un olmo en los lindes de algún sembrado, oyendo el zumbido de las abejas y el cántico de la codorniz entre los surcos, a todos los parques de Inglaterra. Además...

—Además —interrumpió Clara—, ardes en deseos de llegar pronto a tu querido Támesis para demostrar tu destreza en la siega del heno.

Le miró con ternura y casi diré que, en su fantasía, en todo el esplendor de su belleza en el cadencioso movimiento de la siega, después miró sus graciosos piececitos y lanzó un leve suspiro, cual si quisiera comparar su delicada belleza femenina con la masculina belleza de su amante, cual suelen hacer las mujeres cuando aman de veras y no están viciadas por un sentimentalismo convencional.

Dick la contempló con admiración, y al cabo respondió:

—Sí, Clara, quisiera encontrarme allá arriba. Pero —¡qué diablo!—. Vamos ahí.

Diciendo esto remó con fuerza y pronto nos encontramos en tierra cerca de un puente que, como podéis imaginar, no era de hierro como aquel horrendo aborto de la arquitectura de los tiempos pasados, sino una perfecta y solidísima construcción en madera.

Entramos en el Palacio Real y fuimos directamente a la gran sala, tan conocida, donde estaban las mesas para la comida, y todo aparecía dispuesto del mismo modo que en la sala de la Casa de los Huéspedes de Hammersmith. Después de la comida anduvimos un rato curioseando por las antiguas habitaciones donde se conservaban las arcaicas pinturas y tapicerías, y las mudanzas eran imperceptibles. La gente andaba por allí con ese aire indefinible de quien está en su casa y se mueve a su antojo, aire que bien pronto se me contagió, pareciéndome que la bella morada era mía en el recto sentido de la palabra; y el placer del pasado, uniéndose al del presente, hizo saltar de gozo a mi espíritu.

Dick, que a pesar de las burlas de Clara conocía muy bien aquellos sitios, me dijo que la bella cámara antigua de Tudor, la que según mi recuerdo estuvo habitada por servidores inferiores de la corte, era sumamente frecuentada por las gentes, que iban a ella por recreo. Aun cuando la arquitectura había llegado a ser perfecta y el campo había reconquistado su natural belleza, el pueblo seguían yendo allí por una especie de gusto tradicional, atraído por la fascinación que ejercía aquel grupo de edificios; de tal manera que en el verano todos realizaban alguna excursión al Palacio Real de Hampton, al igual que se hacía en Londres cuando era un amasijo de suciedad y de miseria. Penetramos en algunas de las habitaciones que daban al antiguo jardín, y quienes estaban en ellas nos acogieron bien, viniendo a conversar con nosotros, pero mirando mi figura con cierta

extrañeza cortésmente disimulada. Además de estas aves de paso y de los pocos habitantes de aquel lugar, vimos al aire libre, en los prados y en los jardines, muchas alegres tiendas de campaña rodeadas de hombres, mujeres y niños. Por lo que parece, aquel pueblo extraño, amante del placer, prefería la vida en las tiendas, con todos sus inconvenientes; aunque, a decir verdad, éste era un motivo de placer.

Dejamos por último a aquel viejo amigo en el tiempo señalado. Con mucha insistencia quise coger los remos, pero Dick rehusó mi ayuda y no me reproché mucho el haber cedido porque, francamente, yo tenía bastante ocupación en gozar del espectáculo de aquella espléndida jornada y con mi ocioso fantasear.

En cuanto a Dick, me pareció natural que remase solo porque era fuerte como un caballo y experimentaba gran placer ejercitando sus músculos de cualquier modo. Con trabajo pudimos lograr que cesara cuando el sol había tramontado, la luna brillaba en lo alto del cielo y estábamos viendo a Runnymede.

Tomamos tierra, y buscábamos sitio por donde plantar las dos tiendas que habíamos traído con nosotros, cuando un viejo se nos acercó, y dándonos las buenas noches nos preguntó si no teníamos otro alojamiento; le contestamos, y nos invitó a ir a su casa. Sin titubear aceptamos y emprendimos juntos la caminata.

Clara le tomó de la mano cariñosamente, como había yo notado que se hacía con todos los viejos, y mientras andábamos le hizo algunas triviales observaciones acerca de la belleza de la jornada. El viejo la interrumpió y le dijo, mirándola:

—¿Realmente os agrada el buen tiempo?

—¡Oh, sí! —contestó maravillada de tal pregunta—. ¿Y a vos, no?

—Tal vez sí. Cuando era más joven me agradaba, pero ahora mi admiración es muy fría.

Clara no contestó y seguimos andando. Poco a poco iba faltando la luz del día; al fin llegamos a lo alto de una colina, vimos un seto, y cerca de él, una cancela que el viejo abrió y entramos en un jardín en cuyo fondo se veía la casita, una de cuyas ventanas estaba iluminada. Al indeciso fulgor de la luna y a los últimos resplandores que venían de Occidente, entrevimos un jardín rebosante de flores, que enviaban al aire fresco de la noche olores tan delicados que se habría dicho que aquél era el nido de las delicias en el crepúsculo de un día de junio. Los tres nos detuvimos instintivamente y Clara exhaló un ligero «¡oh!» dulce como un gorjeo de pájaro que va a cantar.

—¿Qué es eso? —preguntó un tanto ásperamente el viejo, tirando de la mano a Clara—. Aquí no hay perros. ¿Os habéis clavado alguna espina en el pie?

—No, vecino; es que este sitio es tan delicioso...

—Es cierto, pero ¿ponéis atención en eso?

Clara rió melodiosamente, y nosotros lo hicimos con nuestras ásperas voces. Después dijo:

—Sí que me interesa este sitio. ¿Y a vos no os interesa?

—No lo sé —y añadió, como si se avergonzase de sí mismo—. Habéis de saber que cuando el río se desborda e inunda todo Runnymede, esto no es muy agradable.

—¡Y a mí que me agradaría tanto! —dijo Dick—. ¡Qué bien se navegaría por estos contornos en una fría y clara mañana de enero!

—¿Eso os agradaría? —preguntó el viejo—. No quiero discutir, ciudadano, porque el asunto no lo merece. Entrad y aceptad mi cena.

Recorrimos un sendero abierto entre dos filas de rosales y entramos en una linda sala de madera cubierta de tallados y limpia como una tacita de plata. Pero el principal ornamento de esta era una joven de cabellos rubios y ojos azules, con la cara, las manos y los desnudos pies dorados por el sol. Estaba ligeramente vestida, por gusto, sin duda, y no por pobreza, según comprendí en seguida, a pesar de ser ésta la primera casa de campo que veía, porque su traje de seda y sus brazaletes me parecieron de gran valor. Cuando entramos estaba acostada en una piel de carnero, y como viera huéspedes se lanzó a nuestro encuentro pal-moteando y lanzando alegres gritos; y cuando llegamos al centro de la habitación danzó a nuestro alrededor; de tal modo le causó alegría nuestra llegada.

—Qué, ¿estás contenta, Elena? —preguntó el viejo.

La joven fue hacia él saltando, le abrazó y le dijo:

—Sí que lo estoy, y tú debías estarlo también, abuelo.

—Bueno, bueno; yo también lo estoy en lo que me es posible. Huéspedes, os ruego que toméis asiento.

Todo aquello me pareció muy extraño y supongo que más que a mí les extrañaría a mis amigos. Dick, aprovechando un momento en que la nieta y el abuelo habían salido de la sala, me dijo:

—Un regañón. Todavía quedan algunos. Según dicen, antes eran una verdadera plaga.

Casi no había terminado Dick de hablar cuando entró el viejo, se sentó a nuestra espalda y lanzó un largo suspiro, evidentemente con

deseo de llamar nuestra atención; pero al mismo tiempo entró la joven con lo necesario para la cena, y el gruñón no obtuvo el efecto que deseaba, porque todos teníamos hambre, y yo contemplaba casi estático a aquella joven que iba de un lado a otro de la sala, bella como una imagen.

Cuanto habíamos de comer y de beber, aunque de un género diferente que nuestras comidas de Londres, parecía más que bueno, pero el viejo, haciendo un gesto a la vista del primer plato que estaba sobre la mesa, consistente en un pastel frío de barbos, dijo:

—¡Hum, barbos! Siento mucho no poder ofreceros otra cosa mejor, huéspedes. En otro tiempo habríamos conseguido en Londres un buen trozo de salmón, pero cada día están más escasos y son más miserables.

—Sí, pero hubieras podido tenerlo, porque ya sabes que han llegado salmones —dijo la joven con una sonrisa.

—La culpa es nuestra que no lo hemos traído con nosotros —dijo Dick de muy buen humor—. Además, si los salmones en estos tiempos andan escasos y son míseros, no puede decirse lo mismo de los barbos. Éste, amigo, bien pesaría dos libras cuando, allá abajo, en el agua, mostraba su lomo oscuro y vientre blanco a los pequeños gobios. Y, volviendo al salmón, este amigo nuestro, que viene del extranjero, se maravillaba ayer por la mañana de que en Hammersmith hubiese salmones en abundancia. Estoy seguro de que no habéis oído hablar de los peores tiempos.

El viejo parecía un tanto contrariado, y volviéndose a mí me dijo:

—Bien, señor, me agrada ver un hombre de ultramar y acudo a vuestra franqueza para saber si, después de todo, no se está mejor en vuestro país donde, por lo que me dice este ciudadano, calculo que aún perdura el sistema de competencia, que hace al hombre

más vigilante y más activo. Yo he leído muchos libros del pasado, y encuentro en ellos una vida que no hay en los que ahora se escriben. Pues bien, aquellos libros se hacían bajo el impulso de una competencia legítima e ilimitada, de la que darían fe esos mismos libros aunque de ella no existieran recuerdos históricos. Hay en ellos un espíritu emprendedor, una selección del bien sobre el mal, que faltan en nuestra moderna literatura, y no puedo por menos que creer que nuestros historiadores y nuestros moralistas exageran horriblemente cuando pintan la infelicidad de aquellos tiempos en que la imaginación y el ingenio humano producían obras tan admirables.

Clara escuchaba con rostro compasivo y excitado; Dick arrugaba el entrecejo y dejaba ver su creciente descontento, aunque callaba. El viejo, a medida que se acaloraba con el asunto, iba abandonando el tono sarcástico hasta tomar un aspecto serio en la cara y en las palabras. La joven, antes de que yo pudiera formular la respuesta que estaba preparando, exclamó súbitamente:

—¡Libros, siempre libros, abuelo! ¿Cuándo comprenderás que, después de todo, lo que más nos importa es el mundo del que formamos parte y al que nunca amaremos bastante? ¡Mirad! —dijo, abalanzándose a la ventana y mostrándonos la blanca luz de la luna, brillando entre las sombras del jardín agitado por suave brisa—. ¡Mirad! Éstos son hoy nuestros libros; y éstos —añadió, acercándose a los dos amantes y poniéndoles las manos en los hombros— y este huésped, con sus conocimientos y experiencia de ultramar, y tú, abuelo —aquí una sonrisa iluminó su rostro—; tú, con todas tus recriminaciones, con tus ardientes deseos de volver a los buenos tiempos antiguos, a aquel tiempo en que, por lo que tengo entendido, un viejo como tú, inofensivo e inválido, se hubiera muerto de hambre de no tener medios de pagar soldados y otras gentes para sacar al pueblo a viva fuerza vituallas, casas y ropas. Sí, éstos son nuestros libros, y si necesitamos otros ahí están las magníficas construcciones, tan magníficas como jamás las hubo,

donde el hombre puede mostrar lo que lleva dentro, expresando con sus manos lo que encierran su mente y su alma.

Elena se detuvo un momento, y contemplándola pensé que si ella era un libro, las pinturas que contenía eran verdaderamente adorables. La sangre afluyó a sus tostadas mejillas, sus ojos azules brillaban en su faz trigueña y, amorosa, se volvía hacia nosotros mientras hablaba. Después continuó:

—En cuanto a vuestros libros, eran buenos para aquellos tiempos en que las personas inteligentes tenían poca materia de placeres y sentían por ello la necesidad de añadir a las sórdidas miserias de su propia vida la miseria de otras vidas por ellos imaginadas. Además, debo declarar que a pesar de tanta habilidad narrativa hay en esas obras algo que disgusta. Algunos autores fingen, es cierto, de vez en cuando, compasión por aquellos a quienes los historiadores llamaban pobres, hablando de su misérrima vida que nosotros imponemos, mas presto cambian de asunto y veis que el héroe y la heroína se van a vivir felizmente a la isla de la Tranquilidad, rodeados de los tormentos de los otros, y todo ello después de una serie de dolores ficticios, o casi siempre ficticios, que ellos mismos se ocasionan e ilustrado con un lúgubre e insulso análisis de sus sentimientos y aspiraciones..., mientras que el mundo sigue su órbita y los hombres continúan gastando zapatos, sembrando, cocinando pan, construyendo y haciendo muebles alrededor de tan inútiles... animales.

—¡Diablo! —exclamó el viejo—. ¡Cuánta elocuencia! Os agrada, ¿eh?

—Cierto —repliqué enfáticamente.

—Y ahora que la furia de la elocuencia se ha tranquilizado, ¿queréis responder a mi pregunta? Naturalmente, si os place —añadió, en un repentino acceso de cortesía.

—¿Qué pregunta? —dije, porque la extraña y casi salvaje belleza de Elena la había borrado de mi mente

—Ante todo —y perdonadme mi interrogatorio—, en el orden de la vida del país de que venís, ¿existe la competencia según la antigua forma?

—Sí, ésa es la regla —mientras decía esto calculaba en qué serie de complicaciones me metía esta respuesta.

—Segunda pregunta —dijo el viejo—. ¿No sois, después de todo, más libres, más enérgicos..., en suma, más sanos y más felices con ese sistema?

Sonreí y le dije:

—No hablaríais así si tuvieseis idea de nuestra vida. A mí me parece que vivís en el paraíso en comparación con el país de que vengo.

—¿Un paraíso? ¿Os agrada el paraíso, eh?

—Claro —respondí, un tanto irritado, porque empezaba a pegárseme el tono del viejo.

—Pues bien, yo estoy muy lejos de afirmar que me agrade a mí. Creo que se puede hacer algo mejor en esta vida que estarse en las nubes entonando himnos.

Ante esta absurda afirmación me sentí airado y repliqué:

—Bueno, ciudadano; en pocas palabras y sin entrar en metáforas, os digo que en el país de donde yo vengo existe la competencia que produce esas obras literarias que tanto admiráis, y que allí la mayor parte de los hombres son desgraciados, mientras que entre vosotros,

a lo que creo, la mayor parte son felices.

—No os ofendáis, Huésped, no os ofendáis; dejad que os pregunte; ¿os agrada esto, eh?

Esta expresión, tan obstinadamente repetida, hizo reír a todos de muy buena gana, y aun el viejo, con mucho tacto, se asoció a la general hilaridad. Todavía no se dio por vencido y se apresuró a decir:

—De lo que he aprendido deduzco que allí una joven bella como mi Elena sería una señora (como se decía en los tiempos pasados), y no tendría que cubrirse con unos cuantos trajes de seda como hoy hace, ni dejarse tostar por el sol. ¿Qué tenéis que contestar? ¿Eh?

Aquí Clara, que hasta entonces había permanecido en silencio, prorrumpió con ímpetu:

—No creo que su condición mejoraría por esto, en el caso de que pudiera mejorarse. ¿No os parece que está deliciosamente vestida para los hermosos días de este tiempo? En cuanto al sol que dora vuestros campos de heno, yo espero tomar una buena ración de él cuando estemos más arriba. Mirad, ¿no creéis que mi piel blanca y delicada necesita un poco de sol?

Diciendo esto se levantó la manga del vestido y enseñó a Elena su brazo desnudo.

A decir verdad, me agradaba observar el continente de Clara, que parecía una bella señora educada en la ciudad, que estaba muy bien formada y que tenía la piel blanca como la más candida paloma que pudiera encontrarse. Dick acarició tímidamente aquel hermoso brazo y tiró de la manga para cubrirlo, mientras Clara enrojecía a su contacto y el viejo decía sonriendo:

—¿Eso os agrada, eh?

Elena besó a su nueva amiga, y por algunos momentos callamos todos, hasta que la joven comenzó a cantar una dulcísima melodía, encantándonos la limpieza de su voz y con nosotros al viejo regañón. Los demás jóvenes cantaron, y por fin Elena nos condujo a nuestros lechos en las pequeñas habitaciones de aquella cabaña olorosa y risueña, verdadero ideal para los antiguos poetas pastoriles. Los goces de esta velada acallaron mis ansiedades de la noche anterior acerca de la posibilidad de despertarme en el viejo y miserable mundo de los placeres malsanos y de esperanzas que no son sino temores.

UNA MADRUGADA EN RUNNYMEDE

Aunque ningún fuerte rumor me despertara al día siguiente, no pude estar mucho tiempo en mi cama, en aquel mundo que me parecía tan vivo y feliz aun para aquel mismo viejo gruñón. Me levanté y vi que, a pesar de ser tan temprano, alguien había madrugado más que yo, porque todo estaba en orden en la salita y la mesa aparecía preparada para el desayuno. Sin embargo, nadie estaba en pie en la casa; salí de ella, después de haber dado dos o tres paseos por el exuberante jardín, y anduve errante por la pradera hasta la orilla del río por donde se encontraba nuestro barco, que tenía para mí un aspecto amistoso y familiar. Paseé un poco río arriba, observando la niebla ligera y ondulante que bien pronto había de disipar el sol; vi las brechas hendir el agua bajo los matorrales cazando las miríadas de mosquitos que les servían de alimento, vi a los gobios chapotear en el agua buscando algún insecto, y sentí como si retornase a mi infancia. Volví de nuevo al barco, estuve allí un par de minutos y después, lentamente, remonté la pradera en dirección a la casa, notando entonces que había cuatro casas casi iguales en la pendiente del río. En la pradera en que me encontraba, la hierba no era muy alta; pero a la izquierda, en la pendiente y más allá de un seto, se segaba con gran premura, de la misma sencilla manera que cuando yo era niño. Mis pasos se dirigieron hacia allí instintivamente porque necesitaba ver qué aspecto tenían los segadores de heno en aquellos nuevos y mejores tiempos, y además porque esperaba hallar a Elena. Me acerqué al seto y miré al campo; me encontraba cerca de una larga hilera de segadores que alargaban sus guadañas para que se secaran mejor del rocío de la noche. La mayoría eran mujeres vestidas como Elena la noche pasada, pero no todas con vestidos de seda, porque algunas los tenían de lana ligera con recamados de vivos colores, y los

hombres llevaban vestidos de franela blanca con bordados de color rosa. Aquel conjunto de tintas daba al campo el aspecto de una cesta de flores. Todos trabajaban sin fatigarse, aunque con gran cuidado y constancia, lo que no impedía que por su charla se asemejasen a una bandada de estorninos en otoño. Una media docena de ellos, entre hombres y mujeres, vinieron a saludarme, estrechándome la mano, preguntándome de dónde venía y a dónde iba, deseándome buena suerte, volviéndose después a su trabajo. Muy a mi pesar, Elena no se encontraba entre ellos; mas bien pronto vi una figura blanca que salía del campo de heno y se dirigía hacia nuestra casa: era Elena con un cesto en la mano. Pero antes de que llegase a la cancela del jardín salieron Clara y Dick, deteniéndose unos minutos; y dejando a Elena en el jardín, vinieron a reunirse conmigo, marchando los tres hacia el barco charlando alegremente. Allí estuvimos mientras Dick arreglaba los pocos objetos que quedaron en el barco, porque habíamos llevado con nosotros los que podían estropearse con el rocío de la noche. Volvimos a casa, y cuando estuvimos cerca del jardín, Dick nos detuvo y, poniéndome una mano sobre el hombro, me dijo:

—Mirad un momento.

Miré, y más allá de los setos vi a Elena que con una mano en la frente para resguardar los ojos del sol miraba el campo de heno. Su leonada cabellera ondeaba al leve viento, sus ojos brillaban como piedras preciosas en su cara bronceada, que parecía conservar todo el ardor del sol.

—Mirad, Huésped —dijo Dick—. ¿No os parece ésta una escena de las historias de Grimm de las que hablamos en Bloomsbury? He aquí a dos enamorados que recorren el mundo y que han llegado a un jardín encantado, y he ahí al hada, y yo pregunto: ¿Qué hará con nosotros el hada?

Clara, seriamente, pero sin dudar, dijo:

—¿Y es ésa una hada buena, Dick?

—¡Oh, sí! El papel dice que haría muy buenas cosas si no fuese por el gnomo o genio de la florista, nuestro amigo el gruñón de la noche pasada.

Al oír esta salida reímos los tres, y yo dije:

—Habéis olvidado darme un papel en el cuento.

—Es verdad —dijo—. Haréis bien en cubriros con la caperuza de la invisibilidad para verlo todo sin ser visto.

Aquellas palabras hirieron mi flaco, esto es, despertaron mis dudas acerca de mi posición en aquel nuevo y bello país; mas, por no complicar la cosa, callé, entrando todos en el jardín y después en la casa.

Noté que Clara se había percatado del contraste entre ella, que parecía una dama llegada de la ciudad, y aquella criatura, símbolo de la campiña estival que tanto admirábamos, porque se presentó aquella mañana con una ropa sencilla y ligera, igual que la de Elena, y con los pies desnudos, cubiertos no más que con pequeñas sandalias.

El viejo nos acogió gentilmente cuando entramos en la sala, y nos dijo:

—Bien, huéspedes, habéis andado explorando la desnudez de la campiña. Creo que vuestras ilusiones de la noche pasada se habrán disipado a la luz del día. Y ahora decidme: ¿Os agrada este sitio, eh?

—Muchísimo —respondí con firmeza—. Es uno de los más bellos sitios del bajo Támesis.

—¡Oh! ¿Conocéis el Támesis? ¿No es verdad?

Enrojecí porque vi que Dick y Clara me miraban y no sabía qué decir. Además, recordaba que en mi primer encuentro con los amigos de Hammersmith les había dicho que conocía el bosque de Epping, y pensé que para evitar complicaciones lo mejor era contestar lacónicamente y en términos generales y aun inventar una mentira, y respondí:

—Ya he estado antes en este país y en el Támesis.

—¡Oh! —dijo el viejo con gran premura—. ¡Habéis estado ya en este país! Y —prescindiendo de toda teoría, ¿eh?— ¿no lo encontráis ahora empeorado?

—Nada de eso; lo encuentro muy mejorado.

—¡Ah! Sospecho que os dejáis llevar por alguna teoría. De cualquier modo, el tiempo en que habéis estado aquí no puede ser muy remoto, y si no puede ser muy remoto, no será grande el empeoramiento, teniendo en cuenta que las costumbres eran naturalmente las mismas por entonces. Yo aludía a tiempos más remotos.

—En suma —dijo Clara—, tenéis vuestra teoría acerca del cambio.

—Hablemos de hechos —respondió—. Mirad aquí. Desde este sitio no se ven más que cuatro casas; pues bien, yo sé que en los tiempos antiguos se veían hasta seis, grandes y hermosas; más allá, en la ribera del Támesis, un jardín seguía a otro hasta Windsor, y en cada uno había una gran casa. ¡Oh! ¡En aquellos tiempos Inglaterra era un país importante de veras!

Yo, que empezaba a incomodarme, le dije:

—Lo que sucede es que habéis limpiado el país de parásitos y mandado al diablo a los malvados y a los cortesanos; lo que sucede es que ahora cada cual puede disfrutar tranquilo y feliz bienes que estaban reservados solamente a unos cuantos malditos ladrones, que eran otros tantos focos de corrupción y de vulgaridad donde quiera que se encontraran. Ésos turbaban moralmente con su presencia la belleza del Támesis, y también la turbaban materialmente.

El silencio siguió a este estallido, que no pude evitar, dada la condición de mi vida y lo que había sufrido en aquellos mismos lugares en los antiguos tiempos por causa del predominio parasitario y de sus consecuencias. Al cabo, el viejo replicó con toda tranquilidad:

—Querido Huésped: a decir verdad, no sé qué queréis dar a entender por parásitos, cortesanos, ladrones y malvados, ni comprendo cómo no se podía vivir bien y feliz en un país rico. Veo claramente que estáis colérico, y sospecho que contra mí, así que, si os place, cambiaremos de asunto.

Este acto me pareció bueno en él, dada su obstinación en sostener su teoría, y me apresuré a decir que no estaba colérico, sino un poco excitado. Se inclinó cortésmente y creí disipada la tempestad cuando Elena dijo:

—Abuelo, el huésped calla por cortesía, pero debe decirse lo que tiene en la mente, y como yo lo sé bien, lo diré por él, pues, como sabes, he aprendido estas cosas de quien...

—Sí, lo sé —dijo el viejo—. Las has aprendido del sabio de Bloomsbury.

—¡Oh! —exclamó Dick—. ¿Conocéis a mi bisabuelo Hammond?

—Sí, y a otros sabios, como dice mi abuelo, que me han enseñado cosas de las que saco esta conclusión. Hoy vivimos en esta casita porque no queremos más que trabajar en los campos, y si quisiéramos habitar en una gran casa con una compañía placentera, nadie nos lo impediría.

—¡No faltaría más! —murmuró el viejo—. Ir a vivir entre gentes vanidosas que os miren de arriba abajo.

Elena sonrió dulcemente, y continuó como si no hubiese hablado el viejo:

—En los tiempos pasados, aunque aquellas grandes casas de que habla mi abuelo abundaban, nos habríamos visto obligados a vivir en una choza que, en lugar de contener cuanto nos hace falta, estaría vacía y desnuda. No hubiéramos tenido nunca bastante para comer, y nuestros vestidos hubieran sido feos, sucios y rotos. Hoy, abuelo, desde hace años, no realizas trabajos ni fatigas y pasas el tiempo vagando por estos contornos y leyendo libros, sin el menor cuidado, y si yo trabajo duramente es porque me agrada y porque así vigorizo mis músculos y me hago más bella, más sana y más alegre. En los tiempos pasados, tú, abuelo, después de muchos años de trabajo horrible, tendrías que ser encerrado en una especie de prisión con otros viejos como tú, mal alimentado y sin distracción alguna. Yo tengo veinte años; pues bien, en la época pasada ya comenzaría a declinar, y en poco tiempo estaría extenuada, flaca, huraña, llena de tormentos y de miserias, y nadie adivinaría que yo había sido una hermosa joven.

—¿Es esto lo que tenías en la mente. Huésped? —añadió con lágrimas en los ojos de sólo recordar las miserias que sufrieron sus semejantes.

—¡Ah! —exclamé muy conmovido—. Eso y más... Con frecuencia he visto en mi país esa lamentable transformación de una joven y

fresca campesina en mujer pobre y escuálida.

El viejo calló por un momento, pero atrincherado en su frase favorita, preguntó:

—Bien, ¿esto os agrada, eh?

—Sí —respondió Elena—, yo amo la vida, pero no la muerte.

—¿Sí? Corriente —dijo—. En cuanto a mí, me place leer un buen libro antiguo, un libro espiritual como, por ejemplo, La Feria de las vanidades, de Thackeray. ¿Por qué no escribís vosotros libros parecidos? Ve a preguntárselo al sabio de Bloomsbury.

Viendo que las mejillas de Dick habían enrojecido ante esta respuesta y que a la disputa había seguido un embarazoso silencio, creí que debía hacerse algo y dije:

—Amigos, yo no soy más que un huésped, pero como sé que queréis enseñarme el río en su mejor aspecto, me parece que haríamos bien en partir, tanto más cuanto que la jornada se anuncia calurosa.

TÁMESIS ARRIBA., SEGUNDA JORNADA

Mi propuesta fue aceptada por todos enseguida.

La hora de partir era oportuna porque el día iba a ser cálido. Así, nos levantamos y marchamos a la desbandada en dirección al barco; Elena, pensativa y distraída, el viejo muy cortés y afable, cual si quisiera reparar la dureza de sus maneras precedentes. Clara iba contenta y desenvuelta, y me pareció que se alegraba de nuestra partida porque miraba con una especie de temor y de aspereza la extraña belleza de Elena. Entramos en la lancha, y Dick, colocándose en su puesto, exclamó: —¡Qué espléndido día!

Y después que el viejo hubo repetido de nuevo su eterno estribillo: «¿Os agrada, eh?», empujó el barco hacia la corriente, separándole de las hierbas, y partimos.

Cuando estuvimos en medio del río me volví para saludar con la mano a nuestros anfitriones, y vi a Elena apoyada en los hombros del viejo acariciándole las mejillas frescas y rubicundas como una manzana, sintiéndome invadido por la angustia al pensar que no vería más a aquella joven. Después insistí y porfié hasta lograr que Dick me cediese los remos y remé durante buena parte de aquel día, lo que, sin duda, fue causa de nuestro retraso para llegar al sitio que Dick quería. Clara tenía aquel día una especial ternura con Dick, por lo que pude ver de reojo al remar. En cuanto a mi amigo, estuvo alegre y franco como siempre, lo que me causó placer, porque un hombre de su carácter no hubiera podido acoger aquellas caricias sin embarazo si se hubiera enamorado del hada de la noche pasada.

Pero se me ocurrió decir algo respecto a los lindos rincones del río

que encontrábamos, y noté desde luego la total falta de las villas, cuya ausencia lamentaba el viejo. Vi con placer que mis enemigos los antiguos puentes de hierro habían sido reemplazados con otros muy hermosos de madera y de piedra. Hasta la selva a través de la cual pasábamos había dejado de estar sometida a todo artificio, mostrándose bella y salvaje, lo que no impedía que los árboles estuvieran muy bien cuidados. Pensé que sería mejor fingir ignorancia para lograr precisas noticias de Eton y de Windsor, y Dick, voluntariamente, puso a mi disposición sus conocimientos cuando llegamos a la esclusa de Datchet, en la presa de Eton.

—Allí —me dijo— hay un bello edificio construido para ser un gran colegio por un rey de la Edad Media, creo que por Eduardo VI (ante este disparate, muy explicable, reí por dentro). Su intención fue proporcionar a los niños pobres los conocimientos de aquella época, pero no hay que decir que en la época que tan bien conocéis se quebrantó este propósito. Mi bisabuelo dice que aquí los niños eran tratados de una manera muy sencilla, y que en vez de enseñar algo a los hijos de los pobres se acogía a los hijos de los ricos para que no aprendiesen nada. Por lo que se dice, parece que este sitio servía a parte de la aristocracia (acaso conozcáis el significado de esta palabra, que a mí también me han explicado) para desembarazarse de sus hijos varones durante buena parte del año. Os aseguro que mi bisabuelo os daría excelentes noticias de todo esto.

—¿Y ahora a qué se dedica ese edificio?

—Eso que os digo ocurrió en las últimas generaciones de aristócratas que, por lo que parece, tenían cierta aversión por los bellos edificios y en general por todo recuerdo histórico; pero el edificio es espléndido. Naturalmente, nosotros no podemos utilizarlo según la idea de su fundador, porque nuestros principios acerca de la enseñanza de los niños son, como sabéis, diferentes de los de aquel tiempo, por lo cual lo hemos hecho una habitación para cuantos desean instruirse, y vienen muchos de estos contornos. Contiene

una biblioteca provista de los mejores libros. Creo que si el fundador volviera a la vida no quedaría descontento del empleo que hemos dado a su obra.

—Pero —objetó Clara, sonriendo— me parece que notaría la falta de niños.

—No siempre, querida —respondió Dick—. Con frecuencia se encuentran aquí muchos niños que vienen a instruirse y también a aprender a nadar y a remar —añadió, sonriendo—. Me habría gustado que nos hubiésemos detenido aquí un poco; pero mejor será que lo hagamos a la vuelta.

Diciendo estas palabras las compuertas de la esclusa se abrieron y pasamos al otro lado. Nada me dijo de Windsor en tanto estuve encorvado sobre los remos —entonces era yo quien remaba— en aquel trozo del río que se llama Clewer, pero cuando alcé la vista pregunté:

—¿Qué son aquellos edificios?

—He esperado a que me lo preguntaseis. Aquello es el castillo de Windsor. También esto queda reservado para la vuelta. ¿No os parece bello visto desde aquí? Una gran parte del castillo fue construida o restaurada en el período de la decadencia, y no hemos querido demolerla, dejándola como estaba, al igual que hemos hecho con el Mercado de Ahorro. Seguramente sabréis que éste era el palacio de nuestros antiguos reyes medievales y que fue más tarde habitado por los reyes comerciales o parlamentarios, como suele llamarlos mi abuelo.

—Lo sé. ¿Y ahora para qué sirve?

—Habita en él mucha gente, porque, a pesar de sus antecedentes, es un lugar muy plácido. Además hay una bien ordenada colección

de antigüedades de varios géneros que parecen dignas de ser conservadas; un museo, como se hubiera dicho en la época que tan bien comprendéis.

A estas últimas palabras respondí con una fuerte remadura, cual si quisiera huir de aquellos tiempos que tan bien comprendía, y presto avanzamos a través de aquella sinuosidad del río, tan turbada en tiempos por las presas de Maidenbead y ahora tan amena y agradable como las de la parte alta.

La mañana avanzaba; una de esas encantadoras mañanas de estío que si fueran más frecuentes en nuestras islas harían sin duda de nuestro clima el mejor de todos los climas. Un ligero vientecillo venía del Este, y las nubes, que se habían presentado cuando tomábamos nuestro desayuno parecía que estuviesen siempre en lo alto del cielo. Aunque el sol era ardiente, había en la atmósfera una sensación de frescura que nos hacía desear casi con impaciencia el reposo del mediodía a la sombra de los árboles rodeados de exuberante vegetación. Aquella mañana no podía sentirse inquietud alguna, sino felicidad, y es necesario decir que si había dolores ocultos en las cosas no nos pareció encontrar ninguno. Pasamos por muchos campos de heno, pero Dick, y especialmente Clara, estaban tan preocupados con las fiestas de allá arriba que aún no se permitían hablar de ellos. Pude sólo notar que en los campos, así los hombres como las mujeres, tenían siempre un aspecto sano y alegre, y estaban bien lejos de parecer sórdidos en el vestir; aunque siempre se presentaban vestidos con trajes ligeros, éstos eran vivos y bien adornados.

En estos dos días, como puede suponerse, habíamos encontrado, y habíamos dejado detrás o nos habían adelantado no pocos barcos de varias especies, la mayor parte de ellos movidos a fuerza de remos, como el nuestro, o con el sistema de velas para la navegación fluvial; pero de vez en cuando encontrábamos barcas cargadas de heno o de otros productos del campo, y también tablones, de cal, de ladrillo y

de cosas semejantes, que navegaban sin ningún medio de propulsión visible; delante del timón, un hombre reía y charlaba con sus amigos. Dick, observando una vez que yo miraba con gran atención una de aquellas barcas, me dijo:

—Ésa es una de nuestras barcas automáticas; los vehículos automáticos son tan fáciles de manejar por tierra como por mar.

Comprendí perfectamente que aquellos vehículos automáticos habían sustituido a nuestras máquinas de vapor, pero me guardé muy bien de preguntar, porque preveía claramente que no lograría comprender cómo estaban contruidos, y además hubiera tenido que pedir inoportunos esclarecimientos o haberme metido en complicaciones imposibles de explicar, así que no hice más que decir:

—Ya. Entendido, entendido.

Desembarcamos en Bisham, donde aún existían los restos de la Abadía y de la casa de Isabel a ellos anexa, no muy averiados por el tiempo, porque estaban bastante cuidados y eran apreciados como una grata morada. La gente del lugar estaba casi toda en el campo y no encontramos más que dos ancianos y un hombre más joven retenido en casa por un trabajo literario que nosotros hubimos de interrumpir. Por otra parte, no creo que a aquel asiduo trabajador le doliese mucho la interrupción. De todos modos insistió para que estuviésemos allí mas tiempo, tanto, que no nos fue posible ponernos en camino hasta la primera hora fresca de la tarde.

Pero poco importaba. La noche era luminosa porque sólo faltaba un cuarto para el plenilunio, y porque a Dick tanto le daba remar como permanecer en reposo. Navegamos un buen rato. El sol poniente irradiaba en los viejos edificios de Medmenham, cerca de los cuales se elevaba una construcción irregular que Dick me señaló como una alegre habitación. Se veían muchas casas esparcidas por el

campo y en la falda de la colina, porque, por lo que parece, atraída la gente por la belleza de Hurley, se había construido mucho. El sol, próximo a desaparecer, me mostró a Henley, bastante distinto en su aspecto externo de como yo lo recordaba. Después empezó a faltarnos la luz del día cuando atravesábamos los bellos tramos de Wargrave y Shiplake, y bien pronto apareció la luna. Hubiera deseado ver por mí mismo cómo el nuevo orden de cosas se había desembarazado del pantano rumoroso con que el mercantilismo había infestado las orillas del río cerca de Reading y Caversham; cierto que el olor delicioso que a nosotros llegaba en aquella primera hora de la noche decía que era imposible que subsistieran aquellos inagotables centros de suciedad que antaño se llamaban manufacturas. Cuando pregunté qué clase de sitio era Reading, Dick respondió:

—¡Oh! En su género es una graciosa ciudad, en gran parte reedificada en el último siglo. En ella hay bastantes casas, como podéis ver con este postrer rayo de luz, en la falda de aquellas colinas. Además es uno de los sitios más populares de esta zona del Támesis. ¡Animo, Huésped! Nuestro viaje de esta noche va a terminar. Os pido perdón por no habernos parado en una de esas casas antes; es que un amigo mío que habita una bellísima casa en el campo de Mapledurham me ha encargado mucho que Clara y yo fuésemos a visitarle en nuestro viaje por el río, y he creído que no os enojaría este pequeño viaje nocturno.

Era inútil que tratara de animarme, porque yo no podía estar más contento. Verdad que la extrañeza y la excitación que en mí produjeran la vida plácida y feliz que me circundaba iban desapareciendo, tomando su puesto en mi ánimo una satisfacción infinita y tranquila que en nada se asemejaba a un lánguido abandono, y casi diré que me sentía renacido.

Tomamos tierra precisamente en el sitio donde yo recordaba que el río hacía curva, al Norte, hacia la antigua casa de Blunts. A mano

derecha se extendían los campos y a la izquierda una larga hilera de bellos y vetustos árboles, que llegaban hasta el agua. Mientras salíamos del barco dije a Dick:

—¿Vamos a la antigua casa, no es verdad?

—No, no vamos ahí; pero subsiste, prospera en su vetustez y está habitada. ¡Eh!, veo que conocéis el

Támesis. Mi amigo Gualterio Alien, que me invitó a venir aquí, habita en una casa no muy grande construida hace poco. Estos campos son muy buscados especialmente en verano; hay muchas tiendas de campaña al aire libre, y los habitantes de este sitio han tenido que construir tres casas entre él y Caversham, y otra grandísima un poco más allá, en Basildon. ¡Mirad, allá arriba se ven las luces de la casa de Gualterio Alien!

Caminábamos por la hierba de los prados, envueltos en un torrente de luz lunar, y pronto llegamos a la casa indicada, la cual era baja y construida de modo que estuviera iluminada por todo el resplandor del sol. Gualterio Alien, el amigo de Dick, nos esperaba apoyado en el dintel de la puerta, y cuando llegamos nos introdujo sin muchas palabras. Dentro encontramos pocas personas porque estaban casi todas por aquellos contornos, en la recolección del heno, y algunas, según nos dijo Gualterio, paseaban a la luz de la luna.

El amigo de Dick me pareció un hombre de cuarenta años, alto, de cabellos negros, con semblante bueno y pensativo; no sin sorpresa observé en su rostro una sombra de melancolía, y parecía absorto y distraído, a pesar de que se esforzaba por escuchar nuestra charla.

Dick le miraba con insistencia y turbación, y al fin le dijo:

—Creo, viejo camarada, que después de haberme escrito ha

ocurrido alguna novedad; ¿por qué no me la decís en seguida? De otro modo creemos que hemos llegado aquí en mal momento o cuando no se deseaba nuestra presencia.

Gualterio enrojeció y pareció que contenía las lágrimas con mucho trabajo; pero al cabo respondió:

—Sin duda que por aquí a todos nos agrada veros, Dick, y también a vuestros amigos, pero asimismo es verdad que estamos en un mal momento, a pesar del hermoso tiempo y de la espléndida cosecha de heno. Aquí tenemos un muerto.

—Bien, resignaos, ciudadano; ésas son cosas inevitables.

—Sí —dijo Gualterio—, pero ésta ha sido una muerte por la violenta, y es posible que traiga otra por lo menos. Es un hecho que nos produce recíproca vergüenza y, a decir verdad, ésa es la razón de que seamos tan pocos esta noche.

—Contadnos el hecho, Gualterio; quizá eso contribuya a disipar vuestra tristeza.

—Lo haré de modo que el relato sea lo más breve posible, aunque podría darle un amplio desarrollo como en las antiguas novelas de género semejante. Había una joven de belleza fascinadora a la que todos queríamos bien y alguno experimentaba por ella algo que era más que una amorosa benevolencia, y ella a su vez, como era natural, quería a un hombre más que a todos los demás. Otro de nosotros —no lo nombraré— fue preso por una amorosa locura, y se hizo tan molesto para todos, no por propósito deliberado, sino por su estado de ánimo, que hasta la joven, que aunque no le amaba, tenía por él un afecto particular, comenzó a disgustarse. Naturalmente, yo y otros que estábamos en estrechas relaciones con él le aconsejamos que se marchara, porque su condición era peor cada día. Nuestro consejo no fue aceptado, de manera que nos

vimos obligados a decirle que debía partir o que, de otro modo, sería necesario vigilarle, porque su tormento personal le perturbaba de tal modo que hubiéramos concluido por marcharnos nosotros si él no lo hacía.

Aceptó la solución mejor de lo que creíamos, cuando, no sé cómo (quizá alguna entrevista con la joven y algunas palabras vivas con el amante feliz) perdió todo freno, se apoderó de un hacha y cargó sobre su rival en ocasión de que no había nadie para evitarlo. En la lucha que siguió, el atacado le asestó un golpe desgraciado y le mató. Ahora, el homicida está de tal modo trastornado que es capaz de matarse, y si lo hace temo que la joven le imite. Ante tanta desgracia nos sentimos impotentes, como estábamos el año pasado ante el terremoto.

—Todo eso es muy doloroso —dijo Dick—; mas ya que no es posible devolver la vida al muerto y el homicida no mató con propósito deliberado, no comprendo por qué no se ha de consolar dejando pasar el tiempo. Además, el muerto fue el provocador y no el provocado, ¿por qué un hombre ha de estar obsesionado toda su vida por un puro accidente? ¿Y la joven?

—Parece que el hecho le ha producido más terror que angustia. Lo que decís acerca del hombre es verdad, pero sabed que la excitación y los celos que fueron el preludio de esta tragedia le han dispuesto tan mal y le han hecho tan irritable que no puede refrenarse. Nosotros le hemos aconsejado que partiera, que pasara el mar, pero en el estado en que se encuentra no está en condiciones de ir solo y es preciso que alguno le conduzca. Ese encargo habré de realizarlo yo y no tiene nada de alegre.

—¡Oh! Acabaráis por tomarle con interés, y él, tarde o temprano, verá las cosas desde su justo punto de vista.

—Del modo que sea —añadió Gualterio—, ahora que he aliviado

mi espíritu entristeciendo el vuestro, abandonemos este asunto por el momento. ¿Conducís a vuestro huésped a Oxford?

—Sí, naturalmente —respondió Dick, sonriendo—, por él habremos de pasar para llegar a lo alto del río, pero creo que no pararemos allí porque, de hacerlo, llegaríamos con retraso a la siega, de manera que Oxford y la erudita conferencia que yo daré con tal motivo, harina toda del saco de mi bisabuelo, habrá de esperar a que regresemos dentro de quince días.

Yo escuchaba aquella historia con gran sorpresa y al principio no pude menos de maravillarme de que el homicida no estuviese custodiado hasta que probase que había matado en legítima defensa. Cuanto más pensaba más evidente me parecía que el examen de testimonios no hubiera dado otro resultado que certificar la ira de los contendientes sin esclarecer el caso. Pensé que el remordimiento de aquel homicida era una prueba de cuanto Hammond me había dicho acerca del modo que tenía aquel extraño pueblo de considerar unos hechos que yo había oído siempre llamar delitos. Es verdad que el remordimiento era exagerado; pero, de cualquier modo, se veía que el homicida era responsable del acto que había cometido y pagaba las consecuencias, sin esperar a que viniese a hacérselas pagar la sociedad con un castigo. Ya no tuve ningún temor de que la inviolabilidad de la vida humana pudiese ser desconocida entre mis amigos por falta de prisiones y de patíbulos.

EL TERCER DÍA EN EL TÁMESIS

Cuando descendimos al barco la siguiente mañana, Gualterio no podía abandonar el tema de la noche anterior y confiaba en que, aun no pudiendo conducir al desgraciado homicida más allá del mar, habría modo de enviarle a vivir solo en otra región vecina y él mismo lo propondría.

Dick, y lo digo porque propuso un extraño remedio, manifestó así su opinión:

—Amigo Gualterio, ¿no os parece que hacerle vivir solo es obligarle a estar siempre rumiando la tragedia ocurrida? El estar pensando siempre en ella fortalecerá en él la idea de haber cometido un delito y acabará por matarse.

—No lo creo —dijo Clara—, A decir verdad, me parece que por ahora lo mejor es dejarle sumergido en su dolor; cuando despierte verá que no había motivo para descorazonarse tanto y volverá a ser feliz. Respecto del suicidio, no tengáis cuidado, porque si como habéis dicho está verdaderamente enamorado, no sólo se sentirá estrechamente ligado a la vida en tanto no esté satisfecho su amor, sino que dará a todos los acontecimientos de la vida una importancia suprema y casi identificándose

con ellos, y aun creo que por esta razón considera la cosa por el lado más trágico.

Gualterio estuvo un rato pensativo y después dijo:

—Sí, quizá tengáis razón, y nosotros hemos debido tomar el

asunto más a la ligera; pero ¿qué queréis, querido Huésped? —dijo, volviéndose a mí—; son hechos que ocurren tan raras veces que damos mucha importancia a cada caso. Por lo demás, todos estamos dispuestos a evitar a nuestro amigo la pena excesiva que se ocasiona, considerando que lo hace por un respeto acaso exagerado a la vida y al bienestar humano. Pero basta, acabemos con este asunto. Os ruego que me hagáis sitio en vuestro barco, porque es preciso que, como se ha convenido, busque una habitación solitaria para el pobre compañero. He oído decir que hay una a propósito para nuestro caso en los arenales de más allá de Streatley, y si queréis conducirme a aquella orilla, me acercaré a verla.

—¿Y está desocupada esa casa?

—No —respondió Gualterio—, pero el hombre que habita en ella nos la dejará en cuanto le digamos lo que necesitamos. Ved, creemos nosotros que el aire fresco del arrenal y la misma desnudez del paisaje producirán buenos efectos a nuestro amigo.

—Sí —añadió Clara—, y además no estará tan lejos de su amada que no puedan encontrarse, si así lo quieren, que sí lo querrán.

Así hablando entramos en el barco y pronto bogábamos por el hermoso río, dirigiendo Dick la proa a las aguas encrespadas en aquella mañana estival; aún no eran las seis. En poco tiempo alcanzamos la esclusa.

Me maravillé viendo que aun funcionaban esclusas de un sistema tan rústico y sencillo, y dije:

—Me ha extrañado al pasar por las esclusas que vosotros, gentes prósperas y solícitas en buscar trabajo agradable, no hayáis prescindido de estos groseros expedientes, buscando otros menos primitivos.

Dick contestó, riendo:

—Querido amigo, mientras el agua tenga la mala costumbre de correr hacia abajo, sospecho que habremos de acudir a estos recursos para subir, volviendo la espalda al mar. En verdad, no acierto a comprender por qué sois contrario a la esclusa de Mapledurham. ¡Es un sitio tan bonito!

Pensé que esta última afirmación no admitía duda, mirando las ramas de los grandes árboles proyectarse en el agua y el sol fulgurando entre las hojas y oyendo el canto de los mirlos, mezclado con el rumor de la vecina esclusa. Y así, reflexionando que no podía decir por qué habían de desaparecer las esclusas, cosa que estaba bien lejos de mi pensamiento, me callé. Pero Gualterio añadió:

—Huésped, ésta no es época de invenciones. Lo fue la época pasada, pero ahora sólo utilizamos las invenciones que son cómodas y abandonamos las demás. Creo que en otro tiempo (no puedo precisar la fecha) se usaba en las esclusas una máquina bastante complicada y bastante embarazosa, y pienso que estas sencillas esclusas son más prácticas y se las puede componer más fácilmente porque los materiales que las forman están siempre a mano.

—Además —dijo Dick—, esta clase de esclusas es bonita, y yo no puedo dejar de pensar en que vuestras esclusas mecánicas, con cuerda como los relojes, serían muy feas y perturbarían la belleza del río. Todo esto me parece razón suficiente para dejar las esclusas como están. ¡Adiós, vieja compañera! —añadió, volviéndose a la esclusa y empujando la compuerta que había abierto con un gancho—. Vive muchos años y que veas renovada para siempre tu verde vejez.

Proseguimos. El agua tenía para mí el aspecto de los tiempos en que la civilización no había impreso su sello en Pangbourne, que era una aldehuela, esto es, un gracioso grupo de casas. Los bosques de

hayas cubrían aún las colinas hasta más arriba de Basildon, pero los campos de las llanuras vecinas estaban tan poblados como jamás los había visto, porque se atisbaban hasta cinco grandes casas de una arquitectura que no contrastaba con el aspecto general del país. Más allá, en la verde orilla del río, precisamente donde la corriente se vuelve hacia los brazos llamados Goring y Streadey, había como media docena de muchachos que se solazaban en la hierba. Cuando pasábamos nos saludaron con la mano porque pensaron que éramos viajeros, y nosotros nos detuvimos un momento para hablar con ellos. Se habían bañado y estaban ligeramente vestidos y con los pies desnudos. Se dirigían al Berkshire, donde había comenzado la siega, y esperando que viniese a buscarlos la almadía, pasaban alegremente el tiempo en la ribera. Querían a todo trance que fuésemos con ellos a los campos y que comiéramos juntos; pero Dick se mantuvo firme en su resolución de que habíamos de comenzar la recolección del heno allí arriba y de que no debía malograr mi placer con cataduras y hubieron de ceder de mala gana.

En cambio me hicieron infinitas preguntas acerca del país de donde venía y del modo de vivir en él, que me ocasionaron no pocos embarazos, bien que mis respuestas no fuesen para ellos menos embarulladas. Noté en aquellos graciosos muchachos y en los otros que encontré que, a falta de asuntos serios, como, por ejemplo, el de Mapledurham, discurrían con viveza respecto de los menudos particulares de la vida, como el tiempo, la cosecha de heno, la última construcción, la abundancia o la escasez de un pájaro u otro... y hablaban de estas cosas no de un modo fatuo y convencional, sino con verdadero interés. Además observé que las muchachas nada tenían que envidiar a los varones en estos conocimientos y, por ejemplo, hablando de una flor demostraban conocer sus cualidades, como no ignoraban las costumbres de los pájaros, de los peces y de otros seres.

Tanta diferencia de inteligencia me hizo considerar aquella vida del campo como muy distinta de la del pasado, cuando se decía, y

era verdad, que los trabajadores campesinos no sabían nada del campo o eran incapaces de hablar de él, mientras que los agricultores presentes unían a sus conocimientos de las cosas del campo el ardor de señores refinados, escapados hacía poco de las nubes de cal y de ladrillo.

Ahora debo añadir un detalle merecedor de ser notado; no sólo parecía que hubiese gran cantidad de pájaros, sino que también se encontraba con frecuencia a sus enemigos, las aves de rapiña. Un milano volaba sobre nuestras cabezas cuando pasábamos ayer por Meadmenham, las urracas poblaban en multitudes las malezas, y aún me pareció ver un azor. Y ahora, al pasar bajo el hermoso puente que había sustituido al del ferrocarril en Basildon, una bandada de cuervos graznó sobre nuestro barco, desplegando sus alas en dirección a los altos arenales.

De todo esto deduje que en aquella época no existía la caza y creí inútil preguntar a Dick.

LOS DISIDENTES OBSTINADOS

Antes de que nos separásemos de aquellos mozuelos vimos dos robustas jóvenes y una mujer que marchaban a lo largo de la ribera del Berkshire, y Dick, queriendo gastar una broma a las jóvenes, les preguntó si no iba con ellas varón alguno para pasar el río y dónde estaba su barco. La más joven de la compañía respondió: —¡Oh! Aquéllos han cogido la almadía para transportar piedra.

—¿Quiénes son aquéllos, querida joven? —preguntó Dick.

Una de las mayores añadió, sonriendo:

—Mejor sería que fueseis a verlo. Mirad allí —y señaló hacia el Norte—. ¿No veis que están edificando?

—Veo, y me sorprende que se edifique en esta estación. ¿Cómo es que esas personas no van a segar el heno con vosotras?

En este punto las jóvenes soltaron la risa, y antes de que cesaran, el barco de Berkshire se acercó a la orilla y las jóvenes entraron en él, riendo todavía, mientras los recién llegados nos daban los buenos días. No se habían puesto en camino cuando la joven más alta dijo:

—Perdonad nuestra risa, queridos ciudadanos, pero hemos disputado amistosamente con los albañiles de allá arriba y no tenemos tiempo de relataros toda la historia; id allí y preguntádselo vosotros mismos. Se alegrarán de veros, puesto que no interrumpiréis su trabajo.

Rieron todas de nuevo y nos saludaron con la mano, mientras los

barqueros las conducían a la otra orilla, dejándolas en ella.

—Vamos a hacerles una visita —dijo Clara—. Se entiende, Gualterio, que si no tenéis gran prisa por llegar a Streatley.

—¡Oh, no! —respondió Gualterio—. Me agrada esta dilación para gozar más tiempo de vuestra compañía.

Sujetamos bien el barco y emprendimos la subida por la leve pendiente. Por el camino dije a Dick:

—¿Qué significaban aquellas risas? ¿De qué broma se trataba?

—Me lo figuro —respondió—. Algunas personas han emprendido allá arriba un trabajo que les interesa muchísimo, por lo que se niegan a tomar parte en la recolección del heno, y como esta recolección es un trabajo fácil y fuerte, y además una verdadera fiesta, aquellas ciudadanas se solazaron despidiéndoles alegremente.

—Comprendo —respondí—. Es como si en tiempos de Dickens unos cuantos jóvenes hubieran trabajado el día de Navidad, negándose a festejarlo.

—Así es, con la diferencia de que ahora no importa ser más o menos joven en estos casos.

—¿Y qué entendéis por trabajo fácil y fuerte?

—El trabajo que ejercita los músculos, los vigoriza y hace que cojáis la cama con gusto: un trabajo que no fatiga ni consume, y que es siempre grato, no abusando de él. Tened en cuenta, sin embargo, que para segar bien se requiere alguna habilidad. Yo, por ejemplo, soy un buen segador.

Hablando así llegamos a la casa en construcción, que no era muy

grande y estaba situada en el extremo de un pomar rodeado por un vetusto muro de piedra.

—Ya lo veo —dijo Dick—. ¡Hermoso sitio para edificar! Aquí había una escuálida casa del siglo diecinueve. Me agrada que la reedifiquen; y toda de piedra, aunque eso no tiene nada de extraordinario en esta parte de la campiña. ¡A fe mía que hacen un buen trabajo! Sin embargo, yo no la hubiera construido toda de piedra.

Clara y Gualterio hablaban mientras tanto con un hombre alto que llevaba la blusa de albañil y tenía en la mano un martillo y un escoplo. Parecía tener cuarenta años, aunque yo creo que sería más viejo.

Trabajaban en el zaguán y en los pavimentos una media docena de hombres y dos mujeres, cubiertas con blusas como los varones. Entretanto, una bellísima mujer que no tomaba parte en el trabajo, vestida con elegante traje azul turquí, se acercaba lentamente a nosotros llevando en su mano labor de malla. Nos dio la bienvenida y nos dijo sonriendo:

—¿También vosotros habéis venido desde el río para ver a los disidentes obstinados? ¿Dónde vais a segar heno, ciudadanos?

—Derechos a Oxford, a una campiña más retrasada. ¿Y qué parte tenéis entre los disidentes, graciosa ciudadana?

—¡Oh! —respondió, riendo—. Yo soy una afortunada que no tengo que trabajar; le sirvo de modelo, cuando lo necesita, a nuestra escultora, la ciudadana Felipa; venid a verla.

Nos condujo dentro de la casa, donde una mujer de baja estatura trabajaba con un martillo y un buril en el muro próximo. Parecía tan atenta a su ocupación que no se volvió ni aun cuando nos acercamos

a ella; pero una robusta mujer que trabajaba a su lado y tenía un aspecto joven estaba ya en pie mirando con complacencia ora a Dick, ora a Clara. Ninguno de los demás dijeron palabra.

Aquella mujer apoyó su mano en la espalda de la escultora y le dijo:

—Felipa, si devoráis así el trabajo pronto habréis acabado, ¿y qué será entonces de vos?

La escultora se volvió rápidamente y vimos la cara de una mujer de cuarenta y tantos años (al menos eso representaba) que dijo un tanto disgustada, aunque con tono dulce:

—No digas tonterías, Catalina, y no me interrumpas más que lo necesario. —cuando nos vio nos saludó con una sonrisa—. Gracias por vuestra visita, ciudadanos, y espero que no toméis a descortesía que continúe trabajando, porque he estado enferma e imposibilitada para hacer nada en los meses de abril y mayo, y ahora el aire libre, el sol, el trabajo y la salud son para mí deliciosos y no puedo dejar mi tarea; perdonadme, pues.

Volvió al trabajo, que consistía en esculpir un bajo relieve de flores y de figuras, y continuó hablando entre golpe y golpe de martillo:

—Nosotros creíamos que éste era un excelente sitio para construir una casa. Esto estuvo afeado por un edificio indigno, hasta que decidimos construir otro a toda costa; y así...

Aquí se olvidó de hablar por esculpir; pero el que parecía jefe de los albañiles, un hombre de gran estatura, se acercó a nosotros y nos dijo:

—Sí, ciudadanos, y la hacemos de piedra porque queremos esculpir todo alrededor una corona de flores y figuras. Muchas

circunstancias nos han impedido emprender antes esta obra; sobre todo la enfermedad de Felipa, y aunque nuestra corona podría haberse hecho sin ella...

—Y mucho mejor que ésta —murmuró la escultora, sin volverse.

—Pero es innegable que Felipa es nuestra mejor escultora, y no hubiera estado bien comenzar el trabajo en su ausencia, así que —añadió volviéndose a Dick y a mí—, no era cosa de ir a segar el heno. ¿No os parece, ciudadanos? Pero, ya lo veis, vamos tan adelantados y corremos tanto con este espléndido tiempo, que aún llegaremos a tiempo para la recolección del trigo. ¡Figuraos si nos haremos de rogar! Ahora venid, ciudadanos, y al Norte, al Este y a nuestra espalda veréis buenos segadores.

—¡Viva la fanfarronería! —dijo una voz que venía del piso superior—. Nuestro director cree que segar es un trabajo más difícil que colocar una piedra sobre otra.

Aquella ocurrencia causó general hilaridad, en la que tomó parte el aludido. Un pequeño puso una mesita a la sombra de la casa, y a poco volvió con un gran frasco encerrado en mimbres y unos vasos altos. El jefe de los albañiles improvisó unas sillas de piedra y exclamó:

—Vamos, ciudadanos, bebed por la realización de mi fanfarronada, o creeré que no dais fe a lo que digo. ¡Eh, abajo! —gritó a los que estaban encaramados en los andamios—. ¿No queréis beber un trago?

Tres de los trabajadores bajaron en seguida, pero los demás no respondieron, excepto el que interrumpió, que exclamó:

—Perdonadme que no baje, ciudadanos, quiero continuar mi trabajo, porque yo no presumo como el compadre que está con

vosotros; pero enviadme un vaso para que lo beba a la salud de los segadores.

Naturalmente, Felipa no quiso dejar su trabajo predilecto y vino la otra escultora que, según supe después, era hija de Felipa, una joven robusta y alta, con cabellos negros, cara de gitana y maneras graves y extrañas. Todos hicieron círculo alrededor de nosotros y chocaron vasos a nuestra salud. La escultora nada quiso, y cuando su hija fue a avisarla, se limitó a encogerse de hombros.

Estrechamos las manos de todos los disidentes obstinados, bajamos la pendiente y volvimos al barco. Antes de que diéramos unos cuantos pasos ya se oía el ruido de las llamas confundiéndose con el zumbido de las abejas y el canto de la alondra en la pequeña llanura de Basildon.

EL RÍO ALTO

Dejamos a Gualterio en la ribera del Berkshire, entre las bellezas de Streatley, y proseguimos por aquella que en otro tiempo había sido digna compañera de las faldas de la colina de White Horse. Aunque el contraste entre la campiña artificialmente cultivada y aquella natural no existiese, una inefable sensación de gozo me invadió (como en el pasado) a la vista de aquellas colinas familiares e inmutables de la cadena del Berkshire.

Nos detuvimos en Wallingford para la comida del mediodía. Naturalmente toda huella de suciedad y de pobreza habían desaparecido de las calles de esta antigua ciudad. Muchas casas feas habían sido demolidas y otras nuevas y bellas habían surgido, pero lo que me pareció extraño es que la ciudad conservase aún su antiguo aspecto que tan bien conocía.

En la mesa encontramos un viejo muy vivo e inteligente que me pareció una segunda edición en tipo campesino del viejo Hammond. Tenía conocimientos precisos de la antigua historia del país del tiempo de Alfredo y de las guerras del Parlamento, muchos de cuyos hechos habían acaecido en las cercanías de Wallingford. Pero lo que más nos interesaba era su particular conocimiento del período de transición al presente orden de cosas, y de él me habló mucho, especialmente del éxodo de las ciudades a los campos y del gradual retorno, de la gente educada de las ciudades y de la educada de los campos, a las artes mecánicas que se habían perdido. Al decir del viejo, esta pérdida se había acentuado tanto que no sólo no era posible encontrar un carpintero o un forjador en una aldea o en un burgo, sino que en tales sitios las gentes se habían olvidado hasta de cocer el pan, y en Wallingford, por ejemplo, venía de Londres

juntamente con los periódicos, fabricado de una manera que el viejo me explicó, pero que yo no entendí. Me dijo que la gente de las ciudades llegada a los campos aprendía el arte agrícola mirando con atención el modo de trabajar de las máquinas, adquiriendo así idea del oficio, porque en aquel tiempo todo lo que se hacía en los campos era obra de máquinas complicadas, puestas en movimiento por trabajadores ignorantes. Por otra parte, los trabajadores viejos trataban de enseñar poco a poco a los jóvenes los oficios de los artesanos, como el uso de la garlopa y de la tierra, etc., porque pocos o ninguno eran capaces de poner un mango a un rastrillo con sus propias manos, y para realizar un trabajo que valía unos cuantos chelines se recurría a una máquina que costaba cientos de libras, que manejaba un grupo de trabajadores y que había de realizar medio día de viaje. Además, me enseñó, entre otras cosas, una relación del Concejo de cierta aldea que trabajaba contra todas estas cosas poniendo en su tarea un ardor que hubiera parecido trivial en otros tiempos; por ejemplo, estableciendo las proporciones de álcali y aceite que se requería para fabricar el jabón que había de usarse en el lavadero, y el exacto calor que el agua precisa para cocer una pierna de carnero; y añadido esto a la más completa ausencia de espíritu de partido que nunca faltaba en épocas más remotas, hacía todo aquello divertido e instructivo al propio tiempo.

Este viejo, que se llamaba Enrique Morsom, después del descanso del mediodía, nos condujo a una sala que contenía una vasta colección de objetos comerciales y artísticos del último período de la máquina hasta nuestros días, y examinándolo todo con nosotros nos dio muy agudas explicaciones. Todo ello era muy interesante porque nos mostraba el tránsito del trabajo ordinario de la máquina (que empeoró después de la guerra civil) al realizado a mano en los primeros tiempos del nuevo período. Naturalmente hubo una sucesión de períodos y el trabajo a mano progresó muy lentamente en sus comienzos.

—Debo recordar —dijo el viejo anticuario— que el trabajo a mano

no fue el resultado de lo que se llamaba una necesidad material; por el contrario, en aquel tiempo las máquinas habían alcanzado tal desarrollo, que casi todo el trabajo necesario era realizado por ellas, y hubo muchos que creyeron que con el tiempo las máquinas sustituirían todo trabajo a mano, afirmación que entonces parecía más que probable. Había otra opinión bastante menos lógica que prevalecía entre los ricos, opinión que fue rápidamente desarraigada por la anterior. Esta opinión, tan natural entonces como absurda es hoy, consistía en suponer que cuando todo el trabajo cotidiano se realizase con la máquina automática, todas las energías de la parte más inteligente del género humano, libres de otros cuidados, perseguirían las más altas formas del arte, de la ciencia, de la historia. ¿No os parece extraño que faltase en esta aspiración la igualdad completa que ahora nosotros reconocemos como fundamento de toda la felicidad del género humano?

No respondí y me sumergí en una meditación profunda. Dick, que tenía aspecto pensativo, dijo:

—Es extraño, ¿no es verdad, ciudadano? Además, con frecuencia he oído decir a mi bisabuelo que antes de nuestro tiempo toda la aspiración de los hombres consistía en evitar el trabajo, o al menos así lo creían ellos mismos. De donde se deduce que aquel trabajo que se veían obligados a realizar cada día por necesidad les parecía más pesado que el que hacían por elección.

—Precisamente —dijo Morsom—. De todos modos pronto despertaron de su error y comprendieron que sólo los esclavos y los dueños de los esclavos podían vivir del trabajo de la máquina.

Aquí interrumpió Clara con el rostro encendido mientras hablaba:

—¿No sería su error un derivado de la vida de esclavitud que habían llevado? Una vida que de todo se ocupaba menos del género humano y de lo que se solía llamar naturaleza, haciendo de ella dos

cosas distintas. Es natural que la gente pensase de ese modo y quisiera hacer esclava a la naturaleza, ya que no la creía parte de sí misma.

—Seguramente —dijo Morsom—. Los hombres se vieron embarcados no sabiendo qué hacer cuando comenzaron a sentir aversión por la vida mecánica, aversión que antes del gran cambio se había propagado entre las personas que estaban en situación de pensar en estas cosas. Entonces fue cuando surgió la semejanza del placer que no era considerado como trabajo, y el trabajo que es placer derrotó a la fatiga mecánica que en otros tiempos se esperaba reducir a una cantidad mínima, pero sin que desapareciera nunca como se había creído.

—¿Y cuándo empezó esta revolución? —pregunté.

—En la mitad del siglo posterior al cambio comenzó a ser un hecho digno de notarse. Las máquinas, una tras otra, fueron abandonadas poco a poco con el pretexto de que no eran aptas para producir las obras de arte cada vez más rebuscadas. Mirad, aquí hay algunos objetos hechos a mano en aquel tiempo, toscos y malamente ejecutados, pero sólidos, y además dejando transparentar en ellos la sensación de placer que guiaba la mano que los hizo.

—Son muy curiosos —dije, cogiendo un objeto de mayólica que, entre otros varios, me presentaba el anticuario, un objeto que no parecía un trabajo bárbaro y salvaje, aunque tenía cierto aspecto que se hubiera dicho de odio a la civilización.

—Sí —dijo Morsom—, no debéis buscar finura: en aquel período no se la hubiera podido encontrar más que en el hombre que era prácticamente esclavo. Pero mirad —añadió, conduciéndome más adelante—, ahora poseemos los secretos de los oficios y el más excelso refinamiento marcha unido con la libertad de la fantasía y de la imaginación.

Observé, verdaderamente maravillado, la belleza y la abundancia del trabajo de los hombres, que al cabo habían logrado considerar la vida como un placer, y la satisfacción y desarrollo de las necesidades humanas como un trabajo que redundaba en ventaja de la humanidad.

Medité en silencio y al fin dije:

—¿Y después qué ocurrirá?

El viejo respondió sonriendo:

—No lo sé, pero aquí aquí estamos para verlo.

—Bueno —interrumpió Dick—; por ahora hemos descansado bastante. ¡Adelante! ¡En marcha hacia el río! ¿Queréis dar un paseo con nosotros, ciudadano? A nuestro amigo le entusiasman vuestras historias.

—Iré con vosotros hasta Oxford; tengo que tomar un libro de aquella biblioteca. Creo que pernoctaréis en aquella antigua ciudad.

—No; nosotros seguimos, que el heno nos espera allá arriba.

Morsom se inclinó y salimos juntos al camino; entramos en el barco bajo el puente de la ciudad. En el momento en que Dick metía los remos en los escálamos, la proa de otro barco desembocó bajo el arco del puente. A la primera ojeada se veía que era un lindo bote verde brillante, con flores pintadas en elegante dibujo. Cuando pasó el arco, una figura espléndida y tan alegremente vestida como el barco se puso en pie en medio de él; era la joven de formas esbeltas, vestida de seda azul, cuyas ropas movía la corriente del aire bajo el puente. Me pareció conocer a aquella persona y, en efecto, cuando volvió la cara hacia nosotros y nos mostró sus hermosas facciones, vi con alegría que no era otra que el hada protectora del jardín de Runnymede, Elena. Nos detuvimos para recibirla. Dick puso su pie en

el barco dándola unas calurosas «¡buenas tardes!». Yo traté de ser jovial sin conseguirlo, Clara la saludó con la mano y Morsom se inclinó mirándola con vivo interés.

En cuanto a Elena, el hermoso tostado de su rostro se hizo más espléndido por la sangre que afluía, acercó su barco al nuestro y dijo:

—Oíd, ciudadanos. No estaba segura de que volvierais por Runnymede y de que si volvíais os detuviérais allí; además, tampoco estoy segura de que mi abuelo y yo estemos allí pasadas una o dos semanas, porque el abuelo tiene que ir al Norte a ver a un hermano suyo y no le dejaré ir solo. Así que pensé no volvería a veros jamás, y como eso me daba pena..., os he seguido.

—Bien —dijo Dick—, tened por cierto que todos estamos muy contentos de veros y que, por lo menos Clara y yo, no habríamos dejado de visitaros y aun de volver si no os hubiéramos encontrado. Pero, querida ciudadana, estáis sola en vuestro barco y me parece que habéis remado de firme, así que no os vendrá mal un poco de descanso y haremos bien en repartirnos.

—Sí —dijo Elena—, he pensado en ello y he traído un timón para mi barco; ¿queréis ayudarme a colocarlo?

Diciendo esto puso su barco tocando las bordas con el nuestro hasta poner la popa al alcance de la mano de Dick. Éste se inclinó en nuestro barco y ella en el suyo y la operación, consistente en enganchar el timón, se realizó pronto. Aquellos dos rostros juveniles encorvados sobre el timón me parecieron tan cerca el uno del otro que sufrí una especie de angustia al mirarlos, aunque la operación, como digo, durase pocos minutos. Clara estaba sentada en su sitio y no miraba, pero de pronto dijo con leve dureza en la voz:

—¿Cómo hemos de dividirnos? Tú, Dick, irás al barco de Elena, porque, sin propósito de ofender al huésped, eres el mejor remero.

Dick se levantó y poniéndola la mano en la espalda dijo:

—No, no, hagamos que el huésped se las componga como pueda; así como así ya es bastante experto.

Además, no tenemos prisa porque no iremos más allá de Oxford, y aunque nos sorprenda la noche tendremos luna, la cual nos iluminará; será una jornada gris.

—Además —añadí—, trataré remando de hacer alguna cosa mejor que navegar sobre el agua.

A esto rieron todos cual si se tratara de una chanza del mejor género, y noté que la risa de Elena, aún confundida con las otras, era de lo más melodioso que yo hubiese oído.

En suma, pasé al nuevo barco, no sin alegría, y me puse a remar para separarme un poco, porque —¿deberé decirlo?— me parecía que aquel mundo tan feliz lo era aún más por estar yo al lado de aquella extraña joven, la cual, de cuantas gentes había visto en aquel novísimo mundo, era la más nueva para mí, la más desemejante de cuantos tipos ideara mi fantasía.

Clara, por ejemplo, tenía una belleza brillante y se la habría podido comparar con una atractiva señora sin afectación, y las demás mujeres que había visto me parecían tipos iguales, aunque mejorados, a las de otros tiempos. Pero aquella joven no era solamente bella, de una belleza distinta de la de una señora, sino que había en todos sus actos una fascinación tan extraña que yo esperaba casi con ansia lo que haría o diría para despertar mi admiración y mi gozo. No había en realidad nada de extraordinario en lo que hacía o decía, pero se expresaba de una manera nueva, que revelaba un sentido de placer por la vida, que yo ya había notado en todos, pero que en ella estaba más acentuado y resultaba más encantador.

Pronto nos pusimos en camino, avanzando rápidamente por aquellos bellísimos trozos del río, entre Bensington y Dorchester. Estaba ya entrada la tarde, cálida, pero no sofocante, y sin viento. Arriba nubecillas vaporosas, blancas y brillantes como perlas, mitigaban los ardores del sol, dejando entrever trozos de cielo azul que parecía más alto y más profundo, con más aspecto de inmensa bóveda, como han dicho frecuentemente los poetas, que no de espacio sin límites. Era una de aquellas tardes en que Tennyson debió pensar cuando hablando del país de los lotófagos dijo que era un país de perpetua tarde.

Elena se había echado en la popa y parecía experimentar un goce infinito. Pude ver que miraba a todos lados sin que nada se le escapase, y observándola con atención se disipó de mi mente el pensamiento de que se hubiese enamorado del hábil, desenvuelto y bello Dick, y que por esto nos hubiera seguido; de ser así, no habría tenido un aire tan gozoso a la vista de los bellos panoramas que se desenvolvían delante de nosotros. Por algún tiempo habló poco, pero al cabo, cuando pasábamos bajo el puente de Shillingford (enteramente reconstruido en cierto modo sobre el antiguo modelo), me rogó que detuviera el bote para poder dar una ojeada a través del gracioso arco. Después me dijo:

—No sé si alegrarme o entristecerme de encontrarme aquí por primera vez. En verdad es un gran placer ver esto por vez primera, pero si yo lo hubiera conocido hace un par de años, ¡cuántos dulces recuerdos más no hubiera tenido en mis sueños y en las realidades de mi vida! Estoy contenta de que Dick haya remado despacio, porque así hemos podido detenernos en este sitio. ¿Qué impresión os produce ver estas aguas por vez primera?

No imaginé que me tendiese un nuevo lazo y caí de lleno en él.

—¡Mi primera visita! —respondí—. ¡Años y años hace que visité esto por vez primera! Tan familiares me son estas aguas, que puedo

decir que conozco el Támesis palmo a palmo desde Hammersmith a Cricklade.

Caí en la cuenta de las complicaciones que seguirían a mi respuesta cuando vi sus ojos fijos en los míos con la misma insistencia que había notado en Runnymede cada vez que dejaba escapar alguna palabra que hacía inexplicable mi situación. Enrojecí y dije para ocultar mi error:

—Me maravilla que no hayáis venido nunca por aquí, habitando en el Támesis y remando tan bien que el hacerlo no os ocasiona fatiga. Aparte —añadí en tono insinuante— de que muchos serían felices remando para vos.

Rió, no de mi galantería, de la cual no pareció cuidarse quizá por estimarla natural, sino de algo que pasaba por su mente, y siguió mirándome con benevolencia, aunque siempre con aquella penetrante expresión de sus ojos. Después me dijo:

—Es verdad que eso es muy extraño, pero tengo tanto que hacer en casa. Tengo que cuidar a mi abuelo y, además, hay algunos jóvenes que me quieren y desean mi compañía, y no se puede contentar a todos de una vez. Pero, querido ciudadano, me parece extraño que conozcáis el río mejor que yo porque, según lo que he oído, lleváis pocos días en Inglaterra. ¿Acaso habéis querido decir que leisteis libros que tratan del río o que lo visteis pintado? Aunque no es ese el modo de adquirir conocimientos de las cosas.

—Os aseguro —dije— que no he leído libro alguno que trate del Támesis. Entre las estupideces menores de nuestro tiempo hay que colocar ésta: que nadie ha escrito un libro notable de lo mucho que puede decirse del mejor río inglés.

Apenas estas palabras salieron de mi boca cuando me acordé de que había cometido un nuevo error y me enfadé conmigo mismo,

porque no estaba dispuesto a empantanarme en largas explicaciones acompañadas de una odisea de embustes. Quizá Elena comprendió mi situación y no quiso aprovecharse de mi traspiés porque su mirada de penetrante se trocó en bonachona y me dijo:

—De cualquier modo, estoy contenta de recorrer este trayecto con vos, que tan bien conocéis nuestro río. Fuera de Pangbourne lo conozco poco y podréis explicarme todo lo que sepáis.

Calló un poco y después prosiguió:

—Pero debéis saber que lo que yo sé, lo sé tan bien como vos, y me dolería que supusierais en mí poco interés por una cosa tan bella como el Támesis.

Me dijo estas palabras ardientemente y con un aire de afectuosa interrupción que me arrebató, pero me percaté de que guardaba sus dudas respecto de mí para otra ocasión.

Pronto llegamos a la esclusa de Day, donde Dick y sus dos compañeros de barco nos esperaban. Quisieron que tomara tierra como para enseñarme alguna cosa que nunca hubiera visto, y les seguí con Elena a mi lado hacia Dighe y la gran iglesia lejana dedicada a varios usos con el buen pueblo de Dorchester. En el camino vimos la Casa de los Huéspedes que conservaba huellas de la antigua muestra que tenía en los tiempos en que la hospitalidad se vendía y se compraba. Por esta vez no demostré tener conocimiento de tales cosas, pero cuando estuvimos sentados en la cima de Dighe mirando ora a Sinoclun con su trinchera cortada a pico, ora su hermana la altura de Wittenham, la mirada grave e insistente de Elena me hizo sentir alguna turbación y casi se me escapó el grito de «¡qué poco ha cambiado esto!».

Hicimos otra parada en Abingdon, que igual que Wallingford, me pareció vieja y nueva a un tiempo, pues aunque todo lo que era

degradante en el siglo diecinueve había desaparecido, su aspecto había cambiado muy poco.

El sol estaba cerca de su ocaso cuando tocamos en Oxford por Osney, deteniéndonos unos cuantos minutos cerca del antiguo castillo para dejar en tierra a Enrique Morsom. Naturalmente no dejé de mirar nada de cuanto podía verse desde el río, ni una sola de las torres, ni de las agujas. Y los campos del contorno, que la última vez que los vi tenían impreso el sello de la vida intelectual y turbulenta del siglo diecinueve y estaban verdaderamente escuálidos, habían recobrado toda su belleza. El altozano de Hinksey, poblado por dos o tres casas de piedra (y digo poblado porque las casas parecían surgidas del mismo suelo), se erguía nuevamente en la ribera, y entre avenas ondeantes que tomaban un color gris en aquella hora crepuscular.

Desaparecido el ferrocarril, ya no existía el puente sobre el Támesis, y velozmente atravesamos la esclusa de Medley y desde allí llegamos al sitio donde el río se angosta, bañando a Port Meadow, cuya numerosa población no parecía haber disminuido. Pensé con interés en cómo los nombres y las costumbres habían sobrevivido a tantos acontecimientos, desde el antiguo e imperfecto período comunal, pasando por todos los períodos de tiranía del derecho de propiedad, hasta la paz y la felicidad presentes del comunismo en su pleno desarrollo.

En Godstow tomamos tierra de nuevo para ver los restos del antiguo convento, que estaban casi en el mismo estado en que yo recordaba haberlos visto, y desde el alto puente pudimos contemplar, aunque a la luz del crepúsculo, cuán bello era el lugar con sus casas de piedra gris, porque habíamos llegado al país de la piedra, donde las casas debían ser todas de piedra, desde el muro al tejado, para no desentonar del paisaje.

Volvimos a bogar y Elena tomó los remos de nuestro barco.

Encontramos otra esclusa, recorrimos unas tres millas y llegamos, alumbrados por la luna, a una pequeña población, donde pasamos la noche instalados en una casa poco habitada porque casi todos sus inquilinos se habían trasladado a los campos de heno.

EN LOS BRAZOS DEL RÍO

A la mañana siguiente partimos antes de las seis porque estábamos a veinticinco millas de nuestro punto de parada y Dick quería encontrarse allí antes de que oscureciera. El viaje fue placentero, pero de poco sirve contarlo para los que no conozcan el Támesis. Elena y yo fuimos otra vez juntos en el barco, aunque Dick, por amor a la estética, hubiera querido que las dos mujeres remasen en el verde botecito y yo fuese con él. Pero Elena no lo consintió, reclamándome para sí como la persona más interesante del grupo.

—No he venido aquí —dijo— para ir en compañía de una persona que se olvidaría de mí por pensar en otros. El huésped es la única persona que puede hacerme más grato el viaje. Lo digo como lo siento —añadió volviéndose a mí— y no por pura cortesía.

Clara se ruborizó mostrando cierta satisfacción porque hasta entonces estaba algo preocupada por la presencia de Elena. En cuanto a mí, creí rejuvenecer, y la extraña esperanza de mi juventud, amalgamándose con el placer de la hora presente, casi la destruían y la mudaban en leve dolor. Cuando recorríamos las sinuosidades del río, que cada vez se estrechaba más, dijo Elena:

—¡Cuánto me gusta este río! Tanto más cuanto que estoy acostumbrada al gran caudal de agua de allá abajo. Por aquí casi deberíamos parar en cada recodo. Antes de volver a casa quedaré convencida de que ésta es una pequeña región de Inglaterra, ya que tan pronto se llega a la extremidad de su mayor río.

—No es grande —dije—, pero es bella.

—Sí —respondió—. ¿Os la imagináis en el tiempo en que esta región tan bella era considerada por sus habitantes como un pantano, sin cualidad alguna brillante, desprovisto de bellezas merecedoras de cuidado, privado de toda la variedad que se deriva de la renovación de las estaciones, del cambio de tiempo, de la propiedad del suelo y de otras circunstancias? ¿Cómo podían ser tan crueles consigo mismos?

—Y también con el prójimo —añadí. Entonces tomé repentinamente una resolución y dije—: Querida ciudadana, os lo digo de pronto; para mí es más fácil que para vos imaginarme ese horrible pasado, porque yo mismo he formado parte de él. Estoy seguro que habéis adivinado algo respecto a mí, y creo que tendréis por cierto lo que os he dicho. No quiero ocultaros nada.

Estuvo unos momentos en silencio y después me dijo: —Amigo mío, suponéis la verdad; y, hablando con franqueza, os he seguido desde Runnymede para haceros muchas preguntas, porque siempre he pensado que no erais como los demás. Tanto me interesabais, que no he tenido más deseos que seros grata. A decir verdad, hay en todo esto algo de peligro con relación a Dick y a Clara —añadió ruborizándose—, porque estando a punto de ser íntimos amigos no debo ocultaros que, a pesar de haber entre nosotros tantas mujeres hermosas, yo he turbado la mente de los hombres de una manera desastrosa. Ésta es una de las razones que me han inducido a vivir sola con mi abuelo en la cabaña de Runnymede. Pero no he logrado mi propósito porque aquel sitio no es precisamente un desierto y han acabado por encontrarme más interesante ahora que vivo de ese modo, haciendo cálculos sobre mí, como vos mismo, querido amigo, los habéis hecho. Esta noche o mañana os propondré hacer una cosa que a mí me complacerá mucho y a vos no os será desagradable.

Le dije con calor que yo lo haría todo en el mundo por ella, porque a pesar de mis años y de las demasiado visibles huellas que habían

dejado (aunque la sensación de mi recobrada juventud no fuese, creo, una simple ilusión), a pesar de mis años, repito, me sentía infinitamente feliz en compañía de aquella joven y me inclinaba a dar un diverso significado a sus confidencias.

Rió de lo que le dije y me miró con benevolencia.

—Por hoy —añadió— aplazo la cosa porque deseo contemplar la nueva campiña que atravesamos. Mirad cómo cambia el río; ahora ensancha, sus brazos se prolongan y corre lentamente. ¡Oh, una chalupa!

Le dije el nombre de aquel sitio mientras pasábamos despacio bajo la cadena de la chalupa. Después encontramos una ribera llena de encinas, más tarde navegamos entre dos murallas de altas cañas, pobladas deavecillas canoras que producían un rumor delicioso y revoloteaban inquietas cuando las aguas removidas por nuestros barcos agitando las cañas rompían la calma de aquella plácida y cálida mañana.

Elena sonreía de placer, y los dulces goces de cada nueva escena parecían redoblar su belleza, mientras estaba hermosamente tendida en los cojines. Aquello no era languidez, sino pereza, la pereza de una persona vigorosa de cuerpo y de espíritu, que se concede un momento de reposo.

—¡Mirad! —gritó levantándose de pronto sin ningún esfuerzo y manteniéndose en equilibrio con una gracia natural e inimitable—. ¡Mirad allí aquel hermoso puente antiguo!

—No necesito mirarlo —dije sin dejar de contemplar su belleza—; lo conozco —y añadí sonriendo—: nosotros en aquellos tiempos no lo llamábamos el puente antiguo.

Elena bajó la vista cariñosamente y me dijo:

—¡Cuánto mejor estamos ahora que no tenéis recelos de mí!

Permaneció en pie mirándome con aire pensativo y plácido, hasta que hubo de sentarse cuando pasábamos bajo los arcos agudos y pequeños del puente más antiguo del Támesis.

—¡Oh, qué bellos campos! —dijo—. No tenía yo idea del encanto de estos pequeños brazos del río. Todo es aquí una miniatura: lo corto de los trozos del río y el rápido cambio de sus orillas, dan la sensación de un viaje por países extraños, una sensación de lo imprevisto que no he experimentado nunca en la corriente voluminosa.

Yo la miraba, encantado de su voz, que me producía el efecto de una caricia; nuestros ojos se encontraron y, ruborizándose bajo el colorido trigueño de su cara, me dijo con sencillez:

—Debo comunicaros, amigo mío, que cuando mi abuelo deje el Támesis este verano quiere llevarme consigo a un sitio cerca de las murallas romanas en el Cumberland, por lo que este viaje es un adiós al mediodía. Sin duda, voy de buen grado con mi abuelo, pero me duele algo dejar estos sitios. Ayer no tuve corazón para decir a Dick que estaba para dejar el Támesis, pero a vos no debo escondéroslo.

Calló y por unos momentos pareció muy pensativa; después añadió sonriendo:

—He de confesaros que no me agrada moverme ni cambiar de habitación; me siento tan placenteramente apegada a los particulares de la vida que me rodea, y el sitio donde habito armoniza tan bien con mi existencia, que el comenzar de nuevo, aunque sea cambiando poco, me causa pena. Creo que en el país de donde venís encontraríais que éste es un pensamiento tonto y cobarde y por eso formaréis mala opinión de mí.

Sonreí cariñosamente y me apresuré a responder:

—¡Oh, no! ¡De veras que no! Habéis hecho eco a mis pensamientos, porque no esperaba oírlos hablar así. Por lo que he oído, creo que se cambia de morada harlo fácilmente en este país.

—Claro que cada cual es dueño de ir a donde le plazca, pero si se exceptúan las giras de recreo, especialmente en tiempo de la recolección del heno, como ahora, no hay mucha inclinación a mudar de sitio. La verdad es que yo tengo otros gustos además de estar en casa, como os decía antes. Por ejemplo, estaría muy contenta si pudiera recorrer con vos toda la campiña de occidente sin pensar en nada —agregó sonriendo.

—¡Y yo sí que tendría en qué pensar!

UN SITIO DE REPESO EN EL ALTO TÁMESIS

En un sitio donde el río corría alrededor de una eminencia nos detuvimos para descansar un rato y tomar un refrigerio. Nos acomodamos en una linda ribera que casi podía ser elevada a la dignidad de falda de colina, desde donde se veía la vasta extensión de los campos desplegada ante nosotros. Un cambio noté en la tranquila belleza de los campos; que se había plantado aquí y allá árboles frutales, por lo común, sin duda por no existir aquella avaricia de nuestros tiempos, que negaban un poco de espacio a un lindo árbol. Los sauces aparecían desmochados o podados (como solían decir en aquella campiña), pero su aspecto externo estaba muy cuidado; quiero decir que sus troncos no estaban colocados en riberas perfectas como para destruir o interrumpir la belleza de la campiña, sino en cierto desorden y evitando toda brusca interrupción. En suma, los campos estaban tan cuidados cual un jardín de recreo, como todo aquello que se refiere a la vida, según me había dicho Hammond el viejo.

En aquella ribera o declive de colina almorzamos, acaso demasiado pronto, aunque estábamos en pie desde muy temprano. La faja sutil del Támesis serpenteaba a nuestros pies por aquella campiña de jardines que ya he descrito, frente a nosotros se veía un gracioso islote cubierto de árboles; un bosque de tupida vegetación cubría un trozo del sur, y por el norte los prados extensos descendían poco a poco hasta la corriente del río. La delicada aguja de un edificio antiguo salía por encima de los árboles, amontonándose alrededor de ella unas cuantas casas grises, y más cerca de nosotros, y a poca distancia del río, se veía un edificio moderno, de piedra, que formaba un cuadrado de un solo piso. Este edificio no tenía jardín alguno en el espacio que lo separaba del río, aunque sí unos cuantos

perales jóvenes de muy elegante figura. El edificio no estaba muy decorado, pero, como los árboles, tenía cierta elegancia.

Mientras permanecimos sentados mirando el bello paisaje que se desplegaba ante nuestros ojos en aquel día de junio, que más que alegre podía llamarse feliz, Elena, que estaba sentada a mi lado con las manos cruzadas bajo sus rodillas, se inclinó hacia mí y me dijo quedamente, aunque no tanto que Dick y Clara no pudiesen oírla, de no haber estado absortos en su amor:

—Amigo mío, ¿son como éstas en vuestro país las casas de los labradores?

—¡Oh, no! —respondí—. Hasta las de los ricos son masas informes colocadas en la superficie de la tierra.

—He ahí uno de los hechos que son para mí inexplicables. Comprendo que los trabajadores, por el estado de opresión en que se encuentran, no tengan modo de vivir en bellas habitaciones, cuya construcción requiere tiempo, cuidados y la mente libre de preocupaciones, y es natural que a los pobres, por su condición de vida, les estén vedadas estas cosas que a nosotros nos parecen indispensables; pero los ricos, que tienen tiempo, modo y materiales para edificar, ¿por qué no se fabrican por sí mismos buenas casas?; eso es lo que no llego a entender. Sé lo que me vais a responder —añadió mirándome y ruborizándose—; me diréis que las casas y todo lo que les pertenecía era feo y tosco hasta cuando, por elección, adoptaban las maneras antiguas, como en aquella construcción (y señaló la aguja); que eran... dejadme que lo recuerde... ¿Cuál es la palabra?

—Vulgares —respondí—. Nosotros decíamos que la fealdad y la vulgaridad de las habitaciones de los ricos eran el reflejo inevitable de la vida triste y sórdida de los pobres.

Me miró arrugando la frente como si reflexionara, y después, volviéndose hacia mí cual si repentinamente se le hubiera ocurrido una idea, me dijo:

—Comprendo, amigo mío. Algunas veces se han discutido estas cosas entre las personas que se interesan por ellas porque tenemos infinidad de recuerdos de lo que llamaban obras de arte en el tiempo que precedió a la igualdad social, y no pocos sostienen que toda aquella fealdad no proviene del estado de la sociedad, sino de una particular inclinación de los hombres a hacer fea su vida, y que de haberlo deseado hubieran podido rodear de obras bellas, del propio modo que hoy un hombre o un núcleo de hombres hacen cosas más o menos bellas según su gusto... ¡chist! Se lo que vais a decirme.

—¿De veras? —pregunté sonriente y palpitante.

—Vais a responderme instruyéndome de un modo u otro; lo sé, aunque aún no me habéis hablado. Queréis decirme que en los tiempos de la desigualdad era sistema inseparable de la condición de los ricos el no hacer con sus propias manos lo que pudiera contribuir al embellecimiento de su vida, obligando, en cambio, a aquellas personas cuya vida hacían mísera y sórdida, a trabajar para ellos. Que la miseria y la sordidez de éstos se reflejaba en las bellezas que producían para los ricos, y el arte declinaba. ¿No es esto lo que queríais decirme, amigo mío?

—Sí, sí —contesté mirándola ardientemente, mientras estaba en pie sobre el extremo de la pendiente, y el aire hacía ondular su delicado vestido. Había colocado una mano en su pecho y extendía el otro brazo con el puño cerrado en actitud de hablar.

—Es verdad —dijo—; hemos probado que es verdad.

A pesar de que yo sentía por ella en aquel momento un sentimiento que era más que interés y admiración, comencé a

pensar cómo acabaría aquello. Estaba atemorizado por lo que seguiría a todo aquello, y pensaba con ansia qué sacrificio podría yo ofrecer a la época nueva para endulzar mi corazón de sus deseos no satisfechos. Pero Dick se levantó y gritó con su voz poderosa:

—Ciudadana Elena, ¿qué disputa tenéis con el huésped?; ¿exigís de él que os explique algo que ignoráis y que no podéis entender?

—Nada de eso, querido ciudadano. Estamos tan lejos de disputar, que somos muy buenos amigos. ¿No es así, huésped? —me preguntó mirándome con sonrisa cómplice.

—Así es —respondí.

—Además —agregó—; os respondo de que se ha explicado tan bien que le comprendo perfectamente.

—Bueno —dijo Dick—. Cuando os vi por primera vez en Runnymede pensé, desde luego, que poseáis una maravillosa perspicacia. No lo digo por lisonja ni por galantería —se apresuró a añadir—; lo digo porque es verdad, y esta idea me ha hecho desear conoceros mejor... Pero, ¡adelante! Ya es hora de emprender la marcha, porque estamos en la mitad del camino y es necesario que lleguemos antes de la caída de la tarde.

Diciendo esto cogió el brazo de Clara y juntos descendieron a la orilla. Elena aún permaneció un momento contemplando el paisaje, y cuando tomé su mano para seguir a Dick, me miró a la cara y me dijo:

—¡Cuántas cosas podríais decirme, cuántas dudas podríais disiparme, si quisierais!

—Sí —respondí—, un viejo como yo no puede hacer otra cosa.

Elena no notó la amargura que, a mi pesar, se transparentaba en mi voz, y continuó:

—No sería sólo para mí, que a mí me basta el sueño del pasado, y aun no pudiendo idealizar aquellos tiempos, idealizaré a alguno de los que los vivieron; mas pienso algunas veces que se desdeña demasiado la historia de lo que fue y que se hace mal abandonándola en manos de los viejos eruditos como Hammond. ¿Quién sabe? Aunque somos tan felices, los tiempos podrían cambiar y acaso podríamos vernos invadidos por la manía de las mudanzas, dejándonos llevar, sin fuerza para resistir por la fascinación de ciertas cosas, ignorando que son nuevas fases de hechos ya ocurridos, que traerían la ruina, el desengaño y la miseria.

Mientras caminábamos hacia el barco, añadió:

—No sólo para mí, querido amigo; tendré hijos, y espero que muchos. Como es natural, no podré obligarles a adquirir un género de nociones en vez de otro, mas pienso que así como se parecerán a mí en lo físico, podré transmitirles algo de mi modo de pensar, esto es, la parte más íntima y más esencial de mí misma, no aquella que se deriva del género de vida y del ambiente. ¿Qué pensáis?

De una sola cosa podía responder, y era de ésta: que su belleza, su bondad y su entusiasmo me hacían pensar como ella, cuando ella misma no se posesionaba de mi pensamiento.

Le dije la verdad, esto es, que la cosa me parecía importante, y durante un buen rato marché como fascinado por su maravillosa gracia, hasta que entramos en el barco; ella me tendió la mano y volvimos a marchar por el Támesis. ¿Hasta dónde?

EL FINAL DEL VIAJE

Proseguimos. A pesar de mi reciente pasión por Elena y el temor siempre creciente de que pudiera arrastrarme quién sabe a dónde, no podía por menos de observar con gran interés las condiciones del río y de sus dos orillas, tanto más cuanto que Elena no parecía cansada de las mudanzas del paisaje, y miraba las zonas floridas, los trozos de espléndida vegetación, con el dulce y amoroso interés que en algún tiempo me pareció a mí haber tenido en grado sumo, y que resurgía en aquella sociedad tan diversa y tan llena de maravillas.

Elena parecía encantada de mi alegría y de mis demás sentimientos acerca del río. La acertada conservación de todos los sitios bellos, la sencillez de los medios para guiar el agua que hacía bellos y naturales los trabajos más complicados, todo me placía soberanamente, y Elena se alegraba con mi alegría y también se admiraba.

—Parecéis maravillado —me dijo cuando pasábamos cerca de un molino que ocupaba una parte de la corriente, dejando libre la dedicada al paso, molino que era tan bellísimo en su género como una catedral gótica—. Parecéis maravillado de tantas bellezas.

—Sí, es verdad; estoy maravillado desde cierto punto de vista, y no podría ser de otro modo.

—¡Ah! —exclamó, mirándome con admiración y ocultando una sonrisa—. Vos que sabéis toda la historia del pasado, decidme: ¿Cuidaban antes mucho este río que hace tan amena la campiña? Yo he desmentido —añadió, cuando su mirada se encontró con la mía— a cuantos sostenían que, en los tiempos de que hablamos, la parte

estética era relegada a segundo término en estas cosas. Pero ¿cómo se arreglaban para el cuidado del río en la época en que vos... —iba a decir vivíais, pero rectificó—, en los tiempos de los cuales conserváis memoria?

—No existían cuidados especiales —respondí—. Antes de la mitad del siglo diecinueve, cuando no había más que unas cuantas carreteras para el tráfico en la campiña, se tenía algún cuidado con el río y con sus orillas, y aunque nadie se tomase el trabajo de ocuparse de su aspecto, éste era bello. Pero cuando los ferrocarriles, de los cuales habréis oído hablar, conquistaron el predominio se impidió de hecho a la gente del campo la locomoción por el agua o por los caminos artificiales, de los cuales había muchísimos. Creo que más arriba encontraremos uno importantísimo, que el ferrocarril cerró por completo al público; así se obligaba a la gente a enviar sus mercancías por un camino dado, y se les hacía pagar por ello todo lo que se podía.

Elena rió con ganas: desagradable a la vista, y los más eran notablemente bellos y estaban rodeados de encantadores jardines.

—He ahí algo que no está muy claro en nuestras historias y, sin embargo, es digno de mención. Nosotros no somos ni testarudos, ni amigos de porfías, pero si alguno tuviese el atrevimiento de venir a imponernos algo parecido, seguiríamos usando el agua como vía de locomoción, sin tener en cuenta que esto estuviera prohibido, y a mí me parece que eso sería lo mejor. Además yo recuerdo otros ejemplos de necedades parecidas: cuando estuve en el Rhin, hace unos dos años, me enseñaron las ruinas de algunos castillos hechas con el mismo fin que los ferrocarriles... Pero he interrumpido vuestra historia del río y os ruego que prosigáis.

—Sí, es una historia corta y tonta a un mismo tiempo. El río, perdido su valor práctico y comercial, es decir, no sirviendo ya para dar dinero...

—Comprendo —dijo, haciendo un signo afirmativo— el sentido de esa frase tan rara. Continúad.

—Fue completamente abandonado, hasta que sobrevino una epidemia.

—Como los ferrocarriles y los bandidos, ¿eh?

—Entonces, por hacer algo, lo entregaron a una sociedad de Londres que de tiempo en tiempo, para demostrar que era útil, talaba árboles con grave daño de las orillas, limpiaba el fondo del río (lo que no ocurría siempre) y arrojaba la basura en los campos, perjudicándolos. Pero, en general, esta sociedad vivía en la más completa inercia, como entonces se decía; esto es, percibía la retribución y dejaba las cosas a su aire.

—¡Percibía la retribución! —dijo—. Esto quiere decir que permitía a sus miembros apoderarse del bien de otros sin hacer nada. Si no se hubiera tratado de esto valía la pena de haber dejado a esa sociedad que siguiera semejante conducta, porque no había otro modo de

librarse de ella, pero lo peor es que, estando pagada, no podían eximirse de hacer algo que era dañoso, porque —añadió sonriendo— todo aquel embrollo estaba edificado sobre la mentira y la ostentación. No aludo sólo a los guardianes del río, sino a todos los regidores de aquel tiempo.

—Sí —dije—. ¡Felices vosotros que estáis libres de las trabas de la tiranía!

—¿Por qué suspiráis? —preguntó solícitamente y con algo de inquietud—. ¿No creéis que esto deba durar?

—Durará para vosotros.

—¿Y por qué no para vos? Esto debe durar para todo el mundo, y si vuestro país se encuentra atrasado, pronto acabará por colocarse en la misma línea que nosotros. ¿O pensáis tornar pronto a él?

Después se apresuró a añadir:

—Os haré la proposición de que os he hablado, para poner término a vuestra incertidumbre. Quería proponeros que vinieseis a habitar con nosotros en el lugar adonde vamos a trasladarnos. Me parece que ya somos antiguos amigos y me dolería perderos —y agregó, sonriendo—. Oíd, comienzo a creer que queréis proporcionaros un perpetuo dolor, como aquellos ridículos tipos de las extrañas novelas antiguas que alguna vez han caído en mis manos.

Verdaderamente, yo comenzaba a sospechar algo de lo que me decía, así que dejé de suspirar y me puse a narrar a mi deliciosa compañera los retazos de historias del río y de sus orillas que conocía.

De este modo pasó el tiempo alegremente, y remando un poco cada uno, porque Elena era fuerte e incansable, pudimos marchar al ritmo de Dick y, no obstante el calor, devoramos el camino. Al fin pasamos bajo otro puente antiguo, después entre campos circundados por desmesurados olmos y castaños menos vetustos, pero muy elegantes. Los campos se extendían tanto que parecía que los árboles saltasen de la orilla del río a los alrededores de las casas; otras veces, tras de los sauces de la ribera, se veían zonas verdosas interminables.

Dick, excitado por la vista de los campos, derecho en su barco, nos gritaba los nombres de lo que veíamos, y nosotros, contagiados de su entusiasmo, hacíamos marchar rápidamente nuestro bote.

Recorriamos un trozo del río donde, al lado del camino de

remolque, había una plantación de rumorosas cañas, y al otro, una ribera alta coronada de sauces que se miraban en el agua, cuando vimos figuras vivientes que se acercaban a la orilla cual si anduvieran en busca de alguien. Y así era, en efecto: nos buscaban a nosotros o, mejor, a Dick y a su compañera. Dick levantó los remos y nosotros le imitamos; después lanzó un grito de alegría, al que respondió un coro de voces profundas unas, argentinas otras, porque habría más de diez personas entre hombres y mujeres. Una mujer alta y gruesa, con negra y rizada cabellera y ojos azules y profundos, se adelantó hasta la orilla agitando graciosamente su mano y nos dijo:

—Dick, amigo mío, casi os habéis hecho esperar. ¿Qué significa esta puntualidad quebrantada? ¿Por qué no nos habéis dado ayer una sorpresa?

—¡Oh! —respondió Dick, señalando imperceptiblemente nuestro barco—. No se ha podido bogar con más celeridad; tenían tanto que ver estos ciudadanos, que nos hemos entretenido allá abajo.

—Es verdad, es verdad —respondió aquella majestuosa mujer (no encuentro otra palabra para definirla)—, y es preciso que ahora traten de conocer bien el curso de agua de la parte de oriente, para lo cual habrán de recorrerla. Pero desembarcad, Dick, y vosotros también, ciudadanos; hay paso por entre las cañas y un buen sitio de desembarco a la vuelta. Podemos transportar vuestra ropa o enviaremos unos niños a buscarla.

—No —contestó Dick—, es más fácil ir por el agua hasta que estemos a un paso del camino. Además, deseo que estos amigos desembarquen en el sitio preciso. Seguiremos así hasta el vado y hablaremos con vosotros, que nos seguiréis por la orilla.

Diciendo esto hundió los remos y emprendimos la marcha salvando un ángulo agudo y después volvimos hacia el Norte. Inmediatamente surgió a nuestra vista una ribera cubierta de olmos

que hacían adivinar una casa en medio de ellos; pero en vano busqué sus paredes grises que yo pensaba ver. Cuando caminábamos, la gente de la orilla no cesaba de hablar y sus voces melodiosas se confundían con el canto del cuco, el dulce y agudo silbar del mirlo y la nota incesante de la codorniz, saliendo de la larga hierba y de los campos de mieses, desde donde el trébol florido nos enviaba ondas de aromas.

En pocos minutos, y después de haber pasado un profundo remolino, estábamos en la lengua de agua que corría del vado, y echamos nuestros barcos en un lecho de arena calcárea, descendiendo después a tierra entre los brazos de nuestros amigos y habiendo llegado al término del viaje.

Yo me separé del alegre grupo, y colocándome en la carretera que seguía el curso del río a pocos pies del agua, miré a mi alrededor.

A mi izquierda el río cruzaba una pradera a la que la madurez de las hierbas daba tonos grises; el agua brillante desaparecía tras un recodo, y más allá se veía la parte alta de una casa en el sitio donde yo suponía que debía de haber una esclusa y aun calculé que algún molino. Una baja cadena de montículos cubierta de bosques cerraba la llanura del río por la parte Sur y Sudeste, por donde habíamos venido, y al pie de la cima de esas colinas había algunas casas bajas. Me volví a la derecha, y a través de los brazos de los espinos albanes y de las largas ramas de los rosales silvestres, vi la llanura que se perdía a lo lejos desplegándose al sol en aquella tranquila tarde, limitada por una línea azul de colinas que semejaban ovejas pastando en una pradera dulcemente esfumada cerca de mí; las ramas de los olmos escondían gran parte de las casas que debían servirnos de habitación en aquel lado del río, y más a la derecha de la carretera aparecían pequeños edificios grises esparcidos aquí y allá.

En aquel punto me pareció soñar y me restregué los ojos,

esperando ver transformado como por encanto el lindo y alegre grupo en unos cuantos hombres de piernas delgadas y curvas espaldas, y en mujeres escuálidas, de ojos hundidos y feas formas, iguales a aquellos que en tiempos hollaban aquel país con pasos desesperados todos los días, todas las estaciones y todos los años. Sin embargo, no se produjo cambio alguno, y mi corazón latió alegre pensando en las bellas aldeas grises que del río a la llanura y de la llanura a las montañas que tan bien podían representarme mi fantasía poblaban aquellas gentes felices y amables, que habían repudiado la riqueza y alcanzado la prosperidad.

CASA VIEJA Y GENTES NUEVAS

Entretanto, Elena dejó en la orilla a nuestros alegres amigos y se acercó a mí. Me cogió dulcemente la mano y me dijo:

—Llevadme en seguida a la casa; no es necesario que esperemos a los otros y más quiero ir sin ellos.

Tuve idea de decir que no conocía el camino y que los habitantes de la casa debían conducirnos, pero casi sin mi voluntad mis pies se dirigieron por un camino bien conocido. Este camino conducía a un campillo, parte del cual estaba bañado por una desviación del río, surgiendo a mano derecha un grupo de casas y de heniles de antigua y de reciente construcción, y al frente un henil de piedra gris y un muro cubierto de hiedra, por encima del cual se veían los remates de otros cuantos edificios. El camino de la aldea se detenía en lo hondo de aquella desviación del río. Recorrimos el camino y, nuevamente, a mi pesar, mi mano levantó el picaporte de una puerta que se abría en el muro y encontramos un sendero que nos llevó hasta la vieja casa a que el destino, bajo la forma de Dick, había querido conducirme en aquella nueva sociedad humana. Mi compañera lanzó un suspiro de grata sorpresa y de alegría, y a mí no me sorprendió que el jardín situado entre el muro y la casa embalsamara el ambiente con las flores de junio y las rosas amontonadas con la abundancia deliciosa de los pequeños jardines que desde la primera ojeada encantan al espectador hasta extinguir en él todo cuidado que no sea el de la belleza. Silbaban los mirlos, arrullaban las palomas sobre el tejado, graznaban las cornejas entre las verdes hojas, los vencejos chillaban y volaban en torno a las palomas y la casa misma era el guardián adecuado de todas las bellezas de aquel estío triunfal.

Nuevamente Elena fue el eco de mis pensamientos.

—Sí, amigo mío, he venido aquí para ver esta antigua casa edificada por las sencillas gentes del campo que vivieron en tiempos ya pasados, sin cuidarse del tumulto de las ciudades y de las calles. Es encantadora y digna entre todas las bellezas de que nuestros amigos la conserven con cuidado y la tengan en estima. A mi me parece que he alcanzado estos felices tiempos conservando las migajas de felicidad de un pasado confuso y turbulento.

Me condujo a la casa, y colocando sus bellas manos y sus brazos tostados por el sol sobre el muro cubierto de líquenes como para abrazarla, exclamó:

—¡Oh, oh! ¡Cuánto amo a la tierra, a las estaciones, al aire, a todas las cosas y a todo lo que vive, cómo amo a esto!

No pude responderla ni articular palabra. Su exaltación y su placer eran tan exquisitos y tan penetrantes, y su belleza, delicada y respirando energía, al mismo tiempo expresaba tan bien aquellos sentimientos, que cualquier palabra hubiera sido fácil y ociosa. Yo temía que de un momento a otro que nuestros amigos se reunieran con nosotros, rompiendo el encanto que nos circundaba, pero estuvimos mucho tiempo cerca del ángulo del grueso muro de la casa sin que nadie viniese. Oí el alegre vocerío que se alejaba, y comprendí que seguían el río hacia la gran pradera del otro lado de la casa y del jardín.

Nos retiramos un poco para contemplar la casa; la puerta y las ventanas dejaban entrar libremente el aire embalsamado y purificado por el sol; de las ventanas más altas pendían festones de flores en honor de la fiesta, cual si los demás participaran de nuestro amor a la casa.

—Entrad —dijo Elena—. Espero que nadie nos lo impida; no temo

que eso ocurra. ¡Venid! Hemos de andar ligeros para reunirnos con los demás, que deben de haber ido a las tiendas de campaña que seguramente se habrán plantado para los segadores; la casa no podría contener ni la décima parte de esas gentes, estoy segura.

Me condujo a la puerta murmurando casi entre dientes:

—¡La tierra, su vegetación, su vida! ¡Oh, si pudiese decir, si pudiese mostrar cuánto la amo!

Entramos y no encontramos persona alguna, circulando de habitación en habitación desde el porche cubierto de rosas, hasta los extraños desvanes, sombríos como la noche, bajo la fuerte armadura del tejado, donde en los antiguos tiempos los labradores y los pastores del feudo dormían en pequeños lechos formados con materias inútiles y viles como ramos de flores secas, plumas de aves, cáscaras de huevo de estornino y cosas por el estilo. Ahora parecía que estuviesen temporalmente habitadas por niños.

En aquella mansión el mobiliario era escaso, solamente lo indispensable y de un gusto muy sencillo. El extraordinario gusto por la ornamentación que yo había notado entre aquella gente en otros sitios, parecía haber sido sacrificado al sentimiento de que la casa misma y todo en conjunto era el ornamento de la vida rústica, entre la cual se encontraba desde los tiempos antiguos como el resto de un naufragio, y querer decorarla hubiera sido quitarle su carácter de belleza natural.

Nos sentamos, al cabo, en una habitación situada detrás del muro que Elena había abrazado, habitación ornamentada con antiguas tapicerías, originariamente de ningún valor artístico, pero ahora sus tintas descoloridas se habían fundido en un simpático tono gris, armonizando completamente con la tranquilidad de aquel lugar, tapicerías que una decoración más brillante y más notable hubiera reemplazado muy mal.

Mientras estuvimos allí hice algunas preguntas a Elena, pero apenas escuché sus respuestas, y pronto callamos. Yo casi había perdido la conciencia de las cosas, salvo de que me encontraba en aquella antigua habitación y de que los palomos hacían la rueda en el techo de los heniles y en el palomar que veía por las ventanas frente a mí.

Pasado el intervalo de uno o dos minutos, mi pensamiento siguió su curso; pero como en un sueño, me pareció que aquello había durado mucho cuando vi a Elena sentada que parecía más llena de vida, de alegría y de deseos por el contraste con la tapicería gris, pálida, de dibujo confuso, sólo soportable porque se había trocado en débil y esfumado.

Me miró benévolamente, cual si leyese en mí como en un libro abierto, y me dijo:

—Habéis proseguido en vuestra eterna comparación del pasado con el presente, ¿no es cierto?

—Es verdad —respondí—. Pensaba en lo que habríais sido en el pasado con tanta habilidad, tanta inteligencia, juntamente con vuestro amor al placer y vuestra impaciencia ante las restricciones inútiles.

Y, sin embargo, ahora que todo está bien y lo está desde hace mucho tiempo, mi corazón sangra pensando en la vida que se ha derrochado durante tantos años.

—¡Tantos siglos! ¡Tantas edades!

—Cierto, demasiado cierto —y callé de nuevo.

Elena se levantó y me dijo:

—Venid; yo no debo dejaros que os extraviéis tan pronto en otro sueño. Si hemos de perderos, quiero que lo veáis todo antes de partir.

—¿Perderme? ¿Partir? ¿Luego no he de ir al Norte con vos? ¿Qué queréis decir?

Sonrió con tristeza y dijo:

—Aún no; no hablemos ahora de esto. Pero decidme: ¿en qué pensabais en este momento?

Contesté titubeando:

—¿El pasado? ¿El presente? ¿No habréis querido decir el contraste de lo presente con lo futuro, de la ciega desesperación con la esperanza?

—Lo sabía —dijo. Después, cogiéndome de la mano, añadió con calor—: ¡Venid, que aún hay tiempo! ¡Venid!

Me hizo salir de la habitación, y en tanto que bajábamos y salíamos de la casa al jardín por un postigo que daba a un pórtico, me dijo con voz tranquila, como para hacerme olvidar su nervioso arrebató:

—¡Venid! Hemos de reunirnos con los demás antes de que vengan a buscarnos. Y permitidme que os diga, amigo mío, que os veo demasiado dispuesto a dejaros arrastrar por los ensueños contemplativos, ciertamente porque aún no os habéis habituado a nuestra vida de reposo en la actividad, de trabajo que es placer y de placer que es trabajo.

Calló un momento mientras entrábamos en el regocijado jardín, y después dijo:

—Amigo mío, os preguntábais qué habría yo sido de haber vivido en los tiempos de confusión y de tiranía. Pues bien, yo creo haber estudiado la Historia hasta comprenderla bien. Yo me hubiera contado en el número de los pobres porque mi padre, cuando trabajaba, era labrador. Y no pudiendo soportar aquella condición, mi belleza, mi inteligencia y mi habilidad (hablaba sin afectación y sin rubor) habrían sido vendidas a los ricos y la ruina de mi vida hubiera sido cosa hecha; porque yo sé que no hubiera podido ni dirigir mi vida, ni hubiera comprendido jamás a los ricos, ni el placer, ni aun la ocasión de obrar de modo que me procurara alguna emoción sincera. Me habría visto arruinada, destruida de una manera o de otra: o por la miseria o por el lujo. ¿No es esto?

—Así es.

Iba a decir algo más, cuando una puertecilla del recinto se abrió y entró Dick alegre y vivo, llegando hasta nosotros dos, y colocando sus manos sobre nuestras espaldas, dijo:

—Bien, ciudadanos, ya había pensado que desearíais ver solos la casa.

—¿No es esta casa una joya en su género?

—Ahora venid pronto; se acerca la hora de la comida. Decidme, Huésped, ¿queréis nadar un poco antes de que comience la fiesta que, según creo, se prolongará bastante? —Sí.

—Entonces, adiós por unos momentos, ciudadana Elena —dijo Dick—. Aquí está Clara, que os cuidará, aunque creo que os encontraréis entre nuestros amigos como en vuestra propia casa.

Mientras hablaba, Clara vino de los campos, y yo, después de una larga mirada a Elena, di media vuelta y marché con Dick, dudando, a decir verdad, si volvería a verla.

EL PRINCIPIO DE LA FIESTA. FIN

Dick me condujo en seguida al campillo que —ya lo había visto desde el jardín— estaba cubierto de tiendas de alegres colores, dispuestas en filas regulares. Alrededor de ellas, sentados o tumbados sobre la hierba, había como unas cincuenta o sesenta personas entre hombres, mujeres y niños, todos en el colmo de la tranquilidad y de la alegría, con ambiente de fiesta, por decirlo así.

—De regreso no encontraréis imponente el efecto general por lo exiguo del número de los individuos; pero habréis de recordar que mañana seremos más porque en el trabajo de la siega encuentra puesto mucha gente, aun la no versada en la agricultura y los que hacen vida sedentaria, como las gentes de ciencia y los estudiantes de todo género, que suelen vivir en lugares cerrados, a los cuales sería poco generoso quitar el placer de recolectar el heno. Así, los trabajadores hábiles, excepto los que son rebuscados como guadañeros o como directores, ceden el puesto y toman algo de descanso —que es oportuno—, o se van a otro sitio, como hago yo. Los sabios historiadores y los estudiantes, en general, no son necesarios hasta que se extiende la hierba segada, lo que no se hará hasta mañana o pasado.

Diciendo esto me llevó fuera del campillo a una explanada cubierta de arena que dominaba el prado de la orilla del agua; después, girando a la derecha por un sendero abierto entre la hierba madura, alta y espesa, me condujo al río por encima de la esclusa y del molino. Allí pudimos nadar a nuestro gusto y con gran placer, porque el agua se extendía más arriba de la esclusa y el río parecía más grande, sujeto como estaba por ella.

—Ahora estamos mas dispuestos para comer —dijo Dick cuando estuvimos vestidos y atravesábamos de nuevo la hierba—. Ciertamente que de todos los banquetes del año, éste de apertura de la recolección del heno es el más alegre, sin exceptuar ni aun la fiesta de la recolección del grano, porque entonces el año comienza a declinar, y no puede menos de sentirse una especie de melancolía entre aquella alegría, pensando en los días sombríos que se acercan, en los campos desnudos, en los jardines tristes, y la primavera está aún lejana para curar aquel descontento. Entonces se está en otoño, en el tiempo en que se piensa en la muerte.

—Es extraño —dije— que deis importancia a un hecho tan periódico y trivial como es la renovación de las estaciones.

Y en verdad, aquellas gentes eran como niños en este género de cosas, y a mí me parecía que ponían un interés exagerado en las variaciones del tiempo, como, por ejemplo, una bella jornada, una noche clara o tenebrosa, etcétera.

—¿Es extraño? —repitió—. ¿Os parece, pues, extraño que se tome con interés el año en todas sus manifestaciones?

—Ahí está —respondí—; si consideráis el curso del año como el desarrollo de un drama bello e interesante, como a mí me parece, debéis mirar con igual placer e interés el invierno, con sus penas y sus tormentas, que el verano maravilloso y lozano.

—¿Y no es así? —dijo Dick con cierto calor—. Sólo que yo no puedo asistir a él ni tomar parte en las mutaciones de escena, como haría en el teatro. Es difícil para mí, iletrado como soy —añadió, sonriendo alegremente—, hacer entender tan bien mi idea como lo hacía Elena; pero quiero decir que yo soy una parte del año y siento todas sus penas y todas sus alegrías en mi persona, que no fue creado para que yo pudiera comer, beber y dormir, sino que yo mismo le pertenezco.

Desde su punto de vista, como Elena desde el suyo, vi que Dick sentía un infinito amor a la tierra, que era común a pocos en tiempos por mí bien conocidos, cuando el sentimiento predominante entre las personas cultas era una especie de acerbo desprecio para el variable drama del año, para la vida de la tierra y sus relaciones con el hombre. Es verdad que en aquellos tiempos parecía poético y elevado mirar la vida como una cosa que había que soportar más bien que gozar.

Medité, hasta que la risa de Dick me trajo a la realidad en aquel campo del condado de Oxford.

—Es extraño —dijo— que me sienta turbado por el invierno y sus miserias en la abundancia del verano. Si esto no me hubiera ocurrido otras veces, creería que fueseis vos la causa. Huésped, por haberme envuelto en algún feo encanto. ¿Sabéis? —añadió en seguida—. Digo esto en broma; no os molestéis.

—Está bien, no me incomodo —dije esto, y no obstante sentía en mí algo desagradable en aquellas palabras.

Atravesamos la explanada de avena y no volvimos a la casa, sino que recorrimos una senda que contorneaba un campo de trigo cercano a desgranarse. Dije:

—Por lo visto no comeremos ni en la casa, ni en el jardín. Ya lo esperaba. Pero ¿dónde vamos a reunimos? Porque, a lo que veo, las casas son pequeñas en general.

—Sí, tenéis razón; en esta campiña son pequeñas. Mientras las buenas casas antiguas son abandonadas y la gente habita más estas casitas esparcidas por aquí y allá. En cuanto a nuestra comida, el banquete será en la iglesia; quisiera que en honor vuestro la iglesia fuese grande y suntuosa como la de la vieja ciudad romana del Oeste o la de la ciudad forestal del Norte, pero de todos modos será

bastante capaz para contenernos a todos, y aunque pequeña, es hermosa en su género.

De cualquier modo, para mí era nueva aquella comida en una iglesia, y me hacía recordar las iglesias- cervecerías de la Edad Media; pero no expresé mi idea, y bien pronto llegamos por el camino que atraviesa la aldea. Dick miró a ambos lados, y no viendo ante nosotros más que dos grupos aislados, dijo:

—Me parece que llegamos con algún retraso; todos han ido antes que nosotros. Ciertamente que considerarán como un deber esperar al más importante de los huéspedes porque venís de tan lejos.

Apretó el paso mientras decía esto y yo le seguí. Pronto llegamos a un camino de tilos que conducía derecho al pórtico de la iglesia, cuya puerta, abierta, dejaba escapar alegre rumor de voces, risas y otras manifestaciones de alegría.

—Sí, éste es el lugar más fresco en esta cálida jornada. Vamos adentro, que se alegrarán de veros.

Verdaderamente, a pesar del baño, el tiempo me parecía más sofocante y pesado que en todo el viaje.

Entramos en la iglesia. El edificio era pequeño y sencillo: una nave menor separada de la principal por tres arcos, un toro y un crucero, bastante amplio para tan pequeño edificio. Las ventanas eran casi todas del gracioso modelo adoptado en el siglo XIV en el condado de Oxford. Ninguna decoración de arquitectura moderna; parecía que aquello no había sido tocado desde que los Puritanos borraron con cal los santos y las historias medievales pintados en los muros. No obstante, estaba alegremente engalanada para esta fiesta, con festones de flores en los arcos y grandes jarrones de flores en el pavimento. Bajo la ventana de occidente pendían dos hoces, cuyas hojas, blancas y tersas, brillaban en una guirnalda de flores.

Pero el mejor ornamento era la multitud de hombres y de mujeres, todos bellos y con aire alegre, que estaban sentados en torno de la mesa. Sus rostros luminosos, sus ricas cabelleras y sus vestimentas de fiesta, les hacía semejar, como dice el poeta persa, a un ramo de tulipanes iluminado por el sol. Aunque la iglesia fuese pequeña, había espacio en abundancia, porque una iglesia pequeña equivale a una casa grande, y aquella tarde no hubo necesidad de prolongar la mesa por los brazos del crucero, como sin duda ocurriría cuando los sabios, como decía Dick, viniesen a realizar su humilde tarea en la recolección del heno.

Crucé los umbrales con esa sonrisa de expectación que ilumina el rostro de un hombre en el momento de acercarse a una fiesta en la que se promete gozar. Dick, a mi lado, miraba a los reunidos con aire tan satisfecho que yo pensé que los consideraba como cosa suya. Frente a mí estaban colocadas Clara y Elena con un asiento vacío entre ellas para Dick; sonreían, pero sus bellos rostros estaban vueltos hacia los ciudadanos sentados a su lado con los que hablaban, y me parecía que no me habían visto. Miré a Dick esperando que me condujese adelante, y él volvió su cara hacia mí. Mas, cosa extraña, aunque estuviese alegre y sonriente como siempre, no respondió a mi mirada, y aún me pareció que no advertía mi presencia, notando entonces que ninguno de los reunidos reparaba en mí. Me sentí angustiado cual si hubiera de acaecerme un desastre largo tiempo esperado.

Dick dio algunos pasos adelante sin decirme una palabra. No estaba yo ni tres metros distante de las mujeres que, aun cuando estuvieron breve tiempo en mi compañía, eran a mi entender verdaderas amigas para mí.

El rostro de Clara en aquel momento estaba completamente vuelto hacia mí, aunque no parecía verme, por más que yo me esforzara por llamar su atención con una mirada suplicante. Me volví a Elena, que sí pareció reconocerme por un instante; su cara alegre

se entenebreció un momento, sacudió la cabeza con un gesto de tristeza y poco después toda noción de mi presencia se había borrado de su rostro.

No tengo palabras para describir cuán solo y cuán afligido me encontré en aquel momento. Estuve en suspenso un minuto; después volví sobre mis pasos hacia el pórtico, salí al camino de los tilos y pronto me encontré en la carretera, mientras que los mirlos cantaban alrededor de mí en aquella cálida tarde de junio.

De nuevo, sin esfuerzo alguno consciente de voluntad, me dirigí hacia la vieja casa, cerca del vado, pero cuando volví la esquina que conducía a los restos de la cruz de la aldea, encontré una persona que contrastaba con las bellas y alegres gentes que había dejado dentro de la iglesia. Era un hombre que parecía viejo, aunque, según la experiencia, que había casi perdido, no tendría más de cincuenta años. Su cara, más que sucia, estaba arrugada y torva, sus ojos eran mortecinos y foscos, su cuerpo encorvado, sus piernas delgadas como huesos, y llevaba arrastrando sus pesados pies. Sus vestidos eran un cúmulo de suciedad y de harapos, que yo conocía demasiado desde hacía tiempo. Cuando pasé delante de él llevó la mano a su sombrero con aire benévolo y cortés, pero servil.

En una inexpresable repulsión, me apresuré a dejarle atrás y me puse a recorrer con paso rápido el camino que conducía al río y al extremo más bajo de la aldea; pero inmediatamente vi una nube negra que venía a mi encuentro, como en una pesadilla de mi niñez, y por un momento no tuve conciencia de nada más que de estar en la oscuridad, sin poder decir si caminaba, estaba sentado o tumbado.

Estaba echado en mi casa, en mi casa del triste Hammersmith, y pensaba en todo esto. Reflexioné si estaba realmente desesperado al ver que había soñado y, por extraño que parezca, encontré que no sentía desesperación.

¿Fue aquello realmente un sueño? Si así fue, ¿cómo se explica que durante tanto tiempo conservara yo la conciencia de no ser más que un espectador de aquella nueva vida, con todos los prejuicios, las ansias y los disgustos de esta época de dudas y de lucha?

Durante tanto tiempo, aunque aquellos amigos me pareciesen tan sinceros, yo tenía el sentimiento de que nada había de común entre ellos y yo, cual si hubiera de llegar un tiempo en que me repudiaran diciéndome, como parecía decírmelo la última triste mirada de Elena: «No, no es posible; no podéis vivir entre nosotros; pertenecéis tan por entero a la infelicidad del pasado, que nuestra felicidad sólo os enojaría. Volved atrás ahora que habéis visto, ahora que los ojos de vuestro cuerpo han observado que, a pesar de toda la infalibilidad de las máximas de nuestro tiempo, hay una era de paz reservada al mundo, cuando la supremacía sea cambiada en fraternidad..., no antes. Volved atrás, a vivir rodeado de hombres empeñados en procurar a los demás una vida horrible al mismo tiempo que no se cuidan de la propia; hombres que odian la vida tanto como temen la muerte. Volved atrás y sed más feliz por habernos visto, por poder luchar animado con una nueva esperanza. Vivid lo que podáis, y luchad sin arredraros, ni por los obstáculos ni por el trabajo, con el propósito de instaurar poco a poco la era de la fraternidad, del reposo, de la felicidad.»

¡Oh, sí! Y si otros pudieran verla como yo la he visto, habría que llamarla visión y no sueño.